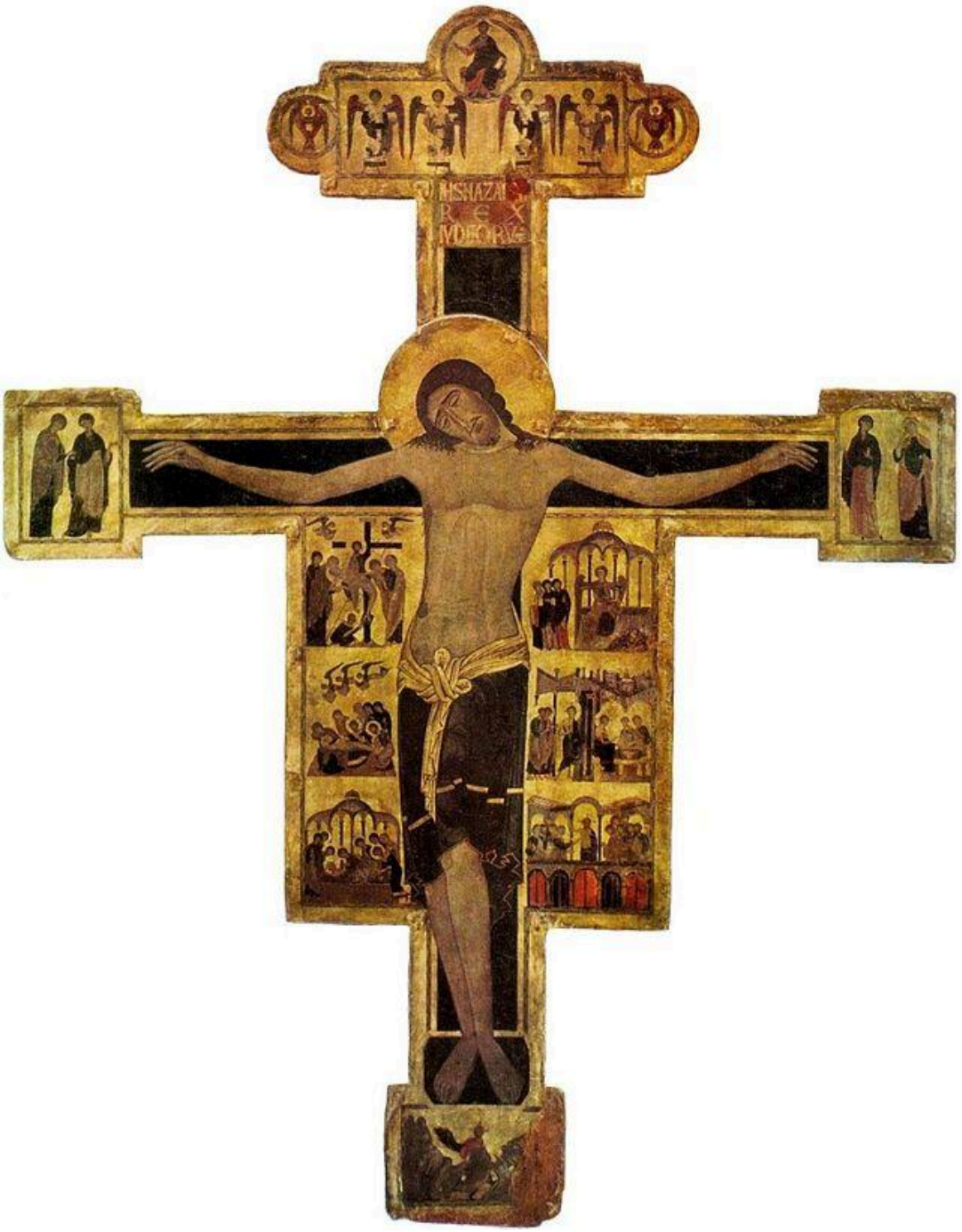
La Redención por la Sangre

Padre Philippe de la Trinité.

Traducción no oficial : Froilán León



Introducción

El contemplativo debe preferir la pasión de Cristo a todo lo demás como el tema de sus palabras.
—Santo Tomás de Aquino
"Nadie", como dice Bergson, "está obligado a escribir un libro", y debido a que ningún otro teólogo ha penetrado el misterio con tan serena profundidad, el autor de este pequeño trabajo sobre la redención no tiene otro deseo aquí que ser el eco de su maestro, Santo Tomás de Aquino.
Santo Tomás, escribe Chesterton, se sintió atraído por las tareas divinas porque era optimista y creía en la vida; Podría haber sido llamado "Santo Tomás del Creador". Ciertamente, y por eso escribió tan bien sobre el Redentor. ¿No es la redención otra creación, por así decirlo, del amor de Dios, aún más hermoso que el primero?
"He venido para que puedan tener vida y tenerla más abundantemente". -Juan 10:10
"El nombre de mi padre ha sido glorificado si ceden abundantes frutos y se demuestra que mis discípulos". -Juan 15: 8
En Florencia, uno va a admirar la crucifixión de Fra Angelico: a la derecha, San Francisco de Asís contempla el lado abierto de nuestro Salvador; A la izquierda, el bolígrafo en la mano y listo para escribir, Santo Tomás de Aquino contempla su rostro. Este paralelo entre el Doctor de la Universidad de París y el Poverello de Asís, el estigmático de Alvernia, es sugerente.
Chesterton escribe sobre estos dos santos: "Un contraste en casi todas las características, realmente estaban haciendo lo mismo: uno en el mundo de la mente y el otro en el mundo. Su tendencia, humanista y naturalista de cien maneras, fue realmente el desarrollo de la doctrina suprema, que también era el dogma de todos los dogmas".
Pero, desafortunadamente, cuán numerosos son los escritores y oradores católicos que han perdido de vista ese amor compasivo que coloca el misterio de la cruz en su verdadera perspectiva. En lugar de retratar la cara del Salvador en su verdadera luz y dimensión auténtica, lo han distorsionado. Como resultado, han hecho daño a muchos que permanecen asustados por el espectáculo de Cristo crucificado porque no han podido descubrir en él por su cuenta el secreto de una confianza que se opone diametralmente a la ansiedad y la agresividad.
El Redentor tiene que ser mostrado a tales almas en su verdadera luz, en lo que fue entendido por Santo Tomás, el médico común, imbuido de las Escrituras y los Padres.
No es nuestro propósito ofrecer un resumen o un tratado sobre la redención, en el que la mayoría de las preguntas se abordarían según el prisma catequético, sino presentar una selección de reflexiones y citas convergentes en Cristo, la víctima del amor misericordioso. Estas cinco palabras, tomadas de San Teresa del Niño Jesús, resumen excelentemente el tema que deseamos considerar aquí en el Espíritu de Santo Tomás.
En el Capítulo I se les presenta los errores que imaginamos: el Padre no ejerció justicia punitiva a su hijo. No estaba, por lo tanto, enojado con él, y el hijo mismo no tenía sentido de su propia condenación.
El cuerpo principal de la pregunta se trata de la siguiente manera: una visión sintética del misterio del pecado original al triunfo de la ascensión (Capítulo II); Una consideración completa en términos de análisis teológico del desprendimiento de sangre (Capítulos III - V).

Fundamentalmente, la redención de Cristo aparece como una satisfacción indirecta superabundante para todos los pecados de la raza humana. No tiene nada que ver con la justicia retributiva, pero da expresión a un amor (Capítulo III) que incluye y califica una justicia real pero totalmente misericordiosa (Capítulo IV). La redención aparece, además, y no menos esencialmente, como una oblación meritoria, un rescate y un sacrificio (Capítulo V). Esto forma nuestro marco para una teología del derramamiento de sangre.

Una conclusión enfatiza brevemente que lo que el misterio de Cristo exige sobre todo es el amor en el corazón del cuerpo místico:

"No es posible saber cuánto Cristo nos ha amado";

Pero, como escribe San Juan de la cruz, "Ponte en el amor, y encontrarás el amor".

Y entonces tenemos que cooperar en nuestra salvación y la de nuestros hermanos en el amor de Dios y la paciencia de Cristo.

El elemento principal en la enseñanza de la fe cristiana es nuestra salvación realizada por la cruz de Cristo. El amor solo permite al cristiano penetrar el misterio de su redentor.

Las palabras de San Juan se aplican aquí con toda su fuerza:

"¿Cómo puede el hombre que no tiene amor tener algún conocimiento de Dios, ya que Dios es amor?"

No se debe sorprender al ver ciertos pasajes bíblicos citados con frecuencia por Santo Tomás. Solo el corazón entiende las palabras de amor, y para él siempre son nuevos.

"Busca leyendo, y encontrarás meditando; golpea por oración, y serás admitido por contemplación".

El misterio de Cristo en la cruz llama en última instancia por el humilde silencio de la adoración amorosa.

Capítulo I - Espejos distorsionantes

"La pasión de Cristo fue la promoción, una exaltación, no una opresión".

Santo Tomás de Aquino

La distorsión doctrinal del misterio de la redención que deseamos corregir se caracteriza por un error radical: se dice que Cristo sufrido en la cruz para satisfacer la justicia retributiva. Dos corolarios fluyen de esto: uno es la ira de Dios el Padre con su Hijo, el otro, que el Hijo sufrió tormentos similares a los de los condenados. Pero esto es falso. Porque sería injusto y criminal castigar a un hombre inocente en lugar de aquellos que son culpables, y Jesús no solo era inocente sino inocencia en sí, y nunca llevaba la ira de Dios el Padre ni ningún tipo de condenación.
Citaremos extensamente textos que distorsionan las características del redentor de esta manera y, desafortunadamente, sin la más mínima dificultad, podría haber reproducido aún más de ellas. Bossuet, Bourdaloue y Massillon dirigen la lista, y son imitados, lo mejor que pueden, por D'Hulst, Monsabré y otros. Las bibliotecas de comunidades religiosas, parroquias, seminarios y círculos de estudio están amueblados con obras que dan esta enseñanza. Los trabajos de Rivière y Richard, sin duda, han tenido resultados, pero no han sido suficientes para disipar el error, de él.
Dado que el error siempre se puede encontrar en escritos que de otro modo están más allá del reproche, sería incorrecto el juzgar a dichos autores únicamente por los textos que presentamos aquí. Pero el error es un error, incluso cuando anda en compañía de las verdades más puras, y es aún más peligroso que cuando anda acompañado de otros errores. Aunque los pasajes que hemos elegido no son igualmente reprensibles, no obstante son inquietantes en la medida en que todos dan la impresión de que Cristo fue, durante su pasión, el objeto de la venganza del Padre. Esto nos parece distorsionar la perspectiva de la revelación en un punto esencial.

Nada resulta tan llamativo como el contraste que muestra el carácter genuino de las afirmaciones de santo Tomás sobre los aspectos más sutiles de la redención. Por un lado, encontramos convulsiones y pesimismo; por otro, serenidad y optimismo tranquilo: si adoptamos por un momento la mentalidad agresiva (es decir el error), vemos un Dios enfurecido que se venga de su Hijo por una serie de pecados de los que él es inocente, llevándolo finalmente a sentir su propio abandono y condenación. Por el contrario, se pueden apreciar mejor las declaraciones directamente opuestas del Doctor Angélico: tranquilas, lúcidas y mesuradas, bajo la bandera del amor misericordioso.

Incluso cuando soporta la tristeza mortal en el jardín de los olivos, el Salvador nunca experimentó el menor abandono por su padre, incluso en el nivel de su sensibilidad humana. Cristo nunca "sufrió en las manos de su padre". San Juan no escribió: "Dios es justicia" o "Dios es venganza", sino: "Dios es amor" (1 Juan 4: 8).
¿Estamos, por lo tanto, excluyendo la justicia del trabajo de redención? Mas al contrario; La justicia, como mantendremos contra las desviaciones de la teología liberal, está implícita en la redención. Pero así como hay justicia y justicia, justicia conmutativa y justicia distributiva, por lo que es bueno tener cuidado con la confusión.

La justicia conmutativa es la justicia de intercambio, de dar y recibir. En sentido estricto, nunca entra en las relaciones de Dios con las criaturas, ni en las relaciones de las criaturas con Dios, y esto porque Dios, que es infinitamente trascendente, es la fuente de todo: «¿Qué tienes tú que no hayas recibido?» (Primera de Corintios 4, 7). En la bella y vigorosa frase de san Agustín, adoptada por el Concilio de Trento, Dios, al coronar los méritos de sus santos, corona sus propios dones.
El pecado es ciertamente algo propio, pero como un desorden, una privación, un no ser, que ofende a Dios en su providencia sobre nosotros sin afectar en cómo él es en sí mismo. El pecado tenía duras repercusiones en el cuerpo y el alma de la palabra hecha carne, pero no afecta en lo más mínimo a la perfección divina.
La justicia distributiva reparte los beneficios y las sanciones en la debida proporción. El gobernante justo gobernará en consecuencia, tratando a sus súbditos según sus méritos o deméritos, otorgando los cargos más altos a los más capaces y sin dejarse influir por consideraciones personales. La justicia distributiva brilla de forma análoga en las obras de Dios y no conoce norma superior a la Sabiduría del amor infinito, que no responde ante nadie.
La justicia retributiva implica una adjudicación del castigo justo y se deriva originalmente de la justicia distributiva. Se la aplica sólo al culpable, nunca a los inocentes y, por lo tanto, debe ser excluida de las relaciones entre el Padre y el Hijo, incluso en el curso de la Pasión.
¿Pero brilla la justicia divina en Jesús moribundo, azotado y crucificado? Sin duda, y de manera muy real, pero en un sentido diferente, como explicaremos más adelante siguiendo a santo Tomás. Jesús no sufre y muere por sus propios pecados, sino por los de la raza humana. Es una víctima propiciatoria por nuestros pecados, es cierto, pero en virtud del amor misericordioso, y no de la justicia retributiva

Sustitución penal.

La tesis de que Cristo sustituyó a los pecadores para incurrir en las penas que les correspondían por la justicia retributiva de sus pecados, normalmente llamada tesis de la sustitución, es enseñada por Lutero en su comentario a la Epístola a los Gálatas. Cristo tomó voluntariamente todos nuestros pecados sobre sí mismo como si él mismo los hubiera cometido: habiéndose convertido en pecador, en la maldición misma, era justo que sufriera la pena de muerte para lograr nuestra salvación, como si fuera el efecto de una condena divina. Él mismo, sin duda, es inocente porque es el Cordero de Dios inmaculado y sin mancha, pero como lleva los pecados del mundo, su inocencia está cargada con la culpa de todos esos pecados. Todos los pecados que todos nosotros hemos cometido y cometeremos son tanto de Cristo (propria Christi) como si él mismo los hubiera cometido. En resumen, pereceremos por toda la eternidad si nuestro pecado no se convierte en el pecado mismo de Cristo. Este verdadero conocimiento de Cristo, tal y como nos lo han transmitido San Pablo y los profetas, ha sido oscurecido por algunos sofistas impíos (es decir, Lutero y los protestantes). Puesto que, según la ley, todo ladrón debe ser colgado, Cristo también tuvo que ser colgado según la ley de Moisés, porque ocupó el lugar del pecador y del ladrón, y no solo de uno, sino de todos los pecadores y de todos los ladrones. Cristo se convirtió verdaderamente en el hombre maldito, no por su propio bien, sino por el nuestro, como dice San Pablo.
El tema de la sustitución penal, así entendido, se encuentra, lamentablemente, como algo habitual en muchos autores católicos que escriben sobre las intenciones divinas con

respecto al misterio de nuestra redención. En tales casos, se trata de un postulado indiscutible. Por ejemplo:

Chardón afirma:
Cada vez que reflexiono sobre la ofrenda hecha por la divina Madre de Jesús en el Templo, y escucho los oráculos que salen de los labios de Simeón, el santo anciano, y de los de Ana, la profetisa, siento que mi corazón se conmueve con piedad. Me parece que las palabras de Simeón contienen, por así decirlo, una negativa por parte de Dios a aceptar el sacrificio que María le ofrece:
¡Madre! Esa cabeza es demasiado pequeña para la corona de espinas que he preparado para ella. Esos hombros no son lo suficientemente fuertes para soportar el pesado fardo de la cruz. No hay suficiente sangre en esas venas para satisfacer mi justicia. Esas manos son demasiado pequeñas para los grandes clavos que deben atravesarlas. Esos brazos no se ajustarían a la longitud y anchura de la cruz. Todo ese cuerpo ofrece una superficie insuficiente para los golpes del látigo que deben lacerarlo. Llevad a ese niño lejos, y cuando haya alcanzado el tamaño y las proporciones necesarias para que yo pueda ejercer mi justicia en toda su plenitud, entonces será el momento de traerlo y presentarlo ante mí.

Bossuet dice:
La idea de su inocencia es el más dulce consuelo para el hombre justo cuando sufre; y, entre los males que lo abruman, en medio de los malvados que lo persiguen, su conciencia es su refugio. Jesús, el inocente Jesús, no disfrutó de esta dulzura en su pasión. Ni siquiera se le permite, en medio de tanta vergüenza y tormento, pensar en su conciencia que está siendo tratado injustamente. En verdad, es inocente ante los hombres; pero ¿de qué le sirve saberlo, si su Padre, en quien buscaba consuelo, lo considera a él mismo un criminal? Es Dios mismo quien ha cargado sobre Jesucristo las iniquidades de todos.
Baja, baja la cabeza: has querido ser el chivo expiatorio; has tomado sobre ti nuestras iniquidades; llevarás todo el peso; pagarás la deuda hasta el final, sin respiro, sin piedad.
Su Padre lo entregó en interés de la justicia; Judas, por interés propio. Jesús ha tomado voluntariamente las iniquidades del mundo; la justicia de su Padre quiso vengarlas en su persona.

Massillon afirma:
El alma del Salvador en su agonía —esa alma más pura y santa que todas las inteligencias celestiales— se ve repentinamente mancillada por todas nuestras iniquidades: con ojos de divina modestia se ve cubierta por los excesos más vergonzosos de los pecadores; con esos ojos de clemencia se ve ennegrecida por sus odios y furias; con esos ojos de la religión más viva se ve mancillada por sus impiedades y blasfemias; en una palabra, se ve mancillada con todos sus vicios.
¡Ah! ¡Con qué gusto apartaría nuestro Salvador su mirada inocente de este espantoso objeto! Pero la justicia de su Padre le obliga a asistir y se lo impone a pesar suyo; es una luz implacable que le persigue y no le permite ahorrarse ni un momento del íntimo espectáculo de la ignominia total con la que está cubierto. Sin duda habría expirado, tal era la severidad de estas pruebas, si la justicia de su Padre no le hubiera reservado tormentos más largos y un sacrificio más fino.
¡Padre justo! ¿Era necesaria aún más sangre, además de este sacrificio interior de tu Hijo? ¿No basta con que sea derramada por sus enemigos? ¿Y debe tu justicia apresurarse, por así decirlo, a verla derramada?

Vean hasta dónde llega este Dios, al que creemos tan bueno, su venganza contra su propio Hijo, al que ve cargando con nuestros pecados.

Avrillón afirma:
Jesús abandonado por su Padre. Esta no es la parte menos afligida ni la menos dolorosa de la pasión anticipada —tanto de la mente como del corazón— que Jesucristo soportó en el Huerto de los Olivos antes de derramar su sangre y morir en el Calvario.
Juzga el exceso de su dolor por lo que sentiría un hijo único que, perseguido y maltratado por todo el mundo —aunque inocente y digno de ser amado por los corazones más salvajes y bárbaros—, se viera a punto de sufrir las agonías más crueles y la muerte más injusta e infame; que, en esta situación extrema, recurriera a un Padre todopoderoso que podía liberarlo y hacerlo triunfar sobre sus enemigos; y que este Padre, lejos de tomar su parte o ayudarlo —a pesar de sus oraciones y lágrimas— lo abandonara y él mismo enviara a pronunciar la sentencia de muerte.

Monsabré dice:
Dios encontró en su Cristo lo que habría buscado en vano en otras víctimas: el pecado que debía ser castigado. En él, Dios ve, por así decirlo, la pecaminosidad misma. Y, lleno del horror que la iniquidad inspira en la santidad divina, el cuerpo sagrado de Cristo se convierte en un objeto maldito. En nuestro lugar, él era la humanidad —el hombre universal— sustituyendo a los pecadores de todos los lugares y tiempos, a la vez hombre y humanidad. Al verlo, la justicia divina olvida a la masa común de los seres humanos y solo tiene ojos para este fenómeno extraño y monstruoso del que debe obtener satisfacción.
¡Golpéalo, Señor, porque es tu Hijo! ¡Él es el pecado; debe ser castigado!
Él es el hombre maldito por excelencia, la maldición hecha hombre, según la vigorosa frase del Apóstol.

Maucourant afirma:
La justicia se vengará terriblemente. A la humanidad le corresponderá la parte menos dolorosa. Es otro —el hombre, para sufrir; Dios, para expiar suficientemente; el hombre-Dios, para mediar entre Dios y el hombre— quien soportará todo el peso de la venganza divina. Él está en el Huerto de los Olivos, atormentado por el peso de nuestros pecados y de la justicia de su Padre.

Según Parra:
Jesús conoce con su sabiduría divina la profunda malicia del pecado, que es el mal opuesto a Dios y su enemigo personal, y que por sí mismo exige la venganza divina. Aprecia perfectamente la justicia absoluta de la causa divina contra él; sabe que debe ser castigado; tampoco ignora ninguna de las medidas que Dios puede aplicar cuando desea vengarse.
Sabiendo todo eso, se ve a sí mismo —el pecador universal, el pecado de la humanidad— ante la presencia de Dios decidido a exigir la máxima venganza.
Aquí solo hay verdad, solo lo que es perfectamente justo; él lo ha querido desde el primer momento, cuando se ofreció impetuosamente para compensar la insuficiencia de la expiación humana:
Aquí estoy, oh Dios justo; ¡golpéame!
Y a partir de ese momento, Dios lo golpea.

La ira del padre

Calvino también acepta la tesis de la sustitución penal: «Nuestra absolución consiste», escribe, «en esto: que la obligación de ser castigados ha sido transferida al Hijo de Dios. Debemos tener presente esta compensación por encima de todo si no queremos temblar de miedo y ansiedad durante toda nuestra vida, como si aún estuviéramos amenazados por esa justa venganza de Dios que el Hijo de Dios tomó sobre sí mismo».
Dios se vengó justamente en Dios hecho hombre: «Si Cristo hubiera muerto solo corporalmente, esto no habría contribuido en nada a nuestra redención; por otra parte, era especialmente valioso que sintiera simultáneamente la severidad de la venganza divina y que, al responder ante la justicia de Dios, satisficiera así su justo juicio».

Desde este punto de vista, hay que hablar de la enemistad o ira del Padre hacia su Hijo. Tales expresiones siguen significando el ejercicio de la justicia retributiva sobre el Salvador a causa de nuestros pecados. Nouet afirma: Cuando mira a su Padre, Jesús se aterroriza ante su ira. Su angustia es tan extrema que se arrodilla como un miserable criminal que espera su sentencia de muerte e intenta suavizar su dureza. Adopta la postura más humilde para apaciguar la ira de su Padre. Pero, al ver que es inexorable y saber que debe morir, su corazón, ya terriblemente alarmado y horrorizado por la espantosa horda de males que se le presentan, se divide, por así decirlo, en dos: una parte huye de la muerte con horror, la otra la desea con una resolución inquebrantable. Una parte tiembla bajo los azotes de la ira de Dios; la otra los respeta y los acepta. Una parte teme los tormentos, la otra los desea. Cada parte lo empuja en su propia dirección con tal violencia que sucumbe y sufre convulsiones mortales. Todo su ser es un cruel martirio, ya que ejerce sobre sí mismo tal fuerza que derriba toda su naturaleza y lo habría matado cien veces si Dios así lo hubiera deseado.

Bossuet afirma:
Era necesario que todo en este sacrificio fuera divino: era necesaria una satisfacción digna de Dios, y era necesario que fuera un Dios quien la hiciera; que hubiera una venganza digna de Dios, y que fuera Dios mismo quien la llevara a cabo: «El rostro de Dios sobre los malhechores», es decir, el rostro de la justicia. Dios muestra a su Hijo este rostro. Le muestra una mirada de fuego; no lo mira con esa mirada que trae serenidad, sino con esa mirada terrible que enciende fuego ante sí, con la que infunde terror en la conciencia. Lo mira, pues, como pecador, y avanza hacia él con todos los recursos de su justicia.
¡Dios mío! ¿Por qué veo contra mí este rostro con el que asustas a los réprobos? Solo veo a un Dios irritado. El hombre, Jesucristo, ha sido sometido a los múltiples y redoblados golpes de la venganza divina. Dios rechazó a su Hijo y nos abrió los brazos; lo miró con ira y nos miró con misericordia. A medida que se desahogaba, su ira disminuía. Golpeó a su Hijo inocente mientras luchaba con la ira de Dios. Esto es lo que sucedió en la cruz hasta que el Hijo de Dios leyó en los ojos de su Padre que estaba completamente apaciguado y vio, por fin, que era hora de dejar el mundo.
Es un prodigio inaudito: que Dios persiga a Dios, que Dios abandone a Dios, que un Dios abandonado se queje y que un Dios que abandona se muestre inexorable. Pero es lo que

se ve en la cruz. Jesús sufre el desdén de Dios porque clama y su Padre no le escucha; y la ira de Dios, porque reza y su Padre no le responde; y la justicia de Dios, porque sufre y su Padre no se apacigua. No se apacigua por su Hijo, sino por nosotros. Cuando un Dios vengativo declaró la guerra a su Hijo, se cumplió el misterio de nuestra paz.

Massoulié dice:

Para comprender en pocas palabras todo el significado de la Pasión y lo que David transmite en un versículo de un salmo, me imagino a Jesucristo en la cruz, quien, mientras sufre sus mayores padecimientos, se queja a su Padre y le dice: Tú sabes, oh Padre eterno, que en el Huerto de los Olivos te hice mi oración con toda la humildad posible, y que te pedí que te complacieras en quitarme este cáliz; pero, sin embargo, te has apartado de mí y has rechazado mi súplica (Salmo 88, 16-17).

Lo que finalmente más me aflige y me llena de un dolor inexpresable es que ahora me miras con ira —«Estoy abrumado por tu ira» (ibíd. 17)— y me haces sufrir todo el peso de tu indignación. ¡Ay! Padre eterno, ¿qué te ha impulsado a abandonar a tu propio Hijo? «¿Por qué me has abandonado?» (Salmo 21, 1). Sin embargo, era necesario que el Padre eterno ejerciera esta justicia sobre su Hijo y que sus sufrimientos y tormentos solo terminaran con su vida.

Wiseman afirma:

No es el temor a ser inmolado, como el cordero que quita el pecado, lo que oprime su corazón, sino el temor a ser enviado como chivo expiatorio con los espantosos crímenes de todo el mundo sobre su cabeza. Pero esto no es todo. Como portador de esta carga, ¡se convierte necesariamente en objeto de la ira de su propio y eterno y querido Padre!

Él, el más obediente y amoroso de los hijos, que tenía una sola voluntad con el Padre, que a lo largo de su vida mortal había sido el modelo perfecto de toda obediencia y docilidad, que en ese momento iba a sufrir para dar el primer ejemplo de obediencia hasta la muerte, ¡se encuentra bajo la ira, por no decir más, del más tierno de los Padres! ¡Oh, qué abundante motivo de temor! ¿Quién puede extrañarse de que temiera un estado tan oscuro y retrocediera ante tal acusación?

Faber nos dice:

¿Pero hay crueldad en Dios? No. La justicia infinita está tan lejos de la crueldad como el amor infinito. Sin embargo, fue el Padre —el que representa toda bondad, toda indulgencia, toda tolerancia, toda dulzura, toda paciencia, toda paternidad en el cielo y en la tierra— quien eligió ese momento de tortura más intensa, cuando la tormenta de agonías creadas comenzaba a amainar solo porque estaba casi agotada, para crucificar de nuevo, con una crucifixión interior espantosa, al Hijo de su propia complacencia infinita.

María entregó al Hijo al Padre. Sacrificó el amor de madre por el deber de hija. Escuchó el clamor de su alma recién crucificada, traspasada hasta lo más profundo por este nuevo invento de la justicia de su Padre. Y no deseó otra cosa. Lo abandonaría, si era la voluntad del Padre. Y era su voluntad. Por lo tanto...

Gay afirma:

Fervientemente emuladora de su santo Hijo, María se ofrece con él, como él y en él, con una apreciación inexpresable de los derechos de Dios, de sus decretos y caminos, de su justicia y lo que exige, de su ira y lo que la interpreta, de sus actos vengativos y lo que los lleva a cabo. Se abandona sin la menor reserva en las manos hostiles e indignadas del

divino acreedor, que exige inexorablemente hasta el último centavo a su deudor, y al que solo puede satisfacer el derramamiento más drástico de sangre.
Jesús se convierte en el sustituto real y voluntario de toda la iniquidad humana, el receptáculo consciente de toda la inmundicia humana, la cloaca de toda la creación. Es bajo esta apariencia y en toda la realidad de esta condición de pecaminosidad que se presenta ante su Padre, ante la justicia, la santidad y, necesariamente, ante la ira, las reprimendas y las maldiciones de su Padre. Esto, como alguien en todo semejante a nosotros y revestido de todas nuestras debilidades tan verdaderamente como de nuestros crímenes.
Os aseguro que, aunque es cierto que Jesús no podía dejar de ser, ni dejó de ser ni por un instante, en sí mismo, el objeto del beneplácito del Padre y del amor infinito de Dios, sin embargo, en la medida en que había tomado sobre sí nuestros crímenes y se había convertido en el lugar, el receptáculo y el tesoro de nuestras iniquidades —en la medida en que representaba el mal universal—, no tenía ni la sombra de un derecho a la sombra de una misericordia. Y no creo que sea precipitado decir que esa sombra misericordiosa no le refrescó ni por un instante durante la hora consumidora de su Pasión.
La Pasión de Jesús no reveló más que maldad y exceso por parte de los hombres y los demonios. Por parte de Dios, solo reveló lo que era justo, justo con una justicia implacable y absolutamente rigurosa. Contemplad, pues, esta alma sagrada, bendita, purísima y santísima, que aborrecía el mal con infinito horror y amaba a Dios como todos los serafines juntos nunca lo amarán, como María nunca lo amará. Contempladla, pues, ante este Dios enfurecido, enzarzado en combate con este Dios irritado y hostil, que está armado para la batalla y libra la guerra.

Josefa Menéndez afirma:
(Cristo dice:) Me ofrecí para llevar a cabo la obra de redimir al mundo. En ese momento, vi sobre mí todos los tormentos de la Pasión, las calumnias, los insultos. Todo ello se impuso a mi vista, junto con las hordas de ofensas, pecados y crímenes que se cometerían a lo largo de los siglos. No solo los vi, sino que me vi envuelto en ellos, y bajo este peso de la desgracia tuve que presentarme ante mi santísimo Padre e implorar su misericordia. Entonces sentí sobre mí la ira de un Dios ofendido e irritado, y me ofrecí como chivo expiatorio —yo, su Hijo— para calmar su furia y apaciguar su justicia.

Longhaye dice:
Sí, sí, no temamos por la dignidad de Jesús, no debilitemos el Evangelio. Jesús tiene miedo. ¿Y a quién y de qué? En primer lugar, de sí mismo y de su Pasión que se acerca. Pero, ¿de qué más tiene miedo? De la justicia y la ira de Dios. Las aprecia como nadie más; siente todo su peso sobre él y le hacen temblar en todo su ser.
¿Qué sufre Jesús, el penitente universal, ya que es el pecador universal? ¡Qué contrición la suya! Tengo mi propia explicación de su terror: es por mí, en mi lugar, por lo que, como víctima voluntaria, cae, se entrega en manos del Dios vivo. En consonancia con su papel y con él mismo, desea experimentar en lo más profundo de su alma lo horrible que es eso. Considera justo y adecuado sentir el terror de la ira divina que ha desviado hacia sí mismo.

¿Los tormentos del infierno?

Calvino, al exponer el artículo del Credo que afirma «Cristo descendió a los infiernos», examina las dos explicaciones más extendidas de su época: o bien que Cristo fue sepultado, o bien que descendió al limbo para proclamar la redención a las almas de los patriarcas. Rechaza la primera por tautológica y la segunda por fabulosa, y ofrece la siguiente explicación propia.

Si Cristo hubiera sufrido solo la muerte corporal, entonces solo nuestros cuerpos habrían sido redimidos, lo cual es imposible. Si, por tanto, nuestras almas han sido redimidas, hay que decir que Cristo sufrió los castigos que las amenazaban a causa del pecado, es decir, el castigo de la muerte eterna. «Descendió a los infiernos» significa, para Calvino, que Cristo soportó por nosotros los dolores de la muerte eterna. «Por lo tanto, era necesario que Cristo luchara cuerpo a cuerpo, por así decirlo, con las hordas del infierno y con el horror de la muerte eterna». Si, entonces, se dice que descendió a los infiernos, no hay nada sorprendente en que haya sufrido la muerte que un Dios enfurecido inflige a los criminales.

Esta referencia a los tormentos del infierno en relación con Cristo Redentor también se encuentra, en mayor o menor medida, entre los autores y escritores católicos. Algunos afirman una especie de condenación, incluida la desesperación.

Bourdaloue afirma:

Fue en vista de esto que el Padre Eterno tomó una medida tan adorable como rigurosa y, olvidando que era Su Hijo y considerándolo como Su enemigo (perdónenme estas expresiones), se declaró Su perseguidor, o más bien, el jefe de Sus perseguidores. Golpea, Señor, golpea ahora: Él está listo para recibir tus golpes; y, sin considerar que es tu Cristo, míralo solo para recordar que es nuestro, es decir, que es nuestra víctima, y que al inmolarlo, satisfarás ese odio divino que tienes por el pecado.

Dios no se conforma con golpear; parece querer reprobarlo abandonándolo en medio de su tortura: Deus meus, Deus meus, ut quid dereliquisti me? Este abandono por parte de Dios es, en cierto modo, el comienzo de la condenación, que, como dice san Pablo, Jesucristo tuvo que sufrir necesariamente por todos nosotros. La reprobación experimentada por los hombres no habría bastado para castigar el pecado en toda su malicia. Lo que era necesario, si se me permite utilizar ese lenguaje (pero ustedes penetrarán en su significado, y no temo que lo entiendan en el sentido de Calvino), era que la reprobación sensible del Dios-hombre llenará la medida de la maldición y del castigo debidos al pecado.

No será en el Juicio Final donde nuestro Dios irritado y ofendido se satisfaga como Dios; tampoco es en el infierno donde Él se declara auténticamente como el Dios de la venganza. El Calvario es el lugar que Él ha elegido: Deus ultionum Dominus. En el Calvario, Su justicia vengativa es libre de actuar sin restricciones, sin verse limitada, como en otros lugares, por la pequeñez del sujeto que la sufre: Deus ultionum libere. Todo lo que sufrirán los condenados no es más que una media venganza para Él; todo ese crujir de dientes, esos gemidos y lágrimas, esos fuegos inextinguibles... Todo eso no es nada, o casi nada, comparado con el sacrificio de Jesucristo moribundo.

Grou afirma:

Se puede decir que el abandono de Cristo por parte de su Padre comenzó en el Huerto de los Olivos. Desde el momento en que entró allí, apareció ante los ojos de Dios como un criminal cargado con todas las iniquidades de la raza humana. ¡Qué espantoso era el peso de ese crimen, y cuán merecedor de las más terribles maldiciones y del más terrible castigo!

La desolación consecuencia de ese abandono continuó aumentando a lo largo de su Pasión. No podemos reflexionar sin estremecernos sobre la naturaleza de ese terrible abandono. No era real, sin duda, pues nunca fue Jesucristo tan justamente el objeto amado de la complacencia de su Padre como en la hora en que le dio la más fuerte manifestación de su amor devoto. Pero aunque era meramente aparente y no ejercía ninguna influencia sobre las profundidades del alma, produjo una impresión agonizante más allá del alcance de la inteligencia creada para concebirla.
Era en cierto modo igual al tormento de la reprobación —o al causado por la pérdida de Dios—, un tormento que es exclusivamente parte del espíritu y, sin duda, el más intolerable de los sufrimientos del infierno. Por lo tanto, podemos formarnos una idea de la desolación del alma de Jesucristo. Es cierto que esa desolación iba acompañada de una paz imperturbable, porque no tenía acceso al santuario interior de su espíritu. Sin embargo, era inconcebiblemente amargo, sin recibir ningún alivio de la perspectiva de un consuelo futuro, que Jesucristo excluyó voluntariamente de sus planes. Para comprender la desolación de Jesucristo, debemos medirla con otro criterio: el del castigo debido por los pecados de las generaciones pasadas, presentes y futuras, por los que Él satisfizo la justicia divina no solo estrictamente, sino con creces.
No podía tener conocimiento experimental del frenesí y la desesperación que son exclusivos de los réprobos, pero, con la excepción de estas sensaciones, sintió la amargura que acompaña a la pérdida de Dios más agudamente que todos los demonios y condenados juntos.

Gratry nos dice:
Al Hijo de Dios le parece que Dios también está en contra de Él. Aquel que viene a unir a los hombres entre sí y con Dios, con el fin de recuperar incluso a los más abandonados, sufre la prueba de la separación absoluta de los hombres y de Dios. Y así es como el Hijo del Hombre realmente soportó por nosotros los tormentos del infierno.

Fouard afirma:
Nunca nadie que estuviera muriendo sintió el abandono de Dios como lo sintió Jesús, ya que nadie más que Él ha vivido por y en Dios. Jesús, que se convirtió en pecado por nosotros —hecho «maldición» y «excrecencia», como dice san Pablo— sufrió algo tan terrible a manos de Dios que no hay palabras humanas suficientes para describirlo. En ese momento, el cielo se veló y solo quedó el infierno ante el Salvador, que vislumbró una desesperación eterna tan infinita como el Dios al que venganza.

Un monje trapista de Sept-Fonts dijo:
En ese momento, Él era el mayor criminal del mundo; nunca antes había habido alguien así: el pecador de los pecadores, el pecador que representaba a todos los pecadores. ¡Qué vergüenza, qué agonía, qué dolor fue para Ti, oh Jesús mío, cuando Te presentaste, cargado con nuestras iniquidades, ante Tu Padre, el Dios santísimo, el Padre amadísimo, el Juez severísimo! Abandonado por Su Padre, Él sufre una especie de infierno.

Le Camus afirma:
Jesús había inclinado insensiblemente la cabeza hacia el suelo bajo el peso aplastante que estaba asumiendo como propio. Pero de repente, el rostro enfurecido de Dios —del que solo vislumbra un destello— destroza su alma. No puede soportarlo más y, levantándose,

exclama: «Padre, si es posible —y contigo todo es posible— ¡que este cáliz se aleje de mí!».
Esto, entonces, no tiene nada que ver con Satanás. Es solo con su Padre con quien Jesús desea negociar el horrible trato. ¿No deducirá la justicia divina nada del cáliz rebosante? ¿Es el pecado, entonces, una ofensa tan grande que debe ser expiado con una reparación tan espantosa? Acepta la muerte, pero ¿podrá soportar la maldición de su Padre? Y sin embargo, debe hacerlo, ya que, aunque es el Cordero de Dios inocente, está ocupando el lugar de los pecadores. Es porque ocupó su lugar que su grito suplicante no penetró en el cielo, y que el nombre del Padre, pronunciado con tanto amor, permaneció ineficaz en sus labios.
Se dice que el Salvador sufrió entonces todos los tormentos del infierno, excepto la desesperación.

Parra afirma:
Él debe expiar nuestros pecados en nuestro lugar; debe, pues, revestirse de ellos como de una prenda infectada que ha sido arrastrada por el barro. Debe cargar con ellos y asumir toda la responsabilidad ante Su Padre, como si los hubiera cometido Él mismo. Jadea, se avergüenza y, finalmente, deja escapar un sollozo de repugnancia. Ya no puede soportar verse a sí mismo; no puede soportarse a sí mismo: Coepit taedere, ¿debemos decir que se repugna a sí mismo?
Disgustado consigo mismo, también siente que el disgusto se apodera de Él por su misión y la tarea de Redentor para la que se ha ofrecido. Es la Divinidad condenada y, aunque no puede ser condenado —pues es Dios—, siente el espantoso terror de los condenados, a quienes la mano divina persigue, tortura y abruma.
Si el infierno pudiera albergar entre los condenados a alguien que no odiara a Dios y que creyera en un perdón final, Jesús en Getsemaní sería ese sujeto —abandonado como el hierro en el fuego— al odio de Dios, tan ardientemente empeñado en castigar en Él el pecado que Él personificaba. Inclinado con el rostro hacia el suelo y sin atreverse a levantar los ojos, gime, tiembla, sangra por todo el cuerpo y suplica piedad a su Juez, que permanece sordo a sus súplicas.

Vale la pena incluir una contribución del padre Perroy para completar y coronar nuestros ejemplos, no sea que parezcan demasiado escasos.
Él (Jesús) nació para ascender al Gólgota, y para ascender como víctima; pues ¿no era Él, ante todo, la Víctima de la Expiación? Él lo sabía; lo sentía en cada fibra de su ser; lo había deseado, y su Padre celestial así lo consideraba. La razón principal de la existencia terrenal de Cristo —su papel principal— era satisfacer la justicia de Dios, reparar la afrenta hecha a Dios, honrar el honor de Dios. Casi parecería que la salvación de la humanidad fuera lo segundo.
Para satisfacer la justicia perfecta de Dios, Jesús debía pagar la deuda completa, sin recibir misericordia alguna. Durante más de cuatro mil años se preparó esta expiación suprema. La ira divina se había acumulado siglo tras siglo contra la humanidad pecadora. De vez en cuando, a lo largo de los siglos, el dedo de Dios se movía, esbozando, con trazos gruesos y amplios, un boceto de su ira, que se iría completando con el paso del tiempo.
[Aquí el autor recuerda la vaca roja inmolada frente al Templo, el chivo expiatorio perseguido por el valle de Cedrón, Isaac, Job, Jonás].
Ahora, por fin, ha llegado el momento: la verdadera víctima prometida a lo largo de los siglos ha llegado. Cristo ha nacido, y Dios lo protege con celoso cuidado hasta que

asciende al Calvario para derramar su sangre. En primer lugar, está la preparación remota: una lenta acumulación, por así decirlo, de una justicia ultrajada.
[El padre Perroy recuerda el pesebre, el exilio, la persecución y la oscuridad, el esfuerzo y el agotador trabajo del apostolado, y continúa:]
Todo, todo, son instrumentos de venganza en manos de Dios. Si Cristo hubiera sido solo humano, ser rechazado por todos los hombres y abandonado por los suyos, tener el cielo, su única esperanza, cerrado ante él, lo habría sumido en un abismo de desesperación: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?».
Dios no escuchó la llamada de su Hijo; es más, lo rechazó. Su mano, lejos de tenderla para rescatar a Jesús de la furiosa inundación, lo sumergió aún más en su torbellino. ¡Oh Dios, te has vuelto tan cruel con tu único Hijo! Pero esta es la hora de la justicia eterna.
¡Qué terrible abandono! Sin embargo, Cristo debe sufrirlo. «Podría haber evitado este cruel pago por los pecadores», dice Jesús, el Dios. «La elección me fue dada a mí, y yo quise arrojarme a este mar insondable, de cuyas profundidades ya no puedo levantarme. No puedo huir de la justa ira de Dios. Debo sufrir todo, y hasta el final».
Todo esto podría haberse dicho Cristo a sí mismo, y añadir ese amargo aguijón de desesperación: «No solo estoy privado de toda ayuda humana, sino que soy juzgado indigno del socorro divino».
He abandonado a Dios, y Jesús, llevando en su cuerpo todas mis cobardes traiciones, sufrió el espantoso castigo que me correspondía por toda la eternidad. El abandono: terrible represalia: ojo por ojo, diente por diente.
Pero esta muerte es mi salvación; y debido al abandono en el que agoniza este divino Sufriente, cubierto de mis pecados, seré bendecido y perdonado, y nunca saborearé la amargura que Él ha bebido. Su última satisfacción de la justicia divina fue el acto supremo de generosidad. El amor no podía ir más allá para expiar nuestros pecados y tranquilizar nuestras almas.

Reacciones

Rivière y Richard, considerados autoridades en cuestiones relacionadas con la Redención, afirman categóricamente que los pasajes que acabamos de citar no reflejan la auténtica enseñanza de la Iglesia.
Rivière afirma:

> Por mucho que estemos dispuestos a admitir en estos pasajes una exageración retórica, debemos reconocer que se basan en una idea completamente falsa. Este Dios sanguinario y cruel no es el Dios de la razón, y mucho menos el Dios del Evangelio. La doctrina católica no puede hacerse responsable de afirmaciones como las que acabamos de escuchar.

Richard dice:

> Sin duda, esta teología oratoria tenía por objeto transmitir todo el horror que Cristo siente por el pecado, una verdad incuestionable sobre la que debemos meditar. Pero tal explotación del concepto bíblico y tradicional de la expiación de Cristo distorsiona el verdadero significado del Evangelio. Los textos paulinos que se presentan no pretenden realmente decir que Cristo experimentó los efectos de la «ira» de Dios por todos los que cometen pecado. Eso sería, como dijo Pierre Corneille en el siglo XVIII, apelando a los comentarios de los Padres, «una blasfemia insufrible desconocida en épocas pasadas». Cristo no podía pensar que Dios estuviera enfadado con Él. Sabía que amaba a Dios, su Padre, y que era muy querido por Él.

El tipo de abandono en el que Jesús experimentaría la ira de Dios en su alma es totalmente ajeno a la tradición patrística, así como a la de los doctores de la iglesia del siglo XIII. Los mejores teólogos del siglo XVI —ya fueran dominicos como Cayetano o jesuitas como San Roberto Belarmino y Suárez— se mantuvieron fieles a las enseñanzas de los grandes doctores del siglo XIII y rechazaron esta novedosa interpretación del abandono cada vez que se encontraron con ella.
Las palabras del Padre Bouesse también son muy acertadas:
«La suave y tiernamente humana sublimidad del perdón divino se ve distorsionada por los impactantes errores que contienen tantos libros y sermones».
Y el Padre Dehan escribe:
«Nosotros, en Francia, a su vez, hemos permitido a menudo que el jansenismo falsifique nuestras mentes y, especialmente, nuestra imaginación. Inspira demasiadas obras, de las que no se desconfía lo suficiente, que nos dan una imagen del misterio de la Redención con la justicia divina enfurecida sobre su víctima. Pero, por el contrario, es amor. Atribuir a la justicia divina lo que pertenece al amor divino es una perversión digna del diablo. Es posible que quienes lo hacen no sean conscientes de ello, pero el mal no es menos grave. Sería una maniobra típica del diablo: privar al amor de su adorable víctima y convertirla en víctima de la justicia».
Esta es la verdad, y debemos admitirlo con franqueza.
El padre Mersch escribe:
«Cristo, respondiendo ante Dios por los pecados del mundo, aparece como el pecador total —el condenado entre los condenados— aplastado bajo la ira divina más completa y absoluta. Pero la verdad es muy diferente, pues la obra de Jesús es diametralmente opuesta al infierno. El infierno es odio, oposición a Dios, a uno mismo y a la humanidad; la obra de Cristo tiende al amor y a la unión».
«En última instancia», escribe el padre Pro, «toda esta justicia retributiva, este regateo, esta noción de un Dios feroz nos parece raya en la blasfemia».
San Francisco de Sales sin duda habría estado de acuerdo con tales juicios. Así lo indican sus palabras sobre un pequeño tratado, del que se desconocen el nombre del autor, el impresor y el lugar de publicación y que afirma:

«Si el autor se refiere con «sufrimientos» al mérito y valor de los sufrimientos de nuestro Señor, tiene razón al decir que son infinitos; pero entonces se expresa mal al describirlos como sufrimientos, penas, miserias, el cáliz de la ira de Dios y el abandono de Dios. Hubiera sido mejor que los describiera como un gran consuelo y agua dulce y salvadora, que sacia para siempre la sed de quienes la beben. Este mismo autor es impreciso si quiere decir que los sufrimientos en sí mismos son infinitos, porque beber de la ira de Dios y ser abandonado por Él son males infinitos. Pero eso parece ser lo que quiere decir cuando afirma que el Salvador bebió la copa de la ira de Dios y cuando sitúa el descenso a los infiernos entre los acontecimientos de la Pasión».

Sin duda, San Francisco de Sales relacionaría esto último con el temor que Calvino atribuye a Jesucristo, cuando dice que Jesús temía por la salvación de su propia alma y temía la maldición y la ira de Dios. Pero, como ya he demostrado, esto es una blasfemia insufrible, ya que el temor presupone la probabilidad de que lo que se teme vaya a suceder; y, por lo tanto, supone que nuestro Señor sentía la probabilidad de su propia condenación, una suposición verdaderamente espantosa.

Por muy acertado que sea criticar la tesis de la ira divina que se desata sobre su víctima inocente, no es menos necesario sustituirla por otra explicación del misterio. Porque, como dice Auguste Comte, «solo se destruye lo que se sustituye». Sin embargo, no se debe evitar la Caribdis de la justicia punitiva a costa de caer en la Escila de la negación de toda justicia, algo que, en cualquier caso, el dogma no permite.

Lo que se busca es un enfoque equilibrado del tema. Santo Tomás es, como veremos ahora, el maestro por excelencia de este enfoque equilibrado.

CAPÍTULO II - EL PLAN DE LA ENCARNACIÓN REDENTORA

La economía de la religión cristiana está ordenada principalmente a la resurrección de Cristo (Santo Tomás de Aquino)

El Pecado Original

El escándalo de la cruz sigue al escándalo del pecado original. Este último dogma no debe minimizarse con el pretexto erróneo de que la redención debe entenderse en términos de nuestros pecados personales. No hay lugar para el juicio privado: o se acepta la revelación o se rechaza, por desconcertante que pueda parecer a primera vista. Es curioso que ahora, cuando la humanidad es cada vez más consciente de su dimensión como comunidad, siga rechazando los dogmas del pecado y la redención a escala universal.

En contraposición a los racistas, reivindicamos con razón los mismos derechos y deberes fundamentales para todos los hombres que vienen a este mundo. Santo Tomás de Aquino y Pascal están de acuerdo en esto: «Así como los diversos miembros del cuerpo forman la unidad de una persona humana, todos los hombres forman partes y miembros de la naturaleza humana».

«Los hombres de todas las generaciones deben ser considerados como el mismo hombre». No hay judíos ni griegos, ni libres ni esclavos; todos son uno. Tampoco hay nada arbitrario en el hecho de que Dios haya recapitulado dos veces, en planos diferentes pero complementarios, a toda la humanidad, por así decirlo, en una sola persona: primero en Adán y Eva, nuestros primeros padres; luego en Jesús, el nuevo Adán y la nueva Eva.

La humanidad, una vez maravillosamente dotada de riquezas gratuitas en el estado de justicia original, ha sido aún más maravillosamente redimida de su pecado bajo el signo de la cruz.

El hombre trasciende su propia comprensión. No solo es un problema para sí mismo, sino también un misterio. Considerado desde cualquiera de los dos puntos de vista gemelos de la justicia y la misericordia, el gobierno divino respeta infaliblemente lo que es personal y característico en cada miembro de la humanidad.

Al mismo tiempo, es igualmente cierto que el destino de cada uno en particular está incluido en el de la comunidad, no solo en los diversos niveles sociológicos (de la familia, la profesión, la nación), sino también en el nivel sobrenatural: todos son pecadores en Adán, todos son redimidos por nuestro Salvador. No vivimos aislados.

El dogma de la caída de la humanidad en Adán y Eva no menoscaba en nada los derechos de la naturaleza humana, tal y como estos pueden y deben ser concebidos por la razón recta. El pecado original nos priva del don sobrenatural de la gracia santificante y de los dones preternaturales —sobre los que no podríamos reclamar ningún derecho legítimo— y de nada más.

Del mismo modo, el pecado original está en nosotros desde el nacimiento como lo que se llama un pecado de naturaleza, es decir, uno que carece de la connotación de responsabilidad personal y castigo personal, incluso en la medida en que se encuentra en el pecado venial.

No más que los ángeles, el hombre puede reclamar la posesión de Dios en la visión cara a cara: «Ese fin que consiste en la visión de Dios y es vida eterna está por encima de la naturaleza de toda criatura».

Por eso las almas de los niños que mueren sin bautizar están en el limbo y «allí poseen sin dolor lo que les pertenece por naturaleza». No sufren ninguna angustia interior y disfrutan de su felicidad.

El hecho de que no hayan recibido el bautismo «no les causará tristeza, al igual que el hecho de que no hayan recibido muchas gracias concedidas a otros como ellos no causa tristeza a los sabios».

Nuestra naturaleza humana conoce la lucha interior entre la carne y el espíritu (Gálatas 5:17), y que esta naturaleza puede sufrir y morir. Quienes niegan el pecado original son tan conscientes de ello como nosotros. Pero desde el punto de vista de la razón filosófica únicamente, estos hechos no nos dan derecho a inferir con certeza una caída comunitaria real de la naturaleza humana.

En otras palabras, aunque es de fe que nuestros primeros padres disfrutaban del privilegio de la inmortalidad, y que su apetito inferior solo se convirtió en concupiscencia, en sentido peyorativo, después del primer pecado y como castigo, no hay nada que podamos aprender a la luz de la sola razón que nos obligue a admitirlo; solo nos quedaría un mero motivo a favor de la credibilidad de la revelación.

Es importante que aquí sigamos a los grandes teólogos tomistas, como el cardenal Cayetano y los carmelitas de Salamanca. Al responder a las preguntas «¿Está herida nuestra naturaleza humana? ¿Está caída?», estos autores hacen una distinción fundamental: si nos referimos a una caída histórica, en relación con su primera condición de justicia original en Adán y Eva, la respuesta es sí; si nos referimos a una caída filosófica en sus elementos constitutivos intrínsecos, entonces la respuesta es no.

Desde este punto de vista, la naturaleza humana no está caída, ni viciada, ni herida. Dios podría, en el principio, haber creado a la raza humana en su estado actual de debilidad, ignorancia, sufrimiento y mortalidad sin que hubiera habido ninguna caída desde un estado de perfección, cuya realidad fugitiva en los albores de la humanidad es un hecho que solo nos garantiza la revelación.

El pecado original es la falta de justicia original según la cual la razón del hombre estaba armoniosamente («secundum aequitatem») subordinada a Dios, y las facultades inferiores a la razón, y el cuerpo al alma; pero esta armonía («aequitas») se ve perturbada por el pecado original, ya que, una vez que la razón ha dejado de estar sometida a Dios, las facultades inferiores se rebelan contra la razón, y el cuerpo se retira de la obediencia al alma por la corrupción y la muerte.

Se trata de una caída histórica y no filosófica: «La Iglesia no admite que el hombre no sea más que corrupción y pecado a los ojos de Dios. Por el contrario, el pecado original no le parece haber afectado fundamentalmente a sus aptitudes y facultades, sino que ha dejado esencialmente intacta la luz natural de su intelecto y su libertad».

Santo Tomás nos da una regla de oro que debemos observar si queremos seguir un rumbo recto en la interpretación del estado de justicia original: «Lo que creemos —dice— se lo debemos a la autoridad; es por la fe que sostenemos todo lo que está más allá de nuestro alcance, hablando naturalmente. Del mismo modo, cuando algo no está garantizado por la autoridad divina, debemos respetar la naturaleza de las cosas».

Sin embargo, podemos pensar que santo Tomás no fue lo suficientemente fiel a sí mismo cuando atribuyó a Adán, el patriarca de la humanidad, un conocimiento universal infundido. Esto parece exorbitante e inverosímil, por citar solo un ejemplo, en el ámbito de las

matemáticas. Los doctores medievales tenían una noción grandiosa del estado de inocencia que requiere una seria modificación.
No obstante, santo Tomás no se entregaba a la mitología en su interpretación de la inmortalidad de Adán: según él, este no estaba protegido intrínsecamente (ab intrinseco) contra todos los peligros mortales externos, como un golpe de espada, etc., sino que la providencia divina velaba por él.
Esto es perfectamente razonable. Del mismo modo, diríamos que las serpientes siempre han reptado y los leones siempre han sido feroces y carnívoros. No hay ninguna razón válida para dudar del hecho de la justicia original, al igual que no la hay para prolongar indebidamente su supuesta duración.
Pero lo más importante es que nuestros primeros padres recapitulaban a toda la humanidad, y su estado (en ciertos aspectos) cuasi angelical dejaba claro que el plan de Dios era tratar a toda la raza humana como una sola familia inmensa y dotarla de vida y felicidad más allá de todo lo que tenía derecho a esperar.
El punto de partida había sido perfecto. La elección a favor o en contra de Dios se haría en las circunstancias más favorables, con un conocimiento perfecto de lo que implicaba y en nombre de la humanidad. Pero el hombre no es más capaz que los ángeles de reclamar su independencia en relación con Dios, el fin moral último.
Tampoco, una vez reconocido su deber de sumisión amorosa a Dios, puede reclamar ningún privilegio de impecabilidad. Incluso suponiendo que Adán no hubiera pecado, habríamos sido puestos a prueba y habríamos tenido que elegir a favor o en contra de Dios. Esto es inseparable de la naturaleza de todo espíritu creado.

Santo Tomás lo repite una y otra vez: «El poder de pecar no es, en sí mismo, esencial al libre albedrío, sino que es una consecuencia de la libertad en la naturaleza creada». No existe ni puede existir ninguna criatura cuyo libre albedrío esté tan confirmado en la bondad que le pertenezca por derecho natural no poder pecar.
«Considerados en lo que son por naturaleza, tanto los hombres como los ángeles pueden volverse libremente hacia el mal». Adán y Eva eran felices y disfrutaban de un equilibrio perfecto más allá de la simple condición de la naturaleza humana, y sin embargo pecaron. No había excusa ni circunstancia atenuante para este pecado. Instigados por el diablo, se rebelaron contra Dios en un acto de orgullo que contó con su pleno consentimiento.
La santidad exige fundamentalmente que cada uno acepte con amor su condición de criatura tal y como la encuentra: así también en el caso de Adán y Eva; solo que ellos dijeron que no. Sea cual sea la forma en que pecaron (la materia del pecado, el fruto, es discutible y puede considerarse simplemente como un símbolo), su pecado fue grave, al igual que el del ángel rebelde.
Se vieron desnudos, despojados de sus privilegios, en las garras del príncipe de este mundo, el mentiroso y asesino, y se avergonzaron.
El diablo, simbolizado por la serpiente, fue realmente el instigador del pecado de nuestros primeros padres. El drama humano continúa el drama angelical. Este es un punto importante si queremos salvaguardar el equilibrio de las verdades reveladas que arrojan luz sobre nuestra condición en el mundo.
El padre Bouyer lo destaca muy bien: para los Padres, la naturaleza humana caída no era simplemente la naturaleza privada de los dones gratuitos de Dios y que volvía a su condición propia, sino la naturaleza humana cautiva del diablo. A sus ojos, la caída no consistía principalmente en un proceso de separación de Dios y de apego a uno mismo, sino en el apego al diablo en lugar de a Dios.

Así, podían mantener, sin contradicción, la idea de una naturaleza fundamentalmente buena, etc., pero caída de tal manera que no podía levantarse por sus propias fuerzas. En efecto, el hombre, al separarse de Dios, lejos de convertirse en su propio dueño, se convirtió, por el contrario, en esclavo del diablo.

Recordemos aquí la enseñanza del mismo Señor: «Si sois verdaderos hijos de Abraham, os corresponde seguir el ejemplo de Abraham; pero vosotros estáis tramando matarme, a mí, que os digo la verdad tal como la he oído de Dios; esta no era la manera de actuar de Abraham. No, vosotros seguís el ejemplo de vuestro padre. Pertenecéis a vuestro padre, es decir, al diablo, y estáis ansiosos por satisfacer los apetitos de vuestro padre. Él, desde el principio, fue homicida; y en cuanto a la verdad, nunca se ha mantenido firme en ella; no hay verdad en él. Cuando profiere falsedad, solo está profiriendo lo que le es natural; es todo falso, y fue él quien dio origen a la falsedad» (Juan 8:39-44; Mateo 12:37-39).

No podemos ni debemos abstraernos del diablo en la historia de la caída y la redención.

El príncipe de este mundo, que tres veces, pero sin éxito, tentó a Cristo al comienzo de su vida pública, hizo su entrada en la historia en los tiempos que siguieron a la creación del primer hombre y la primera mujer; y el Maligno, el Mentiroso, el Asesino, permanece en nuestra historia, dentro y fuera, llamando malo al bien y bueno al mal, confundiendo libremente la verdad y la falsedad.

Con demasiada frecuencia, el diablo tiene la habilidad de hacer creer a la gente que no existe. Por el contrario, existe y actúa. La vida del cura de Ars es, a su manera, un testimonio elocuente de ello.

La silueta del Maligno se vislumbra en la sombra de muchos políticos, filósofos o literatos, y en la de todos aquellos cuya profesión es el vicio. Las ceremonias de iniciación masónica y las misas negras nocturnas, horribles, válidas y sacrílegas, son una triste realidad.

Pero aunque no hay que ignorar al diablo, tampoco debemos buscarlo por todas partes; solo debemos recordar que «anda rugiendo como un león en busca de su presa». Este es un artículo de nuestra fe.

Desde un punto de vista esencialista y abstracto, la muerte física, que es natural para el hombre, es un símbolo perfecto del pecado; pues, una vez separada de Dios, su vida, el alma no es más que una especie de cadáver espiritual.

Sin embargo, desde un punto de vista histórico y existencial, y a la luz de la revelación, se puede decir mucho más: pues también la muerte, fruto del pecado instigado por el diablo, hizo así su entrada en el mundo de la humanidad (Romanos 5:12, 21; 6:23).

Una cosa es filosofar basándose en una leyenda y otra muy distinta es percibir el profundo significado espiritual de un dato histórico.

El incrédulo podría decir que todo ha sucedido como si la muerte hubiera entrado en el mundo a causa del pecado, queriendo decir con ello que no se podría encontrar una parábola más adecuada que la del Génesis para enseñar la doctrina deseada de la malicia del pecado.

Debemos responder que aquí no se trata de una parábola, sino de una enseñanza moral y dogmática inscrita en hechos históricos. Dios puede «escribir» dirigiendo los acontecimientos, así como inspirando a sus autores sagrados, aunque sin violar la libertad de sus criaturas y sin permitirse convertirse en esclavo de ellas.

Esta es una de las manifestaciones de su omnipotencia. La acción de Adán y Eva expresa toda una serie de verdades filosóficas, dogmáticas y morales, y fue en sí misma el preludio de otra acción: la de la redención, el punto culminante de la revelación.

Todo lo que ocurrió entre el Génesis y el Evangelio fue figura (1 Cor. 10, 2). En un sentido profundo, entonces, y reconociendo aquí la presencia de lo sobrenatural y lo milagroso,

decimos que el misterio del pecado original, tal como se describe en el Génesis y se propone auténticamente por el magisterio de la Iglesia, es esencialmente pedagógico, pero pedagógico de una manera tan sublime que puede inscribir la teología en la historia.

La Encarnación y la Cruz

La raza humana, ahora propensa al pecado, sufre, llora, sangra y muere. Pero no fue ennoblecida simplemente para ser desheredada. En lugar de preguntarnos qué habría pasado si Adán y Eva no hubieran pecado, limitémonos a meditar con sabiduría y prudencia sobre los datos de la revelación. El dogma del pecado original está, de hecho, vinculado al de la redención en una continuidad histórica de la que no puede abstraerse.

Al árbol del conocimiento del bien y del mal le corresponde el árbol de la cruz; a la orgullosa desobediencia de nuestros primeros padres, la humilde obediencia del Hijo de Dios hecho hombre, «el primogénito entre muchos hermanos» (Rom. 8, 29). Todos son pecadores en Adán, todos son redimidos por el Salvador: «Todo es para vosotros, y vosotros para Cristo, y Cristo para Dios» (1 Corintios 3, 23). De hecho, Dios no habría permitido que la gran familia de la humanidad se perdiera en Adán y Eva por instigación del diablo, a menos que hubiera querido que fuera restaurada en Jesús y María, el nuevo Adán y la nueva Eva.

La sombra implica y solo tiene sentido en términos de luz; por lo que solo podemos evaluarla en términos de luz: «No habría sido necesario que Cristo muriera por todos si todos no hubieran muerto por el pecado de Adán; pero así como todos murieron en Adán, así también todos son vivificados en Cristo» (1 Corintios 15:22). No ha habido, ni habrá nunca, nada natural en nuestro destino. El destino de una humanidad que levanta en vano sus torres de Babel siempre escandalizará y desanimará a quienes niegan este hecho.

Desde el principio, en el Génesis, Dios dio más de lo que estaba obligado a dar. Y dará aún más. Mirabiliter, mirabilius: ha modelado maravillosamente la dignidad de la naturaleza humana y desea remodelarla aún más maravillosamente.

Este es el misterio de la Encarnación redentora, que, de alguna manera, deifica a toda la raza humana. En relación con Dios, en relación con el hombre, y desde el único punto de vista que importa en última instancia —el del amor y su manifestación para la gloria de Dios—, la redención es más asombrosa que la creación. A pesar de toda la belleza de esta última: Dios es amor, y el amor es el secreto de todos sus permisos y decretos.

Una continuidad armoniosa con el amor es la base de nuestro optimismo. Pero, ¿cuál es el significado último de esto para nosotros? Que la señal de la cruz nos lleva a amar mejor y más verdaderamente que la felicidad. Porque Dios solo permite el mal de nuestros sufrimientos y pecados para que den paso a dones aún mayores, como, por un lado, la humildad en la certeza aceptada de nuestra incapacidad personal para hacer el bien, en la negación de nuestra voluntad y en el desapego de lo que pasa y no es Dios; y, por otro lado, una fe segura en el amor misericordioso de Dios y en el florecimiento de las tres virtudes teologales, que son las garantías de todas las riquezas divinas.

Estos son los dos polos —negativo y positivo, respectivamente— de la santidad del Evangelio. En última instancia, es una cuestión sencilla: es el noverim me, noverim te (hazme conocerme a mí mismo, hazme conocerte a ti) de san Agustín, y su "Ama et fac quod vis" (ama y haz lo que quieras), cuando se entiende correctamente.

Es el Todo-Nada de san Juan de la Cruz: el Todo de Dios, la nada de lo que no es Dios: «Tenemos una ciudad eterna, pero no aquí» (Hebreos 13:14). Es el pequeño camino de

santa Teresa de Lisieux: que uno pierda su alma para encontrarla, como un hijo de Dios. Es el camino de todos los santos: «Todo es gracia para los que aman a Dios» (Rom. 8:28).
Y, finalmente, el dolor en los corazones de todos los hombres de buena voluntad se convertirá en alegría en la posesión de Dios. Esta ligera y momentánea aflicción tendrá su recompensa multiplicada en todos los sentidos, colmándonos de gloria eterna, si tan solo fijamos nuestra mirada en lo que no se ve, y no en lo que se ve. Lo que se ve dura solo un momento; lo que no se ve es eterno (2 Corintios 4, 17-18).
Pero para penetrar en las profundidades de este gran misterio, debemos fijar nuestra mirada ante todo en la persona divina de nuestro Redentor. Así como el hombre, cuando desea revelarse, expresa los pensamientos de su corazón con una palabra y, por así decirlo, los viste con letras o sonidos, así también Dios, cuando desea revelarse a los hombres, viste con carne en el tiempo al Verbo que ha concebido desde toda la eternidad.
Nadie llega a conocer al Padre sino a través del Hijo, que ha dicho: «o soy la puerta; el que por mí entrare, será salvo» (Juan 10, 9).

Un secreto de amor

La Encarnación redentora es la expresión del amor divino que, para mostrarse más tierno, eligió el camino de la misericordia y el perdón. «Dios ha abandonado a todos los hombres a su rebelión, solo para incluirlos a todos en su perdón» (Rom. 11:32). Es de hecho como nuestro Redentor que Dios nos ha dado al Hijo amado que ocultó en el corazón de su Padre. Santo Tomás insiste en su afirmación de la primacía de la caridad en el misterio del Verbo encarnado. Todas las riquezas de la Encarnación y la redención son, escribe, obra de la caridad (totum est opus caritatis). Por amor se hizo hombre, por amor murió. Todos sus misterios brotan del inmenso amor de Dios, que está más allá del conocimiento de cualquier criatura. Simplemente no podemos concebirlo (incomprehensibilis cogitatu): «No hay duda: es un gran misterio el que adoramos. Revelación hecha en la naturaleza humana, justificación ganada en el reino del Espíritu; visión vista por los ángeles, misterio predicado a los gentiles; Cristo en este mundo, aceptado por la fe, Cristo en lo alto, llevado a la gloria» (1 Timoteo 3, 16). Ante este canto triunfal de san Pablo, el único recurso de santo Tomás es multiplicar breves extractos de la Escritura: el misterio (sacramentum) es algo sagrado y secreto. Pero no hay nada tan secreto como lo que tenemos en nuestro corazón, y esto es aún más cierto en lo que es a la vez sagrado y secreto en el corazón de Dios. « Nadie más puede conocer los pensamientos de Dios sino el Espíritu de Dios» (1 Corintios 2:13). «Secreto para mí mismo» (Isaías 24:16). «Tú eres un Dios oculto» (Isaías 45:15). Y esta es la Palabra de Dios en el corazón del Padre (et hoc est Verbum Dei in corde Patris) . «Alegres son los pensamientos que brotan de mi corazón» (Salmo 44:2).
Este secreto es sacramento de misericordia, mientras que los secretos de los hombres son a veces vanos: «El Señor mira en el corazón de los hombres y encuentra allí ilusión» (Salmo 103:11). Este misterio es de misericordia en la medida en que es para la restauración del mundo. Es grande porque es el verdadero Dios mismo; grande más allá de todo límite. Este secreto, por lo tanto, que está escondido en el corazón del Padre, se ha hecho hombre. Así como la palabra escondida en el corazón se manifiesta en una palabra sensible, así también la Palabra de Dios, escondida en el corazón del Padre, se manifestó en la carne: «La Palabra se hizo carne y vino a habitar entre nosotros» (Juan 1:14).

Dios se hizo hombre

La persona del Hijo de Dios no es una persona humana, ni la naturaleza divina es naturaleza humana (de lo contrario, tendríamos una contradicción en los términos); pero el Hijo de Dios, sin dejar de ser Dios en su persona y naturaleza divinas y el Verbo engendrado por el Padre desde toda la eternidad, hizo suya la naturaleza humana al asumir un alma y un cuerpo como los nuestros. El Hijo de Dios pensó, quiso, amó y actuó como un hombre en todo lo que no era incompatible con su dignidad de Hijo de Dios y con la pureza misma.

Se pueden enumerar cuatro comparaciones para ayudar a nuestra reflexión sobre este gran misterio, pero solo la cuarta tiene algún valor positivo. Corresponden a las cuatro formas de concebir la posesión o la asimilación. 1. Lo poseído se transforma sin sufrir alteración (mutat et non mutatur). Así, por ejemplo, cuando un necio adquiere sabiduría, este se vuelve sabio, pero la sabiduría no se vuelve necia. 2. Lo asimilado produce un cambio y recibe un cambio (mutat et mutatur). Así ocurre con la comida en relación con el hombre que la ha comido. 3. Lo asumido no cambia a quien lo asume ni sufre cambio alguno en sí mismo (non mutat nec mutatur). Por ejemplo, cuando se desliza un anillo en el dedo. 4. Lo poseído cambia en sí mismo sin cambiar a su poseedor (non mutat sed mutatur). Tal es el caso cuando una prenda adopta la forma del cuerpo humano, y tal es también el caso de la naturaleza humana que fue asumida por Cristo. Está unida a la Persona del Verbo de tal manera que es ennoblecida y llena de gracia y verdad: «Hemos contemplado su gloria, gloria como la del Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad» (Juan 1, 14).

El problema de la conciencia humana de Cristo ha sido muy discutido entre ciertos teólogos durante los últimos veinte años, y a menudo en los siguientes términos: ¿cómo podía este hombre saber que era el Hijo de Dios? Presentado de esta manera, el problema nos parece irreal, ya que este hombre es el Hijo de Dios en la medida en que es un sujeto consciente, idéntico a la naturaleza divina: sabe que es el Hijo de Dios porque es el Hijo de Dios. Una vez planteado correctamente el misterio, la respuesta surge de forma natural. Pero sigue quedando la pregunta diferente e inversa: ¿cómo sabe el Hijo de Dios que es hombre? Lo sabe porque, como Dios, ha asumido conscientemente la conciencia humana. Aunque sin duda hay dos conciencias en Cristo en virtud de sus dos naturalezas —divina y humana—, Cristo es, sin embargo, un solo sujeto consciente (unus sui consciens). En él hay una sola persona, la del Hijo de Dios, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, que se sabe a sí misma como Dios y hombre en virtud de sus dos conciencias en sus dos naturalezas.

En las vívidas palabras de San Juan, el Verbo se hizo carne. Al comentar este versículo, Santo Tomás se pregunta por qué San Juan no menciona el alma, ya que el Verbo asumió en su persona tanto el cuerpo como el alma del hombre. Responde que San Juan deseaba enfatizar la verdad de la asunción de la carne frente a aquellos que negaban el hecho porque consideraban que la carne era una criatura del diablo. Por ejemplo, las palabras de nuestro Señor a sus discípulos después de la resurrección: «Tocadme y ved; un espíritu no tiene carne ni huesos, como veis que yo tengo» (Lucas 24, 39). San Juan también quiso enfatizar la bondad de Dios hacia nosotros. La asunción de un alma humana ya habría sido el sacramento y el signo de un gran amor, ¡pero cuánto más lo es esta humillación del Verbo hasta nuestra propia carne!

«Sin duda, es un gran misterio el que adoramos. Revelación hecha en naturaleza humana» (1 Timoteo 3, 16). San Juan deseaba resaltar el carácter excepcional de la unión realizada en Cristo. En el caso de los demás hombres, Dios se une solo a su alma; en el caso de nuestro Salvador, el Verbo de Dios se une a nuestra carne. Por último, san Juan deseaba

dar a entender que la Encarnación era adecuada a la obra de la redención. Puesto que el hombre estaba herido en su carne, sería sanado por la carne del Verbo: «Esto era algo que la ley no podía hacer, porque la carne y la sangre no podían darle el poder; y esto lo ha hecho Dios, enviándonos a su propio Hijo, a la manera de nuestra naturaleza culpable, para reparar nuestro pecado. Ha firmado la sentencia de muerte del pecado en nuestra naturaleza» (Romanos 8, 3).

Dios hecho hombre es el Redentor

Al hacerse hombre, el Hijo de Dios pudo ser a la vez sacerdote y víctima de su sacrificio, y así dar testimonio del mayor amor posible, pues «nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos» (Juán 15, 13). Y eso es lo que hizo. No podía haber dado más. Como era necesario que Cristo tuviera algo que ofrecer, se ofreció a sí mismo. Esta ofrenda era pura, ya que su alma carecía de cualquier mancha de pecado: «Será un cordero macho de un año, o un cabrito macho de un año, sin defecto» (Éxodo 12:15). También era apropiado, ya que es apropiado que un hombre satisfaga por los hombres: «Se ofreció a sí mismo como víctima sin mancha ante Dios» (Hebreos 9:14). También era adecuado para el sacrificio, ya que su carne era mortal: «Dios envió a su Hijo en la forma de nuestra naturaleza culpable» (Romanos 8:3). Una vez más, es idéntico a aquel a quien se ofrece: «El Padre y yo somos uno» (Juan 10:30). También une a aquellos por quienes se ofrece con Dios: «Para que todos sean uno; que también ellos sean uno en nosotros, como tú, Padre, estás en mí y yo en ti» (Juan 17:21).

Pero se objetará que la carne de Cristo pertenece a este mundo. Nuestra respuesta es que solo pertenece a este mundo en el sentido material: «Todo el mundo está entregado al poder de los malhechores» (Job 9:24). Porque también hay razones por las que no pertenece a la tierra: en primer lugar, debido a la unión hipostática: «El que viene de arriba está por encima de todos los hombres» (Juan 3:31), es decir, el Hijo de Dios que asumió esta naturaleza para sí mismo. También por su origen, ya que fue creada por el Espíritu Santo. Y, por último, por el fruto que iba a dar, pues la inmolación de esta carne iba a obtener un beneficio eterno y no temporal: «Vosotros sois de la tierra; yo soy del cielo; vosotros sois de este mundo; yo soy de otro» (Juan 8:23).

La obra de nuestra redención es maravillosa porque es obra de un Dios y de un hombre: como hombre, Cristo se convirtió en nuestro sacrificio y nos redimió con su sangre; como Dios, es a través de él que nuestros pecados son perdonados y nos liberamos de la culpa del pecado. Ninguna otra satisfacción habría sido tan adecuada: el hombre no podía satisfacer porque toda la raza humana estaba en poder del pecado. La naturaleza angelical no podía hacer más, ya que una satisfacción que condujera a la gloria de la visión beatífica está más allá de su poder. La satisfacción perfecta tenía que venir de alguien que fuera a la vez Dios y hombre, y estar hecha para toda la humanidad. Cristo, al morir como Dios hecho hombre (per mortem Dei et hominis), destruyó el poder del diablo sobre la muerte. La raza humana, que se había perdido por un hombre, ha sido redimida por un hombre, y era una especie de justicia que un hombre redimiera así a la humanidad; pero el hombre en cuestión era Dios, y ahí radica la misericordia infinita, sin la cual esta justicia no habría sido posible.

Cuando dice que Cristo expía nuestros pecados (Hebreos 1:3), el Apóstol muestra —y esto sirve para enfatizar la dignidad de Cristo— la valiente actividad (strenuitas) y la maravillosa diligencia (industria) que implicó nuestra redención. Su diligencia se ve en que mereció, a través de su pasión en la naturaleza que había asumido, lo que ya le pertenecía en su naturaleza como Dios: «Aceptó una obediencia que le llevó a la muerte; por eso Dios le ha

elevado a tal altura» (Filipenses 2:8). Porque perdonar los pecados le pertenecía en la naturaleza divina, pero ahora le pertenece también por el mérito de su pasión.

El Hijo de Dios es el Redentor

Dios es tres Personas: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. El Padre y el Espíritu Santo también podrían haberse hecho hombres, pero en realidad fue el Hijo quien se hizo carne, y es él quien se ofreció a sí mismo para nuestra redención. Santo Tomás nos hará comprender ahora que, si Cristo nos redimió como Dios, también es apropiado que lo hiciera como Hijo de Dios, imagen perfecta del Padre, Sabiduría por excelencia, primogénito entre una multitud de hermanos. La misericordia del Hijo primogénito era necesaria debido a nuestra miseria como hijos pródigos. Estas consideraciones nos ayudan a comprender mejor el espíritu de adopción y la infancia espiritual que deben caracterizar nuestras relaciones con Dios gracias a su misericordia y perdón. Es lógico que Cristo nos purifique de nuestros pecados tanto porque es Dios como porque es el Hijo de Dios.

Como Dios. Porque el pecado tiene su sede en la voluntad, que solo Dios puede inclinar hacia el bien: «No hay enigma como los giros del corazón; ¿quién los dominará? ¿Quién sino yo, el Señor, que puedo ver el corazón del hombre y leer sus pensamientos más íntimos?» (Jer. 17:9-10). «Siempre fui yo, siempre fui yo, quien debió borrar tus ofensas, por mi propio honor» (Isaías 43:25). «¿Quién puede perdonar los pecados sino Dios, y solo Dios?» (Lucas 5:21) .

Como Hijo de Dios. Aquí se pueden considerar cuatro cosas. Todo pecado es una iniquidad, una transgresión de la ley eterna y de la justicia divina: «Han quebrantado la ley de Dios, han transgredido el decreto que él les impuso, han violado su pacto eterno con los hombres» (Isaías 24:5). Pero la ley eterna y la justicia divina proceden de la Palabra divina; por lo tanto, era conveniente que Cristo remitiera nuestros pecados: «Pronunció la palabra de curación y los salvó» (Salmo 106:20).

La luz de la razón es una participación en la sabiduría divina. Pero todo pecado nubla la razón, es decir, la sabiduría de Dios en la humanidad: «Siguen un camino falso, que trama el mal» (Proverbios 14:22). Por lo tanto, corresponde a la sabiduría divina corregir al pecador: «Nosotros predicamos a Cristo, poder de Dios, sabiduría de Dios» (1 Corintios 1, 23). «Desde que el mundo existe, la sabiduría ha sido el bálsamo utilizado para ganarse tu favor» (Sabiduría 9, 19).

El pecado distorsiona la imagen de Dios en el hombre. Pero Cristo es la imagen del Padre: «Nos queda a nosotros, que una vez llevábamos la imagen de la tierra, llevar la imagen del cielo» (1 Corintios 15, 49).

El pecador ha perdido su herencia eterna, como señal de lo cual Adán fue expulsado del Paraíso. Pero el Hijo es el heredero: «Si somos hijos, también somos herederos» (Romanos 8, 17). «Entonces Dios envió a su Hijo en misión a nosotros. Nació de una mujer; nació como sujeto de la ley, para rescatar a los que estaban sujetos a la ley y hacernos hijos por adopción» (Gálatas 4:4-5). El Hijo primogénito, la Inocencia misma, ha redimido a todos sus hermanos que eran hijos pródigos del mismo Padre; su Padre y el de ellos.

Cristo en la cruz

"esta inscripción estaba escrito en hebreo, griego y latín (Juan 19:20). Esto era para que nadie se quedara sin leerlo, y porque estas tres lenguas eran las más importantes entre las

demás: el hebreo, por el culto al Dios único; el griego, por la sabiduría de los griegos; y el latín, por el poder de los romanos. Así, estas tres naciones reivindicaron su dignidad en la cruz de Cristo, como dice san Agustín.
Y esto especialmente porque el hebreo significaba la conversión de los hombres devotos y religiosos; el griego, la de los sabios; y el latín, la de los poderosos. O, de nuevo, en que por el hebreo se significaba que Cristo triunfaría sobre la sabiduría teológica, ya que el conocimiento de las cosas divinas fue dado a los judíos; y por el griego, sobre la sabiduría filosófica y las ciencias naturales, ya que los griegos las cultivaban con el sudor de su frente; y por el latín, que Cristo triunfaría sobre la filosofía moral, ya que era en este campo donde los romanos sobresalían.
En resumen, el significado era que todas las mentes debían rendirse al servicio de Cristo, como escribe San Pablo a los corintios (2 Cor. 10:5). «La roca era Cristo» (1 Cor 10, 4), y las hendiduras de la roca son las heridas que Cristo recibió por nuestra salvación: la perforación con clavos, el golpe de la lanza. La paloma, es decir, la Iglesia, ama permanecer en estas hendiduras, porque ha puesto toda su esperanza de salvación en la pasión de su Salvador.

La victoria sobre el pecado y el diablo

Nuestra fe es el principio triunfante que vence al mundo (Juan 5:4). El Redentor nos ha liberado del pecado, del castigo que merece el pecado y del poder del príncipe de este mundo, en la medida en que depositamos nuestra confianza en su infinita misericordia. Como escribe san Pablo: «En él y por su sangre disfrutamos de la redención, el perdón de nuestros pecados, tan rica es la gracia de Dios» (Efesios 1, 7).
El pecado se opone a la justicia como la muerte se opone a la vida, pero Dios nos ha devuelto su gracia en Jesucristo. Se nos ha perdonado el castigo merecido por nuestros pecados: «¿Cuál fue el rescate que os liberó de las vanas observancias de la tradición ancestral? Sabéis bien que no fue pagado con moneda terrenal, plata u oro, sino con la preciosa sangre de Cristo; ningún cordero fue jamás tan puro, tan inmaculado como víctima» (1 Pedro 1, 18-19).
Por encima de todo, la muerte de Cristo en la cruz nos ha liberado de la esclavitud misma del pecado: «He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo» (Juan 1, 29). «Era necesario que Cristo padeciera y resucitara de entre los muertos al tercer día, y que se predicase en su nombre el arrepentimiento y el perdón de los pecados a todas las naciones» (Lucas 24, 47).
Santo Tomás escribe extensamente sobre la victoria que Cristo obtuvo sobre el ángel rebelde: el Salvador vino para que «con su muerte destronara al príncipe de la muerte, es decir, al diablo» (Hebreos 2:14). ¿Qué significa «destronar al diablo»? No su destrucción en su naturaleza sustancial, pues es incorruptible; ni, como sostenía Orígenes, su conversión de la malicia; sino más bien la ruptura de su dominio sobre la muerte: «Ahora se está dictando sentencia sobre este mundo; ahora es el momento en que el príncipe de este mundo va a ser expulsado» (Juan 12:31). «Despojó a los principados y potestades de su botín, los expuso públicamente y los llevó cautivos en su triunfo» (Colosenses 2, 15).
«Todo contribuye al bien de los que aman a Dios» (Romanos 8, 28), incluso el pecado, como comenta san Agustín; no porque el pecado pueda ser causa del bien —lejos de ello, ya que el pecado es el mal por excelencia—, sino porque el pecado puede y debe ser para nosotros ocasión de mayor humildad y mayor confianza en el amor misericordioso de Dios.

Los ataques del diablo solo pueden fortalecer al justo en la práctica de las tres virtudes teologales. «Dios escribe recto con líneas torcidas».

LA RESURRECCIÓN Y LA ASCENSIÓN

La resurrección

La pasión solo tiene sentido completo cuando se considera junto con la resurrección; el bien y el mal que implicó solo fueron (respectivamente) queridos y permitidos en vista de esta resurrección triunfal, el punto culminante de la vida de nuestro Salvador en la tierra. Los teólogos distinguen acertadamente entre redención objetiva y subjetiva. La primera se refiere a la actividad de Cristo en favor de nuestra redención; la segunda, a la aplicación a cada uno de nosotros de esta actividad redentora mediante la práctica de las virtudes y la recepción de los sacramentos.

Lo más importante para nosotros aquí es que la resurrección de Cristo pertenece esencial e inseparablemente a la redención en sentido objetivo, de modo que, si no hubiera tenido lugar, esta redención no sería lo que es. También es cierto que la resurrección fue una glorificación debida al propio Salvador: «Él (Cristo) rebajó su propia dignidad, aceptó una obediencia que lo llevó a la muerte, la muerte en una cruz. Por eso Dios lo ha elevado a tal altura; le ha dado ese nombre que es más grande que cualquier otro nombre, para que toda rodilla en el cielo, en la tierra y bajo la tierra se doble ante el nombre de Jesús» (Filipenses 2, 8-10).

Pero esto no es todo, siempre que lo entendamos correctamente. Porque Jesús es la cabeza del cuerpo místico; y la glorificación de la cabeza no solo es inconcebible sin la de los miembros, sino que la postula, la implica y la realiza. En otras palabras, nuestra redención no es una noción abstracta, por rica y compleja que sea, sino una persona viva, la Persona del Hijo de Dios hecho hombre. Jesús, aunque no es humano, sino una persona divina y la segunda Persona de la Santísima Trinidad, es, sin embargo, hombre y verdadero hombre.

Habiendo muerto, ahora resucita y vence a la muerte como cabeza del cuerpo místico. Como él es el Redentor de toda la humanidad, todos los hombres le acompañan en su propia resurrección. A los ojos de Dios, para quien mil años son como un instante, que lo ve todo en su presente eterno, todos los hombres ya han resucitado gracias a Cristo; y si, para algunos, esta no es una resurrección a la vida y a la felicidad eterna, la responsabilidad de esta ineficacia no recae en el Redentor, que derramó toda su sangre por todos y cada uno.

Los elegidos que se regocijan en la visión beatífica comparten la gloria y la felicidad del Verbo redentor en virtud de su pasión, muerte y resurrección, de su ascensión y de su asiento a la derecha del Padre. Todo fue por nuestra salvación (propter nostram salutem), y esta salvación misma es para alabanza de la gloria del Hijo y del Padre en la unidad de su Espíritu.

Santo Tomás, siguiendo a San Pablo, enfatiza fuertemente esta conexión entre los misterios de nuestra salvación. La sagrada humanidad de Cristo nos ha salvado a través de la cruz, pero también a través de su resurrección y ascensión. Su resurrección ha vencido tanto a la muerte física como a la muerte causada en nosotros por el pecado. Como dice san Pablo: «Se nos contará como virtud, si creemos en Dios como el que resucitó de entre los muertos

a nuestro Señor Cristo: entregado a la muerte por nuestros pecados, y resucitado para nuestra justificación» (Romanos 4, 24).
De modo que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder de su Padre, también nosotros podamos vivir y movernos en un nuevo tipo de existencia (Romanos 6, 4).
Y san Tomás dice: Fue desde su divinidad que todos los sufrimientos y acciones de Cristo tuvieron el poder de salvarnos, porque, como dice san Juan Damasceno, la humanidad de Cristo fue en cierto modo el instrumento de su divinidad. Pero los efectos se asemejan a sus causas: a la muerte de Cristo, que fue en él la extinción de la vida mortal, le corresponde la extinción de la vida pecaminosa en nosotros, mientras que la justificación por la que volvemos a la nueva vida de justicia (novitatem justitiae) se dice que fue causada por la resurrección por la que él volvió a una nueva vida de gloria.
Cristo se convirtió en nuestra justicia, nuestra paz —en resumen, nuestra redención— de manera positiva por su resurrección, y santo Tomás insiste con alegría en este punto de vista, para él fundamental, la resurrección de Cristo es la primera y general causa de toda resurrección propiamente dicha, y por lo tanto debe ser la causa de nuestra resurrección, como escribe el Apóstol a los corintios: «Cristo ha resucitado de entre los muertos, primicias de todos los que han muerto; el hombre nos trajo la muerte; y el hombre nos traerá la resurrección de entre los muertos» (1 Corintios 15:20).
Y esto es lógico, ya que la Palabra de Dios es el principio vivificante de toda la humanidad. La Palabra de Dios dio vida primero al cuerpo que asumió; ahora, por medio de ella, provoca la resurrección de todos los demás cuerpos. Pero la resurrección de los cuerpos no es más que secundaria en comparación con la resurrección de las almas que han muerto por el pecado. Debido a que su poder proviene de su divinidad, la resurrección de Cristo obra tanto para la resurrección de las almas como para la de los cuerpos. Porque es gracias a Dios que el alma vive por la gracia y que el cuerpo vive por el alma.
De ello se deduce que la resurrección de Cristo tiene un poder efectivo por el cual puede ser instrumental en la resurrección de las almas y los cuerpos. Del mismo modo, la resurrección de Cristo es el ejemplo de la resurrección de las almas, pues nuestras almas deben conformarse al Cristo resucitado. De modo que, como dice el Apóstol, «así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por el poder de su Padre, también nosotros podamos vivir y movernos en un nuevo tipo de existencia». Tenemos que ajustarnos estrechamente al modelo de su resurrección, como nos hemos ajustado al modelo de su muerte, y vosotros también debéis consideraros muertos al pecado y vivos con una vida que mira hacia Dios, por medio de Cristo Jesús, nuestro Señor» (Romanos 6, 4-11).
El pensamiento de santo Tomás se puede ver expresado de forma precisa y sintética en el siguiente texto: Hay dos elementos en la justificación del alma, a saber, la remisión del pecado y la renovación de la vida por la gracia. Si hablamos de la justificación tal y como se produce efectivamente, entonces estamos hablando del poder divino y debemos decir que tanto la pasión como la resurrección son sus causas (en la medida en que ambas son instrumentos).
Pero si hablamos en términos de causalidad ejemplar, entonces conectamos la remisión del pecado —que nos hace muertos al pecado— con la pasión y muerte de Cristo, y decimos que su resurrección es la causa de nuestra nueva vida por gracia o justicia. Como dice el Apóstol: «Fue entregado a la muerte por nuestros pecados, es decir, para quitarlos, y resucitó para nuestra justificación» (Romanos 4:25).
Pero la muerte de Cristo es también una causa en virtud de sus méritos. Santo Tomás no duda en escribir con énfasis: «Hay muchos misterios de Cristo sobre los que debemos meditar, pero ninguno tanto como la resurrección; en torno a ella gira toda la economía de la

religión cristiana (totus christianae religionis status): «Encontrarás la salvación si confiesas con tu boca que Jesús es el Señor y crees en tu corazón que Dios lo ha resucitado de entre los muertos»» (Romanos 10, 9).

La ascensión

"A la luz a través de la cruz". Santo Tomás aplica, con la debida proporción, todo lo que acaba de enseñar sobre la resurrección, al misterio de la ascensión: Cristo, al ascender de una vez por todas al cielo, obtuvo para sí mismo y para nosotros el derecho y la dignidad de la patria celestial, por la eternidad.

La pasión de Cristo es la razón de nuestro ascenso al cielo propiamente hablando porque elimina el obstáculo del pecado y es meritoria. La ascensión de Cristo, por otro lado, es la causa de nuestra ascensión, en la medida en que esta ascensión, que ha comenzado con nuestra cabeza, ahora debe extenderse para incluirnos, los miembros de su cuerpo, que deberían ser uno con él.

Una vez expuesto en este artículo de la Suma Teológica el gran valor de la ascensión en cuanto nos compromete personalmente en el misterio de la redención (a través de la práctica de nuestra fe, esperanza y amor, y también a través de nuestra reverencia a Jesús, que ya no es considerado como un "hombre terrenal" sino como "Dios celestial"), Santo Tomás continúa mostrando cómo la ascensión es la causa de nuestra salvación objetivamente:

Jesús nos ha mostrado el camino; Él es nuestra cabeza, y donde está la cabeza, allí deben seguir los miembros.

"En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones. De no ser así, no les habría dicho que voy a prepararles un lugar.

Y después de ir y prepararles un lugar, volveré para tomarlos conmigo, para que donde yo esté, estén también ustedes" (Juan 14: 2–3). Así como el sumo sacerdote en los tiempos del Antiguo Testamento entró en el santuario para rezar a Dios en nombre del pueblo, también ha entrado en Cristo "entró en el cielo para interceder por nosotros" (Hebreos 7:25). Por razón de su naturaleza humana, él está en el cielo como una intercesión en nuestro favor, y el Padre se compadece de aquellos por quienes su hijo se hizo hombre. Como su Maestro y Señor en el Reino de los Cielos, Jesús distribuye los dones de Dios a la humanidad.

De ello se deduce que la ascensión debe considerarse junto con el hecho de estar sentado a derecha del Padre ("sentarse" en el sentido de "estar sentado"; significa la realeza y la omnipotencia del Salvador). Debido a que Jesús es Dios, disfruta de la misma gloria, la misma felicidad y el mismo poder real que su Padre.

Como el hombre, Cristo disfruta de la posesión de la gloria divina de una manera más excelente que cualquier otra criatura y las distribuye abundantemente entre los miembros de su cuerpo místico. Moldeado a imagen de su muerte, somos llevados a la gloria inmortal; como dice el apóstol,"Siendo hijos, son también herederos; la herencia de Dios será nuestra y la compartiremos con Cristo. Y si hemos sufrido con él, estaremos con él también en la Gloria."(Romanos 8:17).

Solo a Dios puede traer felicidad a las almas mediante su participación en Él; pero el llevar las almas a la felicidad pertenece a Cristo como su cabeza y como origen de su salvación. Mientras leemos en la epístola a los hebreos:

"Y a aquel que fue hecho inferior a los ángeles por un poco, a Jesús, le vemos coronado de gloria y honor por haber padecido la muerte, pues por la gracia de Dios gustó la muerte para bien de todos.
Convenía, en verdad, que Aquel por quien es todo y para quien es todo, llevara muchos hijos a la gloria, perfeccionando mediante el sufrimiento al que iba a guiarlos a la salvación.
Pues tanto el santificador como los santificados tienen todos el mismo origen. Por eso no se avergüenza de llamarles hermanos." (hebreos2 : 9-11)

Cristo Redentor será todo en todos para siempre en el reino de los cielos: «Los santos en el cielo ya no tendrán necesidad de la expiación de Cristo; sin embargo, aunque su expiación haya terminado, siempre necesitarán (indigebunt, es decir, 'estar necesitados' como mendigos) ser consumados por Cristo (consummari per ipsum Christum), de quien depende su gloria».
Por esta razón, leemos en el Apocalipsis: "La ciudad no necesita luz del sol ni de la luna, porque la gloria de Dios la ilumina y su lámpara es el Cordero." (Apocalipsis 21:23).

Capítulo III - Satisfacción vicaria: la preeminencia de la misericordia

La muerte más hermosa del amor (Santa Teresa de Lisieux)

Ahora consideraremos el misterio de nuestra redención bajo los aspectos (distintos pero relacionados) de la satisfacción vicaria, el mérito, la redención y el sacrificio. Estos no son meros conceptos que, cuando se enumeran, forman un todo que sobrepasa las limitaciones de cada uno de estos elementos tomados por separado; Son, más bien, nociones concéntricas, todas convergen hacia un solo objeto. Un mismo principio los sostiene a todos: el amor que Cristo mostró en su pasión.

El magisterio de la iglesia

Los siguientes textos del magisterio de la Iglesia expresan la doctrina católica de la satisfacción de Cristo, llamada "satisfacción vicaria", por los pecados de la humanidad.

El Concilio de Éfeso (431) declara solemnemente en un canon:

"Si algún hombre dice que la palabra encarnada se ofreció como un sacrificio para sí mismo y no más bien para nosotros (porque el que no sabía que no tenía pecado no tenía necesidad de sacrificio), que sea anatema".

El Concilio de Trento reitera esta doctrina:

"Si algún hombre afirma que el pecado original puede ser quitado por cualquier remedio que no sea el mérito del único mediador, nuestro Señor Jesucristo, que nos reconcilió con Dios en su sangre, convirtiéndose en nuestra justificación, nuestra santificación y nuestra expiación que sea un anatema".

Y agrega:

"La causa meritoria [de nuestra justificación] es el hijo más querido de Dios, nuestro Señor Jesucristo; quien, cuando éramos sus enemigos, debido al supremo amor con el que nos amaba, mereció la justificación para nosotros y satisfizo al Padre por su pasión más sagrada en el madero de la Cruz".

El catecismo romano trata este tema:

"La predicación del misterio de la pasión de nuestro Señor debería ser el objeto especial de nuestro cuidadoso estudio, de modo que los fieles, movidos por el recuerdo de tal beneficio, pueden recurrir a Dios con todo su corazón para recibir el torrente de su amor y amabilidad.

La religión cristiana se basa en este artículo de fe como su fundación, y una vez que se asegura esta base, todas las verdades restantes se pueden ver en su perspectiva adecuada.
El misterio de la cruz es el más difícil de todos, y apenas podemos comprender que nuestra salvación depende de la crucifixión de alguien que fue clavado en la cruz por nuestro bien.
Sin embargo, con el apóstol, podemos maravillarnox con la manifestación más llamativa de la Divina Providencia:
Jesucristo no actuó contra su voluntad; No estaba bajo coacción. Se ofreció porque deseaba, y aceptaba libremente los tormentos que de manera tan cruel e injustamente se le afligieron.
Así, Cristo nos dio muestra de la caridad más profunda y preciosa ".

¿Por qué Cristo deseaba que sus sufrimientos fueran tan extremos?

"Deseaba redimirnos, para borrar los pecados de todos los tiempos y hacer una satisfacción total y abundante para nosotros ante su padre".

"El Padre entregó a su Hijo:"Fue detenido, enjuiciado y eliminado ¿y quién ha pensado en su suerte? Pues ha sido arrancado del mundo de los vivos y herido de muerte por los crímenes de su pueblo."(Isaías 53: 8)."Todos andábamos como ovejas errantes, cada cual seguía su propio camino, y Yavé descargó sobre él la culpa de todos nosotros."(Isaías 53: 6)".

San Pablo expresa la misma verdad con más fuerza para enfatizar cuán profundamente debemos confiar en la misericordia divina:

"Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él todo lo demás?" (Romanos 8:32).

Cristo ha expiado el castigo debido a nosotros por nuestros pecados. Nos ha reconciliado con el Padre, lo apaciguó y lo ha hecho propicio hacia nosotros. Ha abolido los pecados del mundo.
Esta satisfacción por nuestros pecados no fue simplemente adecuada, era superabundante.
Su sacrificio en el altar de la cruz fue supremamente agradable para Dios, cuya ira e indignación apacigó por completo, como el apóstol le dice a los efesios:

"Sigan el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros, como esas ofrendas y víctimas cuyo olor agradable subía a Dios." (Efesios 5:2).

Aunque los borradores del primer Concilio Vaticano con respecto a la redención nunca fueron adoptados o promulgados debido a la interrupción del Consejo, aún poseen una gran autoridad doctrinal, lo que refleja la fe de los Padres reunidos. Ellos indican:

“Jesucristo, el mediador entre Dios y los hombres, al morir solo por todos, ha satisfecho realmente la justicia divina en nuestro nombre.
Si la muerte reinó a través de un hombre, cuánto más recibirán aquellos que reciban la abundancia de la gracia, el perdón y la justicia poseen el reino de la vida a través del único Jesucristo (Romanos 5:17).

Si algún hombre presume para afirmar que la satisfacción vicaria de un solo mediador para todos los hombres es repugnante de la justicia divina, que sea anatema.
Si algún hombre no confiesa que la Palabra de Dios misma fue capaz de hacer satisfacción, o que no ha hecho una satisfacción verdadera y adecuada por nuestros pecados al sufrir y morir en la carne que asumió, y si no confiesa que Cristo ha merecido gracia y gloria para nosotros, sea anatema ".

Pío XII, en su encíclica humani generis de 1950, advirtió contra la perversión de las nociones del pecado original, del pecado en general como un delito contra Dios, y de la satisfacción hecha por nuestro Salvador.

Su encíclica Haurietis Aquas de 1956, con respecto al Sagrado Corazón, es aún más explícito:

“El misterio de nuestro Divino Redentor es fundamental y esencialmente un misterio de amor, es decir, el amor de Cristo por su Padre Celestial por el cual le ofreció el sacrificio de la cruz en un espíritu de amor y obediencia, logra la satisfacción superabundante e infinita requerida por las faltas de la humanidad.
Este es también el misterio del amor misericordioso de la Santísima Trinidad y del Redentor Divino para todos los hombres.
Es por eso que el Redentor Divino, como mediador legítimo y perfecto, reparó a través de su ardiente amor el equilibrio entre los deberes y las deudas de la humanidad y las demandas de la justicia divina. Por lo tanto, sin duda logró la maravillosa reconciliación de la misericordia y la justicia divina, en la que realmente se encuentra la trascendencia absoluta del misterio de nuestra salvación ".

Rivière evalúa con precisión el valor doctrinal del término "satisfacción vicaria":

"Aunque carece de la autoridad canónica de un término formalmente definido por la Iglesia", escribe, "el concepto de satisfacción vicaria realmente pertenece a la formulación católica del dogma de la redención".

No es justicia retributiva

Dios Padre no ejerció una justicia retributiva ni sobre Cristo mismo, ni sobre los pecadores en su persona. Por lo tanto, los sufrimientos de Cristo no son castigos. Esto fue claramente visto por Santo Tomás, y él no elabora el punto unicamente porque le parece evidente. Este detalle de doctrina muy importante merece nuestra atención. El pensamiento de Santo Tomás puede reducirse a esto: sería cruel e injusto castigar a un hombre inocente en lugar de castigar al delincuente; Pero Cristo era la inocencia misma; Por lo tanto, es inconcebible que sufra y muera en nuestro lugar para satisfacer solo la venganza. Cristo no podía ser el objeto de la ira del padre.

"Sería cruel e injusto castigar a un hombre inocente en vez de castigar al delincuente".

Al comentar las palabras de San Pablo, "Pedimos a Dios que no hagan mal alguno, no para quedar bien nosotros, sino por ustedes, para que hagan el bien, aunque quedemos mal nosotros. Pues no tenemos poder alguno contra la verdad, sino sólo a favor de ella," (2 Corintios 13:7–8).
Santo Tomás escribe:

"Es obvio que, si castigamos a los inocentes, estaríamos violando toda verdad y toda justicia. El apóstol no puede actuar contra la verdad, sino solo en favor de ella, es decir, en favor de la justicia, y por ende también es claro que no castiga a los inocentes".

"Un hombre que se mueve contra uno que le ha hecho algún mal no parece totalmente malvado, pero, suponiendo que esta persona no le haya hecho nada malo, entonces su maldad no se alivia".

"El que mata a una persona inocente le hace mal tanto a Dios como a la sociedad además de a su víctima, como sucede en el caso del suicidio".

Lo que está en juego es la virtud de la justicia. Donde el castigo por el pecado debe imponerse precisamente como tal, un hombre solo puede ser castigado por su propio pecado, ya que el acto pecaminoso es un acto personal. Cuando un hombre inocente es castigado, no se le puede decir que sufra directamente su culpa; Sufre el efecto de la pena, y esto es aún más agudo para él debido a su inocencia, en la medida en que se da cuenta de la injusticia. Por esta razón, también, otros son más culpables si carecen de compasión por él.
Pero Cristo no solo es inocente, es inocencia misma.
"Cristo era, en un sentido absoluto, sin pecado".
Porque él era Dios.
Hay tres razones por las cuales Cristo asumió algunas de nuestras debilidades (como el hambre, la sed, el agotamiento, el dolor agudo): en pos de la satisfacción vicaria, para enfatizar la realidad de su naturaleza humana y para dejarnos un ejemplo de virtud. Pero el pecado no podría haber tenido sentido en ninguna de estas formas; Porque el pecado, lejos de contribuir a la satisfacción vicaria, se opone directamente a ella, ya que también se opone a la naturaleza humana, a la naturaleza de Cristo (que es también divina), y nuevamente, a la virtud, de la cual es contraria. Por lo tanto, Cristo no podría sufrir ni morir para satisfacer una justicia retributiva.
Cristo no sufrió por el pecado en absoluto, ni el suyo, porque él no tenía ninguno, ni el nuestro, sino por amor por el Padre y por nosotros con motivo de nuestros pecados.
Por estas razones, es aconsejable evitar la analogía del rehén inocente para ilustrar a Cristo nuestro Redentor en la satisfacción vicaria. Aquel que se ofreció libremente para tomar el lugar de uno condenado a muerte ciertamente moriría víctima de su propio amor. Habría salvado al condenado, ya sea de la ejecución de la violencia tras un veredicto tiránico, suponiendo que el condenado fuera inocente.
o lo habría salvado de las justas consecuencias de un veredicto justo, suponiendo que fuera un criminal.

En el primer caso, ofrecerse como sustituto podría ser oportuno y ciertamente ser heroico. En el segundo caso, dicha sustitución no sería razonable. Pero en cualquier caso, o en

todos los casos similares, la autoridad sería la culpable al aceptar la propuesta de matar al inocente. Este sería un asesinato repugnante, contrario a toda justicia.
Pero nosotros somos pecadores culpables. Cristo es la inocencia misma. Y la autoridad divina es sabia más allá de toda comparación. Por lo tanto, las afirmaciones de justicia retributiva no explican nada. Si el que es inocente es condenado, esto es objetivamente un delito.

"Los asesinos de Cristo no pueden ser excusados de su injusticia".
Ese es el veredicto final. Porque, como dice Santo Tomás de manera clara y repetida, Cristo nunca podría haber contraído la deuda que lo habría hecho merecedor del sufrimiento y de la muerte.

Cristo, en su Pasión, se rebajó a sí mismo por debajo de los méritos de su dignidad mediante su sufrimiento y muerte, que no debía a nadie sufrir.

"Su muerte no se debió al pecado."

"Cristo no merecía la muerte, pues no tenía pecado."

"Cristo, al no estar sujeto al pecado, no estaba sujeto ni a la muerte ni a la corrupción, sino que aceptó la muerte voluntariamente por nuestra salvación."

"Cristo aceptó la muerte por su propia voluntad en pos de una satisfacción vicaria en favor nuestro, y no como si estuviera sujeto a la pena del pecado original, pues no estaba sujeto a la muerte (ipse mortis debitor non erat)"

"Cristo descendió a los infierno, no porque fuera sujeto a castigo, sino para liberar a los que sí lo eran".

Estrictamente hablando: la causa de la muerte de Cristo no fue el pecado. Sus verdugos son los más viles de todos, y no sacerdotes en un sacrificio. No actúan en nombre de Dios, y Cristo, su víctima, es víctima de una injusticia.

No se puede decir, por lo tanto, al igual que D'Hulst que sigue los pasos de Lutero y de Calvino, que Cristo se convirtió en pecado por nosotros en la medida en que
"La Divina Misericordia [fue] suprimida",
y se convirtió en objeto de castigo divino en lugar nuestro en pos de la justicia retributiva.

Así que se entiende, la sustitución no sería un misterio, sino una tergiversación de justicia en Dios, un desafío a la moralidad y una contradicción absoluta.

Algunas nociones fundamentales : Pecado y expiación

Dios es deshonrado cuando el pecador lo desobedece y se aboca de manera excesiva a los bienes materiales. El pecador viola la ley de Dios cuando perturba el mandato que viene de Dios. Desde el punto de vista de Dios, el pecado es un delito y una afrenta a su honor.

Desde el punto de vista del pecador, es una falla que se dice, metafóricamente, mancha su alma:
"El alma se mancha al aferrarse de manera excesiva a los bienes y menos a Dios, porque al hacerlo actúa contra la luz de la razón y los requisitos de la ley divina".
La forma de expiar este delito y purificarse de esta mancha moral se encuentra a través de la conversión y la expiación.

En primer lugar, la conversión.

La santidad se produce a través de la unión con Dios, y esta unión pertenece a la voluntad movida por la gracia. El pecador debe, por lo tanto, romper con el apego que lo une a las criaturas para volver a Dios. Para hacer esto, debería aceptar con amor el Orden de la Justicia Divina. Este regreso a Dios es su conversión.
Pero el que ha pecado merece ser castigado. Una razón para esto, dada por Sato Tomás, va al corazón del asunto:
"Solo el castigo puede reparar el desorden del pecado y restaurarlo al orden de la justicia. Pues es justo que quien ha consentido indebidamente su propia voluntad sufra algo que no desea; de esta manera, se recupera un justo equilibrio (sic erit aequalitas)".
"La satisfacción implica el castigo como una compensación por el placer tomado injustamente en el pecado".
La persona culpable puede o no aceptar su castigo. Aquí, Sato Tomás distingue entre el castigo como castigo y castigo como satisfacción. El primero se inflige al pecador mientras no lo acepte de buena gana. Este último, por el contrario, es aceptado voluntariamente en vista de los requisitos de la justicia divina frente a un pecado ya arrepentido.
Aquí es más importante comprender el principio fundamental de que no es el castigo, sino el amor, lo que hace de la satisfacción lo que es esencialmente. Es la aceptación del castigo por el amor de Dios lo que le da cualquier valor de satisfacción que pueda poseer.
"La satisfacción que no procedió de la caridad sería ineficaz".
"Se dice que un hombre hace una satisfacción estrictamente hablando por un delito cuando le ofrece a la persona ofendida algo que ama tanto o más de lo que odiaba el delito".
"Lo que más importa en hacer satisfacción es la buena intención (afecto) del que lo ofrece, no la calidad de su ofrenda".
"Es la caridad que hace que las obras de satisfacción sean agradables para Dios. Al carecer de caridad, carecen de todo el valor como satisfacción".
El castigo es deseable porque expía el goce pecaminoso, además de fortalecer y concretar nuestro arrepentimiento. El castigo capacita a todo el ser humano para hacer penitencia; pero, en última instancia, no vale más ni menos que el amor con el que se acepta y se soporta.
Los sufrimientos cordialmente aceptados son signos e instrumentos del amor (y de la contrición en el caso del pecador). Cuanto más fuerte es el amor de una persona, mayor es su capacidad de sufrimiento. La dificultad, cuando se enfrenta con valentía, es signo, ocasión e instrumento de mérito. Pero la única causa verdadera del mérito es el amor:
“Porque a nuestro Señor no le importa tanto la importancia de nuestras obras como el amor con que se hacen.”
Este principio fundamental de la suprema importancia del amor en las obras de satisfacción tiene también una aplicación moral del máximo valor, que puede formularse así: cuanto

mayor es la pureza y el fervor del amor, menos castigo se hace necesario y deseable por mera justicia, hasta que se llega al punto en que la satisfacción puede ser totalmente realizada por y en la intensidad del amor.
El castigo y el amor se encuentran en una relación inversa. Debemos tener en cuenta que, cuando un alma se aparta del pecado, su repugnancia por él y su adhesión a Dios pueden ser tan vehementes que ya no le queda la obligación de sufrir castigo. La necesidad de sufrir un castigo satisfactorio y purgativo puede ser excluida por la vehemencia tanto del amor a Dios como del aborrecimiento del pecado pasado. Aun cuando esta vehemencia no sea tal que excluya totalmente el castigo, cuanto mayor sea la vehemencia, menor será el grado de castigo necesario para que sea suficiente.
“[Esto es tan cierto que] cuanto mayor es la dignidad de quien expía, mayor se considera el castigo que sufre, porque va acompañado de un grado correspondientemente mayor de humildad y caridad”.
Psicológicamente, también, es cierto que cuanto más se ama, menos trabaja:
"El amor elimina el trabajo. O, si hay trabajo, ese trabajo en sí mismo es amado."
El alivio psicológico que se encuentra en el amor caritativo no afecta la eficacia moral de la satisfacción obtenida. La preeminencia del amor en la satisfacción es una doctrina uniformemente coherente y profundamente optimista.

Sin antropomorfismo

La satisfacción es el pago de una deuda. En la esfera de las relaciones humanas, esta afirmación de justicia puede ser de naturaleza real o de naturaleza personal. Es una afirmación real si he herido a alguien en sus posesiones, y luego estoy obligado a hacer restitución. Es un reclamo personal si he herido su reputación, en cuyo caso estoy obligado a hacer la reparación. Esto posiblemente puede tomar la forma de una indemnización en el dinero, pero, aun así, no, estrictamente hablando, será restitución, sino que permanecerá en la línea de reparación o expiación.
En nuestras relaciones con Dios, nunca estamos estrictamente obligados a hacer una restitución, ya que el pecado no puede hacer nada para disminuir la perfección infinita de Dios. Pero con el pecado ofendemos a Dios en lo que respecta a su gobierno providencial, y tanto lo ofendemos, asi como vamos en contra de sus derechos a nuestra escala. Sin embargo, está claro que la justicia conmutativa no gobierna nuestras relaciones con Dios ni la suya con nosotros: "Se hace satisfacción a Dios; se hace restitución a nuestro prójimo".
Algunos textos de las Escrituras y de Santo Tomás ayudarán a ilustrar esto:
"Los hijos amontonan la leña, los padres encienden el fuego y las mujeres amasan para hacer tortas a la reina del cielo. Y luego derraman vino en honor de dioses extranjeros, para así ofenderme. Pero, ¿es a mí, acaso, a quien rebajan con eso, dice Yavé? ¿No es más bien a ellos mismos, para su propia deshonra?" (Jeremías 7: 18-19).
“Contempla los cielos y mira, observa cómo las nubes están más arriba que tú.Si pecas, ¿qué le haces? Si se multiplican tus ofensas, ¿en qué lo perjudicas? Y con ser justo, ¿qué le das o qué recibe él de tu mano? A un hombre como tú afecta tu maldad, tu justicia es a la medida de los hombres" (Job 35:5-8)

Como Santo Tomás escribe tan profundamente: "Dios nunca se ve ofendido por nosotros, salvo en la medida en que actuamos en oposición a nuestro propio bien". Por lo tanto, si

tuviéramos que hacer una restitución estrictamente hablando, deberíamos tener que hacerlo regresando a nosotros mismos el verdadero bien del cual nos habíamos privado en pos de un bien aparente."
Pero aunque no hay nada, y por buenas razones, que tengamos que restaurarle a Dios, aún queda el deber de ofrecerle satisfacción; Porque lo hemos ofendido realmente y lo hemos ofendido seriamente. Este punto de vista puede medirse en los siguientes textos:
"No es que el hombre perjudique realmente a Dios cuando peca contra él, sino que le niega lo que le debe y disminuye su gloria en la medida de sus posibilidades, aunque en realidad no pueda hacerlo".
"No es que el hombre perjudique realmente a Dios cuando peca contra él, sino que le niega lo que le debe y disminuye su gloria en la medida de sus posibilidades, aunque en realidad no pueda hacerlo".
"Aunque el pecador no puede de ninguna manera dañar eficazmente a Dios con su pecado, se opone a Dios por su cuenta de dos maneras: a saber: desprecia a Dios en sus mandamientos; se perjudica a sí mismo o a su prójimo, lo cual no deja de tener cierta relación con Dios, ya que todos estamos bajo la protección de su providencia".
"Con sus actos, el hombre no puede añadir nada a Dios ni quitarle nada tal como es en sí mismo; el hombre puede, en la medida de sus posibilidades, ofrecer algo a Dios o negarle algo observando o incumpliendo el orden que Dios ha instituido".
En resumen, Dios, precisamente por ser Dios, no emplea un contador para exigir la restitución antes de devolverle su amistad. No hay nada que podamos restituirle que él no nos haya dado primero. No hay conversión ni satisfacción sin caridad, y la caridad es el fruto por excelencia de la misericordia divina.
Nuestro deber de expiar el pecado contribuye tanto a la gloria de Dios como a nuestro propio beneficio: quien expía y satisface aquí en la tierra se purifica y crece en el amor, preparándose para recibir las misericordias divinas en la eternidad. La tarea que realiza es a la vez de justicia y amor, pero principalmente de amor.

Satisfacción vicaria

Santo Tomás afirma claramente: "El pecador solo puede ser castigado por su pecado cuando se trata de infligir el castigo precisamente como tal", porque entonces es una cuestión de justicia; Pero: "Cuando se experimenta una pena libremente para hacer satisfacción, un hombre puede tomar el lugar de otro". Tal hombre es entonces un voluntario, realizando espontáneamente un acto de caridad. Un ejemplo sería el benefactor que paga la multa incurrida por un indigente: la ley no tendría poder para obligarlo a hacer, pero respetaría la justicia por el amor por el indigente. De la misma manera, uno satisface el pecado de otro cuando uno sufre libremente la pena debido a su pecado. Y esta es una satisfacción vicaria: Los sufrimientos padecidos proporcionan el elemento material, mientras que el amor compasivo hacia la persona culpable es el principio que hace eficaz el elemento material.
Pero se deben cumplir dos condiciones:

1. Debe haber un vínculo natural o moral entre la persona culpable y la persona que hace satisfacción por la culpa.

2. Esta solidaridad de los dos debe ser aceptada por la persona ofendida.

Aquí la relación inversa entre el amor y el sufrimiento opera a favor de el que hace la reparación: un hombre puede hacer satisfacción por otro siempre que tenga caridad, sin la cual no es posible una satisfacción válida. Tampoco se necesita, como algunos dicen, que se debe infligir un sufrimiento más intenso a hace que hace satisfacción en tal caso, la razón alegada es que el sufrimiento del hombre culpable vale más que el de cualquier otra persona. Esto no es cierto porque el sufrimiento obtiene su valor de satisfacción, en primer lugar, de la caridad, y está claro que se necesita una mayor caridad para satisfacer a otro que para uno mismo. Por lo tanto, el menor sufrimiento de los inocentes por el bien de los culpables puede ser suficiente.
Parecería, por tanto, que la satisfacción vicaria asegura el cumplimiento de la justicia en virtud del amor misericordioso, a la vez que garantiza que quien la realiza no esté sujeto a la imposición de justicia retributiva por parte de la persona ofendida. En sentido estricto, aún se podría hablar de sustitución penal, siempre que se abandonara el sentido peyorativo más habitual que hemos criticado anteriormente. Pero para evitar malentendidos, parece preferible abandonar por completo el término sustitución y utilizar en su lugar el de solidaridad.
Este concepto de satisfacción vicaria es el fruto de una elaboración teológica del dogma de la redención. De hecho, parece ser la forma más precisa de expresar este profundo misterio. Santo Tomás elbora la sustancia de este concepto de la manera siguiente:
"Cristo sufrió el castigo en satisfacción por nuestros pecados y no por ninguno de los suyos.".
"Cristo sufrió por nosotros lo que nosotros mismos merecíamos sufrir como consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, y en primer lugar, la muerte, que corona todos los sufrimientos humanos. Así, Cristo quiso sufrir la muerte por nosotros para poder liberarnos de la muerte (espiritual): lo hizo aceptando, a pesar de su inocencia, el castigo que nos correspondía."
CCristo era maravillosamente apto para realizar tal satisfacción, pues era Dios y hombre. Como hombre, poseía como materia de satisfacción un cuerpo pasible y mortal. Como Dios hecho hombre, poseía un corazón lleno de caridad por su Padre y por nosotros, con esa caridad que da a la obra de expiación todo su valor.
Es fundamental recordar que esta satisfacción vicaria implica tanto la justicia como la misericordia, y que solo en aras del análisis, abordaremos cada una por separado en las reflexiones que siguen.

Jesucristo es la víctima del amor

En unión con su Padre, Jesús les dice a sus discípulos que "el Hijo del Hombre debe ser entregado para ser crucificado", pero él no dice quién lo entregará. Su padre lo entregó: "Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos va a dar con él todo lo demás?" (Romanos 8:32). Y se entregó a sí mismo: "Sigan el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros" (Efésios 5:2). Y Judas lo entregó: "y les dijo: «¿Cuánto me darán si se lo entrego?»" (Mateo 26:15). También fue entregado a Pilato por los judíos: "Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a

mí" (Juan 18:35). Y finalmente, Pilato lo entregó a los gentiles: "Entonces se lo entregó para que fuera crucificado" (Juan 19:16).
Esta entrega puede interpretarse en sentido positivo o negativo según las circunstancias y las intenciones: «El Padre abandonó a Cristo, y Cristo se entregó a sí mismo por amor, y por eso son alabados por ello; pero Judas abandonó a Cristo por codicia, los judíos por envidia, y Pilato por respeto humano, porque temía al César, y por eso son culpados». Cristo dijo: "Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre" (Juan 10: 17-18).
San Juan Crisóstomo aquí observa que Jesús deseaba enfatizar la naturaleza voluntaria de su pasión y eliminar cualquier sospecha de que se oponía a la voluntad de su padre. Santo Tomás explica cómo se puede considerar que el Padre entrega a su Hijo: Dios Padre no entregó a Cristo de esta manera; más bien, inspiró en Él el deseo de sufrir voluntariamente por nosotros. Cristo, como Dios, se entregó a la muerte con la misma voluntad y acción que el Padre tuvo al entregarlo; pero, como hombre, se entregó por un deseo inspirado en Él por el Padre. Por lo tanto, no hay contradicción en el hecho de que tanto el Padre entregara a Cristo como Cristo se entregara a sí mismo.

Tras reafirmar claramente que «es impío y cruel entregar a un inocente al sufrimiento y a la muerte contra su voluntad», Santo Tomás continúa: «Dios Padre no entregó a Cristo de esta manera; más bien, le inspiró el deseo de sufrir voluntariamente por nosotros. Cristo, como Dios, se entregó a la muerte con la misma voluntad y acto que el Padre tuvo al entregarlo; pero, como hombre, se entregó por un deseo inspirado en él por el Padre. Por lo tanto, no hay contradicción en el hecho de que tanto el Padre entregara a Cristo como Cristo se entregara a sí mismo».
No fue ni impío ni cruel por parte de Dios Padre querer la muerte de Cristo. No lo obligó contra su voluntad, sino que se complació en la caridad que lo impulsó a aceptar su muerte. Y fue Él quien infundió esta caridad en su alma. El motivo decisivo y determinante de la pasión de Cristo es nada menos que el amor supremo de la caridad, del cual, junto con su Padre, quiso darnos testimonio en la naturaleza humana que libremente asumió.
Por un lado, e independientemente del pecado original, esta naturaleza humana es perfectamente capaz de sufrir y morir, pues ésta es su condición normal. Por otro lado: «No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos» (Juan 15,13). Y Cristo quiso dar esta señal del mayor amor a toda la humanidad. Para darla aún más contundente, quiso morir en la flor de la vida, en pleno y perfecto vigor. Y, sin embargo, la vida corporal de Cristo fue de tan gran dignidad — sobre todo debido a la divinidad a la que estaba unida— que sufrió en ella más de lo que cualquier otro hombre hubiera podido sufrir.

Mediante la obediencia

"Y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz." (Filipenses 2: 8).La obediencia es la marca de la humildad, una forma de humillarse; son los orgullosos, por el contrario, quienes siguen su propia voluntad y buscan su propio engrandecimiento para no estar en deuda con nadie y dominar a su antojo. La obediencia es incompatible con el orgullo. Es, en última instancia, dependencia y sumisión a Dios. Como dijo Jesús a Pilato:

"No tendrías contra mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba; por eso, el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado" (Juan 19:11).
Es porque el Apóstol desea exaltar la humildad de Cristo en su pasión que nos dice que aceptó una obediencia. Pues esto es un derecho de nuestro Señor a un mérito aún mayor. Pero ¿podía Cristo aceptar una obediencia? Ciertamente, no fue como Dios —el gobernante supremo— que lo hizo, sino como hombre, deseando cumplir en todo la voluntad de su Padre, a quien le decía sin cesar: "Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Mateo 26:39). Es aún más importante hablar de obediencia en relación con la pasión, ya que el primer pecado fue de desobediencia: "así como por la desobediencia de un solo hombre, todos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno solo todos serán constituidos justos." (Romanos 5:19).
¡Qué maravillosa es la obediencia de Cristo! No es poca cosa antagonizar los propios deseos por obedecer —y todos anhelan la vida y el honor—, pero Cristo no se negó a morir en la cruz, la más vergonzosa de todas las muertes (ignominiosissima): "Pues Cristo quiso morir por el pecado y para llevarnos a Dios, siendo esta la muerte del justo por los injustos. Murió por ser carne, y luego resucitó por el Espíritu.". Primera de Pedro 3:18). "y aun siendo Hijo [de Dios], con lo que padeció experimentó la obediencia" (Heb. 5: 8).
Como Hijo de Dios desde la eternidad, Cristo no podía sufrir ni sentir compasión, por lo que asumió la naturaleza humana que le permitiría hacerlo. Pero ¿cómo podría ser esto posible? Solo los ignorantes tienen que aprender; pero Cristo era Dios desde la eternidad y poseía, como hombre, la plenitud del conocimiento infuso; no tenía nada que aprender.
Sin embargo, debemos ser cuidadosos. Porque hay dos tipos de conocimiento: uno exclusivamente teórico (scientia simplicis notitiae), que es el que causa dificultad; el otro, práctico o experimental (scientia experientiae). Es en el contexto de este segundo tipo que se dice que Cristo, como hombre, aprendió el significado de la obediencia a partir de sus sufrimientos. Obedeció en las circunstancias más difíciles, hasta su muerte en la cruz (Filipenses 2:8). El hombre que nunca ha tenido que practicar la obediencia frente a las dificultades la considera algo fácil. La experiencia nos enseña mejor: quien nunca ha practicado la obediencia nunca será un buen líder. Cristo predicó con el ejemplo. Cristo es el modelo perfecto de obediencia.

Una obediencia amorosa

Santo Tomás responde a la objeción de que la pasión de Cristo debe atribuirse a su caridad más que a su obediencia diciendo: es lo mismo, pues Cristo cumplió los preceptos de la caridad mediante la obediencia y obedeció a su Padre por amor. Y además, Cristo fue obediente porque fue llevando a cabo el mandato de su Padre, sufrió la muerte por nuestra salvación. Esto no significa negar que Cristo murió por amor (Efesios 5:2), ya que su obediencia fue consecuencia de su amor al Padre y a nosotros. Por lo tanto, ambas afirmaciones son perfectamente armoniosas: Cristo murió por amor y Cristo murió en obediencia.
La profundidad y el interés de esta enseñanza se comprenderán mejor si recordamos la doctrina de Santo Tomás sobre el lugar que ocupa la obediencia en la jerarquía de las virtudes y su conexión con la caridad.

¿Es la obediencia la más perfecta de las virtudes? Las virtudes teologales son las primeras, ya que efectúan la unión con Dios. A continuación, vienen las virtudes morales, que nos permiten prescindir de los bienes de esta vida para unirnos a Dios. Pero es más importante desapegarse de los bienes del alma que de los del cuerpo, así como de estos últimos que de los bienes externos. Y la voluntad es, por así decirlo, la principal de las facultades del alma, ya que permite al hombre usar todas las demás. Por lo tanto, la obediencia es la principal entre las virtudes morales, porque nos permite rechazar nuestra propia voluntad por amor a Dios. Como dice San Gregorio: «La obediencia se considera verdaderamente más valiosa que los sacrificios, porque cuando se inmola una víctima, se inmola otra carne; pero en el caso de la obediencia, se inmola la propia voluntad».
Y se sigue esta importante consecuencia: los actos de cualquier virtud solo serán meritorios ante Dios en la medida en que se realicen con espíritu de obediencia a su voluntad. Si un hombre sufriera el martirio o distribuyera todos sus bienes a los pobres y, sin embargo, no ordenara su actividad según la comprensión de la voluntad divina —y esto lo haría mediante la obediencia—, no merecería nada, y sería exactamente como si hubiera actuado sin caridad, virtud inseparable de la obediencia. Pues la caridad significa amistad entre Dios y nosotros, y la amistad implica una sola voluntad.
Los preceptos que los hombres reciben de Dios se refieren a las obras de virtud, y cuanto más perfectamente se realizan estos actos, más obedientes se son a Dios. Pero la caridad es la principal de las virtudes, a la que se refieren todas las demás. Y así, Cristo, cuyo acto de caridad fue el más perfecto posible, fue supremamente obediente a Dios. Porque no hay acto de caridad más perfecto que el que un hombre da su vida por otro, como dice nuestro Señor: «No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos» (Juan 15:13). Y así es como Cristo, quien sufrió la muerte por la salvación de los hombres y la gloria de Dios Padre, fue supremamente obediente mediante un acto de perfecta caridad.

En perfecta libertad

Los enemigos de Cristo habían querido a menudo arrestarlo para condenarlo a muerte, pero fracasaron porque su hora aún no había llegado (Juan 7:30, 44; 8:20; 10:39). El príncipe de este mundo nada podía hacer contra él (Juan 14:30), y aun así la Escritura estaba por cumplirse (Juan 19:28). El Buen Pastor dio su vida por sus ovejas en perfecta libertad, en el momento que él mismo eligió: "Por eso me ama el Padre, porque doy mi vida, para recobrarla de nuevo. Nadie me la quita; yo la doy voluntariamente. Tengo poder para darla y poder para recobrarla de nuevo; esa es la orden que he recibido de mi Padre." (Juan 10: 17-18). Estas afirmaciones no dejan lugar a dudas: Cristo se sometió libremente por amor al mandato de su Padre.

Sin embargo, algunos teólogos desde Santo Tomás han considerado imposible sostener simultáneamente y sin reservas que Cristo era incapaz de pecar y que podía someterse libremente al mandato de morir en la cruz. Su dificultad fundamental puede resumirse así: quien se somete libremente a un mandato puede desobedecer, pero desobedecer implica pecar; por lo tanto, puede pecar. Por lo tanto, suponiendo que Cristo recibió y obedeció libremente el mandato, debió haber sido capaz de pecar. Surgen varios intentos de resolver el problema. Pero podremos prescindir de este falso problema y de sus igualmente falsas

soluciones si volvemos a la doctrina de Santo Tomás sobre la relación entre la libertad y la capacidad de pecar.
Poder pecar es poder apartarse del fin moral último, y esto es un defecto de la libertad, cuya perfección reside, por el contrario, en el poder de elegir tal o cual particular en vista del fin último. Así, los ángeles buenos y los bienaventurados, que ya no pueden pecar, gozan de una libertad de voluntad más perfecta que nosotros, que aún podemos pecar. Dicha perfección no excluye la libre elección de tal o cual particular, sino solo la libre elección del pecado. Cristo fue incapaz de pecar porque era soberana y perfectamente libre, como los bienaventurados que se regocijan en la visión beatífica.
Santo Tomás no vio ningún problema especial desde este punto de vista en el hecho de haber recibido de su Padre el mandato de morir en la cruz: «La obligación de obedecer solo se opone a la libertad en el caso de quien es reacio a lo que se le manda»; pero este no fue el caso de Cristo. «El mandamiento del amor no se opone a la libertad porque solo se cumple voluntariamente».
Pero el mandato de morir en la cruz impuso amor; Fue dada por el Padre por amor a nosotros y aceptada por el Hijo por amor a su Padre y por nosotros. Solo entonces podía ser obedecida voluntariamente, con la libertad propia del amor.
"Ya no hablaré mucho más con ustedes, pues se está acercando el que gobierna este mundo. En mí no encontrará nada suyo,pero con esto sabrá el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha encomendado hacer. Ahora levántense y vayámonos de aquí." (Juan 14: 30-31).
Nuestro Señor desea que entendamos que el motivo de su muerte debe ser motivo de consuelo. Porque una cosa es morir por haber cometido un delito —una muerte así podría ser motivo de tristeza— y otra muy distinta morir por deber o por la generosidad en la práctica de la virtud. Esta clase de muerte es fuente de consuelo.
"Sería una lástima que alguno tuviera que sufrir por asesino, ladrón, malhechor o delator; pero si sufre por ser cristiano, no tiene por qué avergonzarse, sino que más bien debe dar gracias a Dios por llevar ese nombre." (1 Pedro 4:15-16).
Pero nuestro Señor nos muestra, en este sentido, que no fueron nuestros pecados los que causaron su muerte, sino sus propias virtudes de obediencia y caridad: El príncipe de este mundo entró en el corazón de Judas para incitarlo a traicionar a Cristo, y en el corazón de los judíos para que lo mataran; pero no tuvo influencia sobre Cristo, ya que Cristo era inocente de pecado.
El pecado no fue la causa de su muerte.
¿No hubo, entonces, razón para la muerte de Cristo? Si buscamos en otra parte la verdadera causa de su muerte, la encontramos en el doble motivo del amor a Dios y al prójimo:
"Pero con esto sabrá el mundo que yo amo al Padre y que hago lo que el Padre me ha encomendado hacer. Ahora levántense y vayámonos de aquí" (Juan 14:31).
El Padre no dio este mandato al Verbo como tal (pues él es Dios con el Padre), sino al Hijo del Hombre; es decir, al Verbo Encarnado, inspirándolo a morir por la salvación del hombre. Para que el mundo lo sepa, sigamos nuestro camino desde la cena hasta la hora de mi entrega.
Miren y vean: no muero por necesidad, sino por amor y obediencia.

Capítulo IV - Satisfacción vicaria y justicia misericordiosa

Cuando el Hijo de Dios se arrancó del seno del Padre por la salvación de los hombres y sufrió la humillación de la muerte, no fue la justicia lo que lo obligó.
- Paul Claudel

Jesucristo es la expiación de nuestros pecados

El corazón del misterio

El sacrificio de propiciación o expiación nos hace favorables a Dios (o propicios, de ahí su nombre); restaura nuestra amistad con él:
«La propiciación implica esencialmente la compensación por la mala acción: expiar y perdonar la culpa, y pagar la pena».
El misterio de la redención reside en que implica un acto de justicia divina en función de la misericordia divina y totalmente impregnado por ella. No debemos excluir la justicia (tesis de la teología liberal) ni incluirla bajo el aspecto de la venganza (tesis de los protestantes, Lutero y Calvino). Cristo expió nuestras faltas al sufrir una pasión y muerte que verdaderamente poseen el valor de una satisfacción de justicia, y esta dolorosa satisfacción fue querida positivamente por Dios como buena, porque expió los pecados de la humanidad. Pero esta voluntad divina no se explica a sí misma, ni en última instancia puede explicarse, salvo como la abundancia de amor misericordioso.
En resumen, la justicia retributiva no podría justificar en absoluto la satisfacción ofrecida por Jesús, ni siquiera si fuera en nuestro beneficio; sin embargo, el hecho es que nos redimió mediante los sufrimientos más amargos. La razón debe buscarse en su propia misericordia y en la sobreabundante misericordia del Padre.
Dios podría haber condonado toda satisfacción sin incurrir en injusticia. Santo Tomás propone la siguiente objeción a su propio argumento: si Dios negara su propia justicia, se negaría a sí mismo. Pero la justicia de Dios exigía que el hombre fuera redimido por la satisfacción que Cristo ofreció al sufrir su pasión y muerte. Parece, por tanto, que esta satisfacción era necesaria e inevitable.
Santo Tomás hace de la aclaración a este problema la ocasión para elaborar un valioso razonamiento. Un juez está obligado en justicia a imponer una pena cuando el caso se refiere a un delito contra un tercero, ya sea un ciudadano, el príncipe o la comunidad (respublica). Pero si la ofensa es simplemente personal, entonces el juez puede condonar la pena por misericordia sin infringir la justicia.
Ahora, Dios no tiene superior: él mismo es el bien más alto del universo. Por lo tanto, él puede, sin lesiones a nadie, remitir el delito del pecado sin exigir pena alguna. Dios, de

hecho, no exigió satisfacción bajo el dolor de cometer una injusticia si no hubiera podido hacerlo.

Injusticia expedida por la justicia

La pasión de Cristo fue la forma más adecuada de redimirnos (congruentissimus modus): el hombre se había perdido a sí mismo al cometer una injusticia; sería redimido por el cumplimiento de la justicia.
Sin embargo, aunque la justicia exige que un culpable sufra el castigo por su crimen, no es injusto que algún amigo se presente y asuma la carga de expiar el daño y así liberarlo.
Ahora bien, solo Dios, por su infinita dignidad, era capaz de ofrecer una satisfacción adecuada por los pecados de toda la humanidad. Era apropiado, por tanto, que sufriera por el hombre lo que el hombre mismo merecía sufrir por su pecado.
Materialmente hablando, todo sucede en la cruz como si un criminal condenado pagara por sus propios crímenes. Se derrama sangre, y todo parece indicar que la carne de Cristo era carne de pecado:
"El cargó con nuestros pecados en el madero de la cruz, para que, muertos a nuestros pecados, empezáramos una vida santa. Y por su suplicio han sido sanados." (1 Pedro 2:24).
"En Cristo Jesús la ley del Espíritu de vida te ha liberado de la ley del pecado y de la muerte. Esto no lo podía hacer la Ley, por cuanto la carne era débil y no le respondía. Dios entonces quiso que su propio Hijo llevara esa carne pecadora; lo envió para enfrentar al pecado, y condenó el pecado en esa carne. Así, en adelante, la perfección que buscaba la Ley, había de realizarse en los que no andamos por los caminos de la carne, sino por los del Espíritu." (Romanos 8, 2:4)
EEsto nos da una idea sorprendente de lo que la justicia divina pudo haber significado para nosotros, aun cuando el Salvador no fue condenado por su Padre. El suplicio del Calvario es la advertencia más elocuente contra las aberraciones del pecado. Ofender a Dios es crucificar de nuevo la carne de Cristo.
La redención es un misterio de justicia.

¿Un misterio de la justicia en el sentido estricto?

Los teólogos distan de ser unánimes al responder a la pregunta de si Cristo satisfizo a todos con la equivalencia que exige la justicia en sentido estricto. Algunos, como Billot, y otros como Alastruey-Sánchez, afirman que sí; mientras que otros, como Solano, se debaten entre ambas posturas.
Un breve análisis de su controversia nos brindará la oportunidad de distinguir en qué sentido la redención puede —o no— entenderse en términos de justicia estricta.
La doctrina católica sostiene que la satisfacción de Cristo no solo fue equivalente, sino infinitamente superior, como tal, a las ofensas de la humanidad. Sin embargo, sostiene Billot, sigue siendo cierto que Cristo no pudo merecer ni satisfacer con todo el rigor de la justicia, ya que, desde este punto de vista, se encuentra en la misma situación que nosotros. En cualquier caso, debe excluirse la equivalencia estricta. La principal razón que Billot ofrece para esto es que, dado que la justicia implica una obligación recíproca («te

debo y tú me debes»), la compensación estrictamente justa implica más que la equivalencia entre mérito y recompensa, o entre una ofensa y su satisfacción. Pues también implica necesariamente que quien merece o expía no debe estar en deuda, como tal, con la persona a quien sus actos afectan; es decir, no debe adeudarle ni el acto en sí ni su capacidad para realizarlo. De hecho, debe ser independiente.

Ahora bien, nuestra satisfacción por el pecado —aunque gratuita y meritoria— no puede sino ser un don de Dios, pues él es la fuente última de todo mérito libremente consentido. Por lo tanto, es imposible que un acto de satisfacción de este tipo implique una justicia estricta entre nosotros y Dios. Esto también se aplica a la satisfacción vicaria de Cristo al Padre. Este es, al menos, un aspecto del pensamiento de Billot al respecto.

Por el contrario, Alastruey-Sanchez sostiene que, en el caso de nuestro Salvador, la gracia y la liberalidad del acreedor no afectan al pago de la deuda de forma inmediata y formal, sino que se establecen como condiciones presupuestas. La Encarnación es gratuita, pero una vez dada, el Verbo Encarnado trata a su Padre de igual a igual y, por lo tanto, puede ofrecer satisfacción en el sentido más estricto del término.

Pero ambas posturas nos parecen merecedoras de aclaración. No creemos posible admitir —ni siquiera implícitamente, como lo hace Alastruey-Sánchez— que el misterio de nuestra redención sea una cuestión de justicia conmutativa entre el Padre y el Hijo, como entre dos partes iguales de un contrato.

El Salvador no nos redimió como Dios, y por lo tanto iguales al Padre, sino como Dios hecho hombre, tras soportar el sufrimiento y la muerte en esa naturaleza humana, según la cual pudo decir: «pues el Padre es más grande que y» (Juan 14,28).

El Verbo de Dios es nuestro mediador y sumo sacerdote en cuanto hombre. En este punto, pues, debemos alinearnos firmemente con Billot. Como hombre, el Salvador lo recibe todo de Dios, incluyendo esos actos meritorios de caridad en virtud de los cuales nos redimió.

Desde la perspectiva de Dios, la satisfacción vicaria de Jesucristo no es un «intercambio» que logra la igualdad según la justicia conmutativa. Nuestra redención es un don —el del Dios Trino— al Hijo de Dios hecho hombre y, en él, a todos los miembros de su cuerpo místico.

Pero, ¿debemos entonces concluir que la justicia estricta no tiene incidencia en la satisfacción vicaria de nuestro Redentor? No deberíamos llegar a tal conclusión precipitadamente y sin las reservas necesarias.

Pues la justicia conmutativa, que siempre debe excluirse de las relaciones entre la naturaleza creada y su Creador, no es el único tipo de justicia posible. Deberíamos, más bien, reconsiderar el problema a la luz de la virtud de la religión, que regula nuestras relaciones con Dios y se incluye, por analogía, en el concepto de justicia distributiva.

Desde este punto de vista, podemos afirmar y negar que nuestras relaciones con Dios impliquen una justicia estricta. Esta justicia estricta es insuficiente en la medida en que nunca podemos reconocer adecuadamente la excelencia de la bondad del Creador ni satisfacer los pecados que hemos cometido. Pero sí entra —y de forma muy estricta— en nuestro deber de adorar a Dios y satisfacer nuestros pecados.

La propia trascendencia de Dios es la razón por la que tales obligaciones son desproporcionadas a las exigencias que imponen: «El hombre debe a Dios todo lo que le presta, pero nunca alcanza la equivalencia; nunca puede pagar tanto como debe».

La pregunta subsiguiente —si debemos satisfacer plenamente nuestros pecados mediante la justicia estricta— debe responderse sin perjuicio de este misterio de nuestras relaciones con Dios. Podemos salvaguardarlo aquí mediante una importante distinción entre:

1) nuestro deber de satisfacer estrictamente nuestros pecados (que siempre nos acompaña), y
2) nuestra capacidad de satisfacer adecuadamente dicha satisfacción (que siempre nos falta).
En resumen y de forma esquemática: se puede decir que debemos hacer todo lo que podamos, pero, por otro lado, no podemos hacer todo lo que debemos.
En el caso de nuestro Salvador, los papeles se invierten: donde nosotros debemos y no podemos, él puede, pero no tiene por qué. Pues Jesús no está obligado a nada en la justicia estricta (el aspecto del deber). Por otro lado, cualquier satisfacción que nos ofrezca no solo será adecuada, sino que superará con creces, incluso los requisitos más rigurosos de la justicia estricta (el aspecto de la capacidad).
Cristo no pudo asumir nuestro pecado ni, sin amor, la obligación personal de satisfacer la justicia por este pecado. Sin embargo, por amor, quiso —con plena libertad— asumir esta satisfacción de la justicia mediante su obediencia a los mandatos de su Padre. Al hacerlo, reconoció y respetó los derechos más estrictos de la justicia divina, no en relación consigo mismo, sino con nosotros. Así como, por la misma razón, reconoció y respetó no su deber, sino el nuestro, ante esta misma justicia. Esos sufrimientos, que fueron satisfacción por el pecado, se llevaron a cabo en nuestro nombre y para nuestro beneficio. El Hijo de Dios se sacrificó amorosamente por nosotros, miserables pecadores. Aunque no estaba obligado de ninguna manera, pudo y quiso hacerlo.
Una vez realizada esta satisfacción, esta no podía sino ser sobreabundante:
Si quien hace más de lo que debe, cumple con todo lo que exige el deber, ¿qué decir de quien, sin estar obligado a nada, excede todas las posibles exigencias del deber?
La expiación de nuestro Salvador no fue solo estrictamente adecuada, sino que excedió la estricta suficiencia: abrumadoramente abundante.
Aquí no hay sospecha de una severidad que se exprese como venganza contra los pecadores. La justicia divina, revelada en la Persona del Hijo de Dios, el Santo por excelencia, supera nuestras categorías. Habiendo dicho que es Dios quien hace expiación por el hombre, lo hemos dicho todo.
Ya sea que uno medite sobre el misterio de la justicia estricta en relación con esta satisfacción vicaria desde el punto de vista del deber o de la capacidad de satisfacer —en el sentido en que hemos definido esos términos—, no puede dejar de encontrar amor.
Cristo no tenía obligación de sufrir para expiar nuestros pecados: solo el amor podía impulsarlo a ello. Y una vez que lo hizo, dejó atrás las estrictas exigencias.
La justicia del Calvario solo se explica por el amor. Es, y solo puede ser, justicia en el amor.
Y aquí hemos llegado al aspecto más profundo del misterio.

A través de la superabundancia de la misericordia de Dios

Procuremos ver en el misterio de nuestra redención tanto la severidad de Dios, quien no quiso perdonar el pecado sin satisfacción —por lo que el Apóstol dice: «Ni siquiera a su propio Hijo perdonó»— como su bondad; pues, cuando el hombre no pudo satisfacer adecuadamente, cualquiera que fuera la pena que sufriera, Dios le dio un liberador (satisfactorem) y, como también dice el Apóstol, lo entregó por todos nosotros; pues «Dios lo puso como la víctima cuya sangre nos consigue el perdón» (Romanos 3:25).

Que la humanidad fuera liberada mediante la pasión de Cristo estaba en consonancia tanto con la misericordia de Dios como con su justicia. Con su justicia, porque Cristo, mediante su pasión, satisfizo el pecado de la humanidad, y así el hombre es liberado por la justicia de Cristo; con su misericordia, porque cuando el hombre no pudo satisfacer por sí mismo el pecado de toda la humanidad, Dios le dio a su propio Hijo para ser su liberador. Y en esto, Dios mostró mayor misericordia que si hubiera perdonado el pecado sin exigir satisfacción; y así leemos en la Epístola a los Efesios: «Pero Dios es rico en misericordia: ¡con qué amor tan inmenso nos amó! Estábamos muertos por nuestras faltas y nos hizo revivir con Cristo: ¡por pura gracia ustedes han sido salvados!» (2:4-5).

Las palabras que hemos enfatizado nos parecen expresar con la máxima profundidad, sencillez y claridad la intuición dominante de Santo Tomás en este tratado sobre la redención: El amor redentor muestra a la vez dos verdades morales complementarias: una, la gravedad de nuestro pecado, que da ocasión de la otra: la misericordia divina. El pecado no es otra cosa que odio a Dios, odio al Amor, la muerte de Dios en el alma. Sin embargo, por la misma razón que nos inspira horror ante el pecado, Dios se muestra justo y misericordioso.

Pues ¿podría haber elegido una mejor manera de hacernos comprender la malicia del pecado que permitiendo que fuera la ocasión de la muerte de Cristo en la cruz? Aquí también podemos ver la expiación del pecado manifestada como un amor divino que supera nuestros sueños más descabellados; porque no hay mayor misericordia que dar la propia sangre por los enemigos, y Dios murió por nosotros, pecadores. Como se atreve la liturgia de la Vigilia Pascual a decir: "¡Feliz la culpa que mereció tal Redentor!". La voluntad y el permiso de Dios son la respuesta a todo. Solo podemos adorarlo.

Históricamente, es a través del pecado que la muerte entró en el mundo, y la irrealidad de la teología liberal se hace patente al relegar la Pasión de Cristo a un mero ejemplo de valentía heroica y una muestra de amor. ¿Cómo habría sido apropiado que el Hijo de Dios sufriera una muerte sangrienta si no hubiera querido expiar el pecado? Solo la expiación del pecado puede explicar la Cruz. Sin esta justicia (la deuda de reparación por el pecado), nunca habríamos conocido esta misericordia (que paga la deuda); pero, por otro lado, sin esta misericordia, nunca habríamos conocido la justicia que se cumple.

Pues es la misericordia la que domina y triunfa mientras la justicia se cumple en la expiación, al margen y por encima de sus propias exigencias. Al margen: porque la justicia nada puede hacer por el inocente. Porque «el menor sufrimiento de Cristo habría bastado para redimir todos los pecados de la raza humana». A medida que crece el amor, desaparece la necesidad de sufrimiento, y el amor de nuestro Salvador fue infinitamente valioso. Jesús podría, pues, habernos redimido sin sufrir en absoluto.

Aunque podemos y debemos creer que la justicia divina se revela en la cruz, en la carne crucificada de Cristo —la carne de una víctima ofrecida en sacrificio de expiación, también es urgente afirmar claramente que el Verbo, en su carne sagrada, solo pudo ser víctima de su propio amor misericordioso. La suya es una sola expiación: la misericordia, y solo la misericordia, propone, penetra y decide el sacrificio del Calvario. De hecho, solo por la misericordia y a través de ella este sacrificio se hace posible.

Y así, la redención se convierte, para quien sabe leer, en la expresión visible y sangrienta de la prioridad que el amor divino tiene sobre el orden de la justicia en el misterioso punto de su unión en Dios. La justicia en Dios no es separable del amor, sino que, por el contrario, arde en amor. Es allí, sobre todo, una y la misma que el amor mismo. Aquí tocamos el misterio de los atributos divinos que se implican mutuamente en virtud de la inefable

trascendencia de Dios: Dios usa este gesto de amor supremo para revelarse a Sí mismo y por Sí mismo algo de su justicia.
Esta justicia no puede manifestarse en la Persona del Hijo de Dios de otra manera que en forma de amor. Sin embargo, el amor en Dios no es distinto de la justicia, y es este amor el objeto del misterio de la redención. Por eso este misterio excede infinitamente nuestra comprensión y no logramos comprenderlo. Desde cualquier perspectiva —misericordia primero y luego justicia, o justicia y luego misericordia— encontramos lo mismo: que Dios deseó la misericordia en la justicia y la justicia en la misericordia. Ambas se revelan juntas e inseparablemente, aunque la misericordia sigue siendo preeminente. Son expresiones del amor de Dios que nos libera del pecado al atraernos hacia sí.
Dios es amor: el corazón herido de nuestro Salvador revela el amor que logra nuestra salvación. Debemos aprender a relacionar espontáneamente la sangre de este corazón con el ímpetu de amor que inflama la voluntad humana de Cristo, y a relacionar este mismo ímpetu con la respiración de amor que marca el ritmo de la vida en la Trinidad. Jesús, concebido por obra del Espíritu Santo en el seno de la Virgen —cuyo corazón era inmaculado— vive y muere por amor. Su corazón conserva los estigmas del sufrimiento tras su resurrección victoriosa, pues son símbolos de esos lazos de amor misericordioso que, en el cuerpo místico, unen la cabeza a los miembros en la unidad del Espíritu Santo.

En paz y alegría

La voluntad más profunda y natural de Cristo presiente el horror de la muerte; pero en su voluntad deliberada, bajo el control de su amor inmenso, desea morir generosamente. El sudor de sangre en el huerto de los Olivos no disminuye su aceptación: «Abbá, o sea, Padre, si para ti todo es posible, aparta de mí esta copa. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú» (Marcos 14,36).
Por otro lado, semejante sumisión amorosa no podía sino endulzar la pasión de Cristo. Leemos en San Juan: «Y ahora mi alma está angustiada. ¿Qué diré? Diré: Padre, líbrame de esta hora de prueba; y sin embargo, he llegado a esta hora de prueba solo para poder soportarla» (Juan 12,27).
Cabe señalar que esta no es una petición espontánea de la razón de Cristo, sino que esta se convierte aquí en la abogada, por así decirlo, y en la portavoz de su naturaleza sensible, reacia a morir. Esta es la reacción que su razón manifiesta aquí.
De este modo, podemos resolver el problema que plantea el texto: «En los días de su vida mortal, presentó ruegos y súplicas a aquel que podía salvarlo de la muerte; este fue su sacrificio, con grandes clamores y lágrimas, y fue escuchado por su religiosa sumisión» (Hebreos 5:7), lo cual no parece confirmarse aquí. Decimos, por lo tanto, que Cristo fue escuchado siempre que su sincera intención era ser escuchado. Aquí, al formular una pregunta retórica, muestra la naturaleza de sus sentimientos. Pues, como señaló San Juan Crisóstomo, la expresión debe interpretarse negativamente, en el sentido de: «¿Y qué debo decir? ¿Diré: Padre, líbrame de esta hora de prueba?». Con lo cual quiere decir: No diré eso.
No se debe resistir la divina providencia, pues, como dice Job: «¿Quieren que yo vaya a replicarle y me ponga a discutir con él?» (Job 9:4). La pasión debe ser una copa (en el texto original) porque posee la dulzura de la caridad del que sufre, aunque en sí misma solo

contiene amargura; así como, por ejemplo, una medicina curativa puede endulzarse con la esperanza de recuperar la salud, por amargo que sea su sabor. «Alzaré la copa por una salvación e invocaré el nombre del Señor» (Salmo 115:13).
Esta copa le fue dada a Cristo por el Padre en la medida en que aceptó libremente la pasión conforme a la voluntad del Padre. Debemos observar que si Cristo apuró su copa de un solo trago, los miembros de su cuerpo místico —apóstoles y santos— bebieron, por así decirlo, de la suya, pues bebieron de la copa con repugnancia, porque incluso en el fondo de su voluntad no la aceptaron tan bien como él. Por esta misma razón, Cristo, en cierto sentido, tuvo menos que sufrir.
«Todo es fácil, oh Dios, para quien amas, salvo no cumplir tu adorable voluntad».
Pero aún queda más: pues el Salvador, incluso en sus momentos de mayor agonía, nunca dejó de disfrutar de la visión beatífica. Esta es la enseñanza de Santo Tomás y una doctrina común en teología. Santo Tomás afronta el misterio en cuestión con franqueza, sin intentar minimizarlo ni explicarlo. Él lo expresa lo mejor que puede: “Nuestro sumo sacerdote no se queda indiferente ante nuestras debilidades, pues ha sido probado en todo igual que nosotros, a excepción del pecado” (Hebreos 4:15).
¡Cuánta pureza había en este sufrimiento y dolor! Cristo no quiso buscar ni aceptar el más mínimo alivio en medio de sus tormentos, pues los había asumido voluntariamente para liberarnos. Puesto que deseaba una justa satisfacción, no solo consideró el valor infinito del menor sufrimiento soportado por Dios y el hombre, sino que soportó el sufrimiento que correspondía para satisfacer la naturaleza que había asumido.
En paz y alegría, la voluntad más profunda de Cristo presiente el horror de la muerte; pero en su voluntad deliberada, bajo el control de su amor inmenso, desea morir generosamente. El sudor de sangre en el huerto de los Olivos no disminuye su aceptación: "Abbá, o sea, Padre, si para ti todo es posible, aparta de mí esta copa. Pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú" (Marcos 14,36).
Por otro lado, tal sumisión amorosa no podía sino endulzar la pasión de Cristo. Leemos en San Juan: «Ahora mi alma está turbada. Y ¿que voy a decir? ¡Padre, líbrame de esta hora! Pero ¡si he llegado a esta hora para esto!» (Juan 12:27).
Los ejemplos pueden ayudarnos a simbolizar este misterio. Por ejemplo, la cima de una montaña puede ser abrasada por el sol mientras las llanuras abajo permanecen envueltas en niebla. O tenemos el espectáculo de los mártires que mantuvieron su alegría y paz incluso cuando sus cuerpos eran torturados. Pero el caso de Cristo es único, y no se le pueden poner límites: no debemos decir que Cristo sufrió en su cuerpo pero no en su alma. La dicotomía sería artificial, pues el hombre debe ser considerado como un todo. Además, la Escritura es perfectamente clara: Jesús dice: «Mi alma está triste hasta la muerte».
Cristo sufrió como los hombres sufren: por razones físicas, psicológicas y morales. Sin embargo, el Hijo de Dios siempre poseyó, en el punto más alto de su inteligencia y voluntad humanas, tanto la visión de sí mismo y del Padre como la paz y el gozo inefable que emanan de esa visión. En un nivel inferior, el intelecto y la voluntad de Cristo se retraían del sufrimiento y la muerte; pero en el nivel superior, para él no existían angustias, luchas ni dificultades; Todo se disolvió ante la luz suave y tranquilizadora de un amor infinitamente sabio.
La mirada lúcida y penetrante de Santo Tomás no rehúye a acercarse a las profundidades más trágicas de la tristeza del corazón de Cristo por su amor (por su Padre ofendido y por quienes lo ofenden) ante los pecados del mundo, odiando el pecado pero respetando la libertad de los pecadores. Santo Tomás puede sorprendernos, pero al reflexionar, nos

satisface. Debemos aprender a afrontar, con firmeza y sin falsos sentimentalismos, la cuestión de nuestro fin último: solo la verdad nos hará libres.
Es natural sufrir por los males que amenazan a los seres queridos, y en este punto Cristo se entristeció profundamente por los pecados de los hombres y los castigos que les correspondían. Pero su tristeza no era como la nuestra, ya que, en la medida en que disfrutaba de la visión beatífica, Cristo veía todo desde la perspectiva superior de la Sabiduría divina y, por lo tanto, no podía, desde esta perspectiva, entristecerse, ni por el pecado ni por el castigo que este conlleva para los pecadores. Éste es el estado de los bienaventurados en el cielo, que todo lo remiten a las disposiciones de la Sabiduría divina.
Nuestro caso es diferente, pues a veces pensamos que la salvación de ciertas almas contribuiría al honor de Dios y a la exaltación de la fe, y nos entristecen sus pecados. De hecho, serán condenadas, pero no nos damos cuenta. Cristo pudo regocijarse en la cúspide de su espíritu por lo que sufrió en sus sentidos, su imaginación y su razón inferior; pues este es el misterio de la alegría y el sufrimiento simultáneos que, aunque difieren en origen, coexisten en un mismo sujeto.
En su punto más alto, nada pudo causarle tristeza, pero en un nivel inferior estaba inmerso en el sufrimiento. Pues en su caso, la alegría no disminuyó el sufrimiento, ni el sufrimiento lo obstaculizó. Ninguno de estos estados mentales afectó al otro: la alegría de Dios es infinita. Jesús, como hombre, nunca dejó de compartir esta alegría a través de la visión beatífica, y fue a esta alegría a la que vino a invitarnos a costa de sus sufrimientos.
Tomemos, por ejemplo, estas palabras de su discurso a los apóstoles después de la Última Cena y antes de su agonía en el huerto:

Como el Padre me amó, así también los he amado yo: permanezcan en mi amor. "Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho todas estas cosas para que mi alegría esté en ustedes y su alegría sea completa. Este es mi mandamiento: que se amen unos a otros como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos" (Juan 15: 9-13).

Algunos casos de exégesis difícil

Hay algunos textos de la Escritura que han sido interpretados de una manera incompatible con la enseñanza teológica de Santo Tomás sobre la redención. A veces esto se debe a una lectura apresurada y superficial. En cualquier caso, debemos recordar que la letra mata, mientras que es el espíritu el que vivifica, y que los textos deben considerarse siempre en su contexto inmediato o remoto. Seguiremos la exégesis de Santo Tomás de estos textos difíciles. Puede que en ocasiones se exprese con torpeza o repetición, pero su coherencia y fidelidad a los autores sagrados deberían ser más que suficientes para tranquilizarnos.

El sirviente sufriente

"Despreciado por los hombres y marginado, hombre de dolores y familiarizado con el sufrimiento, semejante a aquellos a los que se les vuelve la cara, no contaba para nada y no

hemos hecho caso de él. Sin embargo, eran nuestras dolencias las que él llevaba, eran nuestros dolores los que le pesaban. Nosotros lo creíamos azotado por Dios, castigado y humillado, y eran nuestras faltas por las que era destruido, nuestros pecados por los que era aplastado. El soportó el castigo que nos trae la paz y por sus llagas hemos sido sanados. Todos andábamos como ovejas errantes, cada cual seguía su propio camino, y Yavé descargó sobre él la culpa de todos nosotros. Fue maltratado y él se humilló y no dijo nada, fue llevado cual cordero al matadero, como una oveja que permanece muda cuando la esquilan. Fue detenido, enjuiciado y eliminado ¿y quién ha pensado en su suerte? Pues ha sido arrancado del mundo de los vivos y herido de muerte por los crímenes de su pueblo. Fue sepultado junto a los malhechores y su tumba quedó junto a los ricos, a pesar de que nunca cometió una violencia ni nunca salió una mentira de su boca. Quiso Yavé destrozarlo con padecimientos, y él ofreció su vida como sacrificio por el pecado. Por esto verá a sus descendientes y tendrá larga vida, y el proyecto de Dios prosperará en sus manos." (Isaías 53, 3-10)

"Aquí hay uno despreciado, dejado fuera de todos los cálculos humanos. Nuestra debilidad; fue él quien llevó el peso de ella, nuestras miserias, y fue él quien los llevó y todo el tiempo que fue por nuestros pecados que fue herido, fue culpable de los nuestros lo aplastaron: es por mi pueblo. 10).
Santo Tomás comenta: Cristo, durante su pasión, siendo verdadero hombre de carne y hueso, cargó con nuestras debilidades, como el hambre y la sed, y con los sufrimientos de nuestra naturaleza sensible, como la tristeza. Nos libró del pecado y sufrió sus castigos en nuestro lugar. Fue herido por las espinas, los clavos y la lanza; fue herido por los golpes y los azotes para borrar nuestros pecados. Soportó por nosotros los castigos debidos a nuestros pecados, y gracias a su pacificación, tenemos acceso a Dios. Se ofreció a Dios como víctima por nuestra salvación. Fue el más despreciado de los hombres por la dureza de su sufrimiento, la vergüenza de su muerte y la enormidad del crimen que se le atribuyó; fue el varón de dolores. Su Padre aceptó su pasión: «Por la maldad de mi pueblo lo herí», es decir, permití que lo hirieran. Fue obediente a su Padre hasta la muerte misma; y así logró la justificación de la humanidad.

El abandono

"Y alrededor de la hora nona clamó Jesús con fuerte voz: «¡Elí, Elí! ¿lemá sabactaní?», esto es: «¡Dios mío, Dios mío! ¿por qué me has abandonado?»" (Mateo 27:46).
Comentarios de Santo Tomás: Estas palabras se toman del salmo veintiún que parece referirse especialmente a la pasión de Cristo. ¿Cuál es su significado aquí, tal como lo habló? Se puede decir que alguien fue abandonado por Dios cuando Dios no le muestra su presencia al protegerlo y escuchar sus peticiones. Y así Cristo, en la medida en que no se salvó de sus sufrimientos corporales, fue abandonado a veces por su padre. "Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Romanos 8:32).
El salmo continúa: "Lejos de mi salvación están las palabras de mis pecados", y muestra que no soy solo un pecador. Estas palabras no se aplican personalmente a Cristo, sino solo en nombre de los pecadores o de la Iglesia. Porque normalmente encontramos, cuando interpretamos los salmos, que Cristo se aplica a sí mismo lo que es apropiado para sus

miembros, en la medida en que Cristo y la Iglesia son el único cuerpo místico. Cristo se transforma en la iglesia y la iglesia se transforma en Cristo.
Pero si bien es cierto que hay pecados en los miembros de Cristo, es decir, en la Iglesia, no es cierto que los haya en la cabeza, es decir, en Cristo mismo. Cristo en la cruz solo tenía la apariencia externa de un pecador: «Esto no lo podía hacer la Ley, por cuanto la carne era débil y no le respondía. Dios entonces quiso que su propio Hijo llevara esa carne pecadora; lo envió para enfrentar al pecado, y condenó el pecado en esa carne.» (Romanos 8:3). «Dios hizo cargar con nuestro pecado al que no cometió pecado, para que así nosotros participáramos en él de la justicia y perfección de Dios» (2 Corintios 5:21).
Cristo habla como hombre: repite: «Dios, mi Dios» para manifestar la profundidad de sus sentimientos. Usa la palabra «abandonado» metafóricamente (per similitudinem) porque, dado que todo lo que tenemos proviene de Dios, cuando una persona es abandonada a su suerte en el mal del castigo por el pecado, se dice que es abandonada por Dios. Cristo fue abandonado no en cuanto a la unión hipostática ni en cuanto a la gracia, sino en relación con la pasión. Dice: "¿Por qué?", no por reticencia, sino por compasión hacia los judíos en su oscuridad y por su asombro ante el amor de su Padre por los pecadores.

Para mostrar su justicia

"Dios puso a Jesucristo como la víctima cuya sangre nos consigue el perdón, y esto es obra de fe. Así demuestra Dios cómo nos hace justos, perdonando los pecados del pasado que había soportado en aquel tiempo; y demuestra también cómo nos reforma en el tiempo presente: él, que es justo, nos hace justos y santos por la fe propia de Jesús." (Romanos 3:25-26)

Santo Tomás no menciona la justicia retributiva ni una sola vez en el extenso comentario que dedica a estos versículos. Según él, hablar de la eficacia de la sangre de Cristo para la remisión de nuestros pecados es decir que esta nos muestra la justicia de Dios (es decir, la santidad), tanto la que lo justifica a él mismo como la que justifica a otros.
El Apóstol habla aquí de la vindicación de la santidad de Dios: En primer lugar, aborda la forma de esta vindicación, diciendo: «Para vindicar su santidad», como si dijera que esto se hizo para que fuéramos santificados por la redención de Cristo mediante la fe en su sangre, ya que el perdón de nuestros pecados anteriores manifiesta la santidad de Dios. Porque Dios muestra cuán necesaria es para el hombre su propia santidad al remitir los pecados cometidos bajo la antigua ley, contra los cuales el hombre era incapaz de protegerse, pero que la antigua ley misma no podía perdonar: Sólo por la fe en la sangre de Cristo pueden ser perdonados los pecados, ya sean pasados o presentes; pero aquellos que vivieron antes de la pasión de Cristo podían tener la fe que tenemos ahora y que asegura la eficacia de esa pasión. "Tenemos el mismo don espiritual de fe que tenía el que escribió: Creí y por eso hablé. También nosotros creemos, y por eso hablamos." (segunda de Corintios 4:13).
Cuando el Apóstol llega al momento de esa vindicación, añade: «Mostrándonos que pasó por alto nuestros pecados pasados en los días de su paciencia», es decir, los pecados previos a la pasión de Cristo se cometieron en un momento en que Dios parecía estar esperando; pues quienes los cometieron, tuvieron fe y se arrepintieron no fueron simplemente condenados ni completamente absueltos para entrar inmediatamente en la gloria eterna.

Alternativamente, podemos decir que los santos Padres del Antiguo Testamento esperaban a Dios (in sustentatione Dei) porque estaban detenidos en el limbo, sin sufrir ningún castigo sensible, sino esperando entrar en la gloria mediante la pasión de Cristo.
Finalmente, el Apóstol muestra cómo la santidad de Dios se manifiesta mediante la remisión de los pecados, ya sea que esta santidad se entienda como aquella por la que Dios es santo o como aquella por la que santifica a los demás. Y añade: «Como uno que es santo», como si quisiera decir que Dios mismo aparece santo mediante la remisión de los pecados, tanto porque los perdona como había prometido, como porque le conviene a Dios destruir el pecado reconduciendo a los hombres hacia sí: «El Señor es justo, y justas son las obras que ama» (Salmo 10,8).

De nuestra naturaleza culpable

"Esto no lo podía hacer la Ley, por cuanto la carne era débil y no le respondía. Dios entonces quiso que su propio Hijo llevara esa carne pecadora; lo envió para enfrentar al pecado, y condenó el pecado en esa carne." (Romanos 8: 3).
Este texto no significa que Cristo tuviera simplemente la semejanza o la apariencia carnal, como afirmaron los maniqueos, porque nuestro propio Señor dice: " fíjense bien que un espíritu no tiene carne ni huesos como ustedes ven que yo tengo" (Lucas 24:39), y San Pablo no escribe "a la manera de la naturaleza" sino "a la manera de nuestra naturaleza culpable".
Nuestro Señor no poseía una carne pecaminosa, es decir, concebida con pecado, pues su carne fue concebida por el Espíritu Santo, que quita el pecado: "porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo" (Mateo 1:20).
Pero Cristo tuvo la apariencia de carne semejante a carne de pecado, en la medida en que podía sufrir, ya que la carne del hombre no estaba sujeta a sufrir antes del pecado: Y así, necesariamente debía llegar a ser completamente como sus hermanos para hacer expiación por los pecados del pueblo.(Hebreos 2:17).
Estos comentarios no mencionan que una carne maldita tome nuestro lugar y nos sustituya ante la venganza divina. La interpretación es simple: se dice que la carne que puede sufrir es la «forma de la carne culpable» porque el sufrimiento entró en el mundo solo como consecuencia del pecado.

El decreto de la condena clavado en la cruz

"Ustedes estaban muertos por sus pecados, y su misma persona no estaba circuncidada, pero Dios los hizo revivir junto a Cristo: ¡nos perdonó todas nuestras faltas! Anuló el comprobante de nuestra deuda, esos mandamientos que nos acusaban; lo clavó en la cruz y lo suprimió." (Colosenses 2: 13-14).
Cuando una persona había pagado plenamente sus deudas, era costumbre destruir la documentación que la acreditaba. Pero el hombre vivía en pecado y Cristo, por su libertad, sufrió; de ahí la expresión del Apóstol: «Al satisfacer a Dios en la cruz, cargó con las consecuencias de nuestro pecado».

Dios lo hizo pecado por nosotros.

"Dios hizo cargar con nuestro pecado al que no cometió pecado, para que así nosotros participáramos en él de la justicia y perfección de Dios." (2 Corintios 5:21).
"Dios lo hizo pecado por nosotros." Esto puede interpretarse de tres maneras.
En primer lugar, dado que bajo la antigua ley, la ofrenda por el pecado se llamaba «pecado». «Ellos (los sacerdotes) comerán los pecados de mi pueblo y elevarán sus almas a su iniquidad» (Oseas 4:8), es decir, comerán las ofrendas por el pecado. Por lo tanto, el sentido de «fue hecho pecado» es que fue hecho víctima o sacrificio por el pecado.
En segundo lugar, en la medida en que “pecado” puede representar semejanza con el pecado o castigo por el pecado, como, por ejemplo, en: “Dios entonces quiso que su propio Hijo llevara esa carne pecadora; lo envió para enfrentar al pecado, y condenó el pecado en esa carne."(Romanos 8:3); en cuyo caso lo que se quiere decir es que Dios lo hizo asumir un cuerpo mortal capaz de sufrir.
En tercer lugar, en la medida en que se dice que algo es esto o aquello, no porque realmente lo sea, sino porque se cree que lo es. El significado sería entonces que Dios hizo pasar a Cristo por pecador: sería contado entre los malhechores (Isaías 53:12).
La sustitución penal no se menciona en estos textos, y mucho menos se introduce para hacer más plausible la satisfacción vicaria en términos de justicia retributiva.

Cristo mismo se convierte en maldición

"Pero Cristo nos ha rescatado de la maldición de la Ley, al hacerse maldición por nosotros, como dice la Escritura: Maldito todo el que está colgado de un madero" (Galatas 3:13). Cuando el Apóstol dice «al hacerse maldición por nosotros», explica cómo fuimos liberados. Ahora bien, una maldición es algo malo, y así como hay dos clases de mal —el mal del pecado y el mal del castigo—, también hay dos clases de maldición y, en consecuencia, dos maneras diferentes de interpretar este pasaje.
Cristo nos redimió entonces del mal del pecado —tomando nuestro texto en el primer sentido— y lo hizo haciéndose él mismo maldito, tal como nos redimió de la muerte muriendo. No es que hubiera pecado en él: «No hizo maldad; no se halló traición en sus labios» (1 Pedro 2:22), sino que era maldito en la opinión de otros, principalmente de quienes lo consideraban pecador. «Si éste no fuera un malhechor, no te lo habríamos entregado» (Juan 18:30). «Dios hizo cargar con nuestro pecado al que no cometió pecado» (2 Corintios 5:21). El Apóstol es cuidadoso al decir «maldición» y no simplemente «maldito» (maledictus) para mostrar que los judíos lo consideraban un pecado consumado (sceleratissimum). «Este hombre no puede ser un mensajero de Dios; no observa el sábado» (Juan 9:16). “No queremos apedrearte por ninguna obra buena, sino por una blasfemia y porque tú, siendo hombre, te haces a ti mismo Dios.” (Juan 10:33).
Tomando el mismo texto en el sentido del mal del castigo, entonces, Cristo nos libró de nuestro castigo al sufrirlo él mismo, incluida la muerte. Pero este castigo era nuestro debido a la maldición del pecado. Por lo tanto, al morir por nosotros, cargó con esta maldición del

pecado y se dice que se convirtió en maldición por nosotros. Esto es similar a lo que dice la Epístola a los Romanos: «Dios envió a su Hijo, a la imagen de nuestra naturaleza culpable», es decir, en carne mortal; y «Cristo nunca conoció el pecado y Dios lo hizo pecado por nosotros», es decir, sufrió el castigo del pecado al ofrecerse por nuestros pecados.

En resumen, Cristo es la Inocencia misma y se ofreció por nuestros pecados. Nos redimió al convertirse en sacerdote y víctima de un sacrificio de expiación. Nunca fue objeto de la maldición de Dios. «Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros» (Romanos 8:32). Cuando dice que el Padre ni siquiera lo perdonó, significa «no lo absolvió del sufrimiento», pues no tenía pecado del cual ser absuelto. Sería irrelevante citar aquí: «Si no usas la vara, no serás amigo de tu hijo» (Proverbios 13:24). Pero no fue por su Hijo —pues él es Dios perfecto en todo— que Dios no lo perdonó y lo sometió al sufrimiento, sino por nosotros. Y así dice San Pablo: «Lo entregó por todos nosotros», es decir, lo expuso a la pasión por la expiación de nuestros pecados; Y en otro lugar, describe a Cristo como "entregado a la muerte por nuestros pecados" (Romanos 4:25). "Dios cargó en él la culpa de todos nosotros" (Isaías 53:6).

El Padre lo entregó a la muerte al decretar su encarnación y sufrimiento, e inspirar en su voluntad humana el amor de la caridad que lo llevaría espontáneamente a su pasión. Así también se dice que Cristo se entregó: «Se entregó por nosotros» (Efesios 5, 2). Todo se encuentra en el Hijo de Dios como en su causa primera y preconteniente (sicut in primordiali et praeoperativa causa): «Él es el primero de todos, y en él todo subsiste» (Colosenses 1, 17). Por lo tanto, si él nos es dado, todo nos es dado; como continúa San Pablo: ¿y no debe el Hijo que nos es dado por el Padre «estar acompañado del don de todo lo demás»? Es decir, el don de todo lo que puede obrar en nuestro beneficio: en el nivel más alto, la Persona divina, que nos es dada para nuestro bien; luego, los espíritus intelectuales, que nos son dados para nuestra compañía; y finalmente, la creación inferior, que nos es dada para nuestra utilidad tanto en los tiempos malos como en los buenos.

Cristo Redentor es el don por excelencia del Padre, la prueba más sublime de su amor por nosotros. La teología del Doctor de la Suma Teológica se refleja en la del Doctor de la Llama Viva de Amor, como atestigua esta hermosa «Oración del Alma Enamorada»:

Oh Señor, mi Amor, si aún recuerdas mis pecados y no concedes mis peticiones, hágase tu voluntad, pues ese es mi mayor deseo. Muestra tu bondad y misericordia, y serás conocido por ellas: Si es que esperas mis obras, para que en ellas puedas conceder mi petición, dámelas y obra en mí; envía también los castigos que aceptes; e inflígelos. Pero si no esperas mis obras, ¿qué esperas, oh Señor misericordioso? ¿Por qué te demoras? Pues si al final debe ser gracia y misericordia, lo que pido en tu Hijo, acepta mi ofrenda indignante, según tu santa voluntad, y concédeme este bien ya que también lo deseas. ¿Quién puede liberarse de las formas bajas y mezquinas, si tú, oh mi Dios, no lo elevas hacia ti en puro amor? ¿Cómo se elevará el hombre hacia ti, habiendo nacido y criado en la miseria? ¿Si no lo levantarás con la mano que lo creó? No me quitarás, oh Dios mío, lo que una vez me diste en tu Hijo unigénito, Jesucristo; en quien me diste todo lo que deseo. Por lo tanto, me regocijaré; no tardarás si te espero. ¿Por qué esperas entonces, oh alma mía, si incluso en este momento eres capaz de amar a Dios en tu corazón? Míos son los cielos, mía es la tierra, mías son las naciones: míos son los justos; y míos son los pecadores: míos son los ángeles y la Madre de Dios; todo es mío, Dios mismo es mío y para mí, porque Cristo es mío y todo para mí. ¿Qué pides, entonces, qué buscas, oh alma mía? Todo es tuyo, todo eres tú. No te quedes ni te conformes con las migajas que caen de la mesa de tu Padre. Sal y exulta en tu gloria; Escóndete en ella y alégrate, y obtendrás todos los deseos de tu corazón.

Capítulo V - Mérito, redención y sacrificio

¡Qué poderoso es el sufrimiento cuando se desea tanto como el pecado! No se complace en sacrificios sangrientos, sino en los regalos que su pequeño Hijo le hace con el corazón. — Paul Claudel

Hasta este punto, hemos considerado el dogma de nuestra redención bajo lo que consideramos el aspecto fundamental del análisis teológico: la satisfacción vicaria. Pero, como es habitual, nuestro lenguaje resulta deficiente ante el misterio divino. Por lo tanto, nuestras reflexiones deben retomarse y completarse con una consideración más profunda de los aspectos del mérito, la redención y el sacrificio.

La ofrenda del amor: mérito

El Concilio de Trento, ya citado, no deja lugar a dudas: el pecado de Adán ha sido perdonado por el mérito de Jesucristo, quien nos reconcilió con Dios en su sangre. La causa meritoria de nuestra justificación es Jesucristo en su santísima Pasión.

La fuente del mérito es la caridad.

El mérito implica libertad y también, desde el punto de vista sobrenatural, caridad. Pero Cristo nos redimió libremente y por amor. Por lo tanto, ha merecido nuestra salvación.
Recordemos un principio fundamental de la teología moral y espiritual ya mencionado: que la fuente del mérito no es el sufrimiento ni la dificultad, sino el amor a la caridad. Los momentos de dificultad y lucha son oportunidades para que una persona demuestre la prontitud y la profundidad de su buena voluntad. Pero esta voluntad fluye de la caridad. En consecuencia, uno puede realizar una tarea fácil con la misma buena voluntad —y, por lo tanto, el mismo mérito— que otro que realiza una tarea más difícil, simplemente porque estaría igualmente dispuesto a hacer lo que le costaría más.
Cuanto más fuerte y generoso sea el amor, mejor podrá superar las dificultades. Pero no es la dificultad la que causa el mérito, sino el amor. Por lo tanto, para llegar a ser un alma de gran mérito, es necesario sobre todo amar mucho, incluso en las cosas fáciles.
Desde su concepción en el vientre de la Santísima Virgen María, el Verbo Encarnado poseyó la virtud de la caridad y, gracias a su conocimiento infuso, el uso de su libertad humana. Desde ese momento, de hecho, se ofreció por la salvación de la humanidad con un amor infinito y, por lo tanto, infinitamente meritorio.

"Por eso, al entrar Cristo en el mundo dice: Tú no quisiste sacrificios ni ofrendas, sino que me formaste un cuerpo. No te agradaron los holocaustos ni los sacrificios por el pecado,entonces dije: Aquí estoy yo, oh Dios, como en un capítulo del libro está escrito de mí, para hacer tu voluntad.Comienza por decir: No quisiste sacrificios ni ofrendas, ni te agradaron holocaustos o sacrificios por el pecado. Y sin embargo esto es lo que pedía la Ley.Entonces sigue: Aquí estoy yo para hacer tu voluntad. Con esto anula el primer orden

de las cosas para establecer el segundo.Esta voluntad de Dios, de que habla, es que seamos santificados por la ofrenda única del cuerpo de Cristo Jesús.".(Hebreos 10: 5-10)

De acuerdo con esta voluntad divina, hemos sido santificados mediante una ofrenda hecha una vez para siempre: el cuerpo de Jesucristo. Para Cristo, quien vino a servir y no a ser servido, este don de sí mismo por nuestra salvación fue el motivo fundamental de su vida consciente. Renovó esta ofrenda litúrgicamente en la Última Cena, en la consagración y la conversión sustancial del pan en su cuerpo y del vino en su sangre.

El eterno mérito de Cristo es infinito en valor

Desde el momento de su concepción, la caridad del Hijo de Dios alcanzó su punto máximo y le permitió ofrecerse de inmediato y con mérito infinito por nuestra salvación. Cabe destacar que esta caridad no conoció aumento. Cristo siempre mereció con el mérito infinitamente valioso que le corresponde, tanto en las grandes como en las pequeñas ocasiones, pudiendo repetir incesantemente y con un fervor inquebrantable: «Lo que hago es siempre lo que le agrada a él» (Juan 8,29).

Los teólogos carmelitas de Salamanca resumen esta doctrina de forma excelente al explicar que todas las acciones de Cristo, en conjunto y colectivamente, merecieron todo lo que Cristo mereció jamás, pero de tal manera que no mereció nada por una acción que no mereciera por otra, ni siquiera por todas sus demás acciones.
Pero en ese caso, ¿cuándo se realizó la obra de nuestra redención? ¿Se realizó —o no— en el momento de su pasión y muerte? Sin duda, fue en ese momento, y mediante el derramamiento de su sangre. Solo que, como observa Santo Tomás, esto no significa que hubiera un aumento en la caridad de Cristo. Esta caridad se manifestó entonces en el extremo de su dolor, y fue precisamente mediante esta manifestación que Cristo quiso que nuestra redención se lograra objetivamente.
¿Cuál es la razón de este plan providencial? La pasión y muerte de Cristo fueron especialmente apropiadas para consumar el misterio de la redención en toda su profundidad, así como para proclamar sus consecuencias saludables de forma concreta, desde las perspectivas mutuamente complementarias e inseparables de la justicia y la misericordia. También le dieron a Cristo la oportunidad de predicarnos con su propio ejemplo todas las virtudes —en particular la perseverancia y la humildad— que necesitamos.
La cruz no era simplemente el madero del que colgaba un condenado; era también, como dice San Agustín, el púlpito desde el que predicaba un Maestro. Porque el amor infinito de Cristo habría bastado por sí solo, y sin más, para asegurar nuestra redención, su pasión nos da una razón más para maravillarnos de la liberalidad de su amor.
La cruz no fue necesaria para nuestra redención por el Verbo Encarnado. La caridad que dio tan infinito valor a la pasión y muerte de nuestro Salvador las precedió en el tiempo. El corazón del niño que sonrió a María y a José ardía ya con el mismo amor que ardía en el corazón del hombre que agonizaba en el Calvario.
La cruz es la lección perfecta de la gratuidad del don del amor divino. Allí, el derramamiento de sangre fue, en el sentido más profundo de la palabra, «inútil». Pero fue precisamente esta inutilidad la que pudo manifestar plenamente el misterio de un amor verdadero que se

entrega incesantemente y sin interés propio, solo para entregarse aún más. Éste es su mérito, su valor y su suprema grandeza. Dios es infinito y Dios es Amor.

Cristo es la cabeza del cuerpo místico

Cristo propició nuestra salvación como cabeza del cuerpo místico del que somos miembros, un punto que también aclara Santo Tomás: la cabeza y los miembros son una sola persona mística, y por lo tanto, la satisfacción de Cristo corresponde a todos los fieles como a sus miembros. En la medida en que dos personas son una en la caridad, una de ellas puede satisfacer por la otra.
Cristo poseía la gracia no solo como persona privada, sino también en cuanto cabeza de la Iglesia, pasando, por lo tanto, de él a sus miembros. Por lo tanto, las obras de Cristo son para él y para nosotros como las obras de otro hombre son para él mismo.
Pero es obvio que quien, en estado de gracia, sufre por la justicia, merece la salvación, como leemos en San Mateo: «Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia» (Mateo 5,10). Y así, Cristo mereció la salvación no solo para sí mismo, sino para todos sus miembros. De esta manera, se puede comprender mejor el simbolismo y la eficacia del sacramento del bautismo: «El bautismo incorpora al hombre a la pasión y muerte de Cristo». La pasión de Cristo se da como remedio a todo bautizado, como si él mismo hubiera sufrido y muerto compartiéndola. Pero la pasión de Cristo es satisfacción suficiente por todos los pecados de todos los hombres, y por eso quien se bautiza queda libre de todos los castigos debidos a sus pecados, como si él mismo hubiera dado satisfacción suficiente por todos ellos.
La satisfacción vicaria supone el cumplimiento de dos condiciones. Fue precisamente este amor meritorio de Cristo Cabeza lo que aseguró su cumplimiento para su cuerpo místico.
En primer lugar, debe existir solidaridad que una a los inocentes y a los culpables. En segundo lugar, esta solidaridad debe ser aceptada por la persona ofendida. Esta última condición se cumple obviamente, ya que el amor que nos une a Cristo fluye de la misericordia del Padre y no puede sino asegurar su favor.
La solidaridad que exige la primera condición surge de la naturaleza misma del amor —«el vínculo que nos hace perfectos» (Colosenses 3:14)—, que une a quienes se aman. El Padre, Cristo y nosotros somos uno por el amor.

Sangre como precio: redención y rescate

Redención

Deténganse un momento en los siguientes textos de las Escrituras:
"[Deben ser pastores] del rebaño que él ganó para sí al precio de su propia sangre" (Hechos 20:28).

"Un gran precio fue su rescate; glorifiquen a Dios haciendo de sus cuerpos el santuario de su presencia" (1 Corintios 6:20).
"Un precio fue su redención" (1 Corintios, 7:23).
"¿Cuál fue el rescate que los liberó de las vanas observancias de la tradición ancestral? Saben muy bien que no fue en moneda terrenal, plata u oro; fue en la preciosa sangre de Cristo: ningún cordero fue jamás una víctima tan pura e inmaculada" (1 Pedro 1:18). «Tú, Señor, digno de tomar el libro y abrir sus sellos. Fuiste inmolado; de toda tribu, lengua, pueblo y nación nos rescataste con tu sangre y nos entregaste a Dios» (Apocalipsis 5,9).
Por tanto, la Sagrada Escritura enseña claramente que Cristo nos compró al precio de su sangre. Al tratarse de una metáfora, surge la cuestión de su interpretación exacta, que Santo Tomás responde de la siguiente manera: afirma que el pecador, por su pecado, se entrega a una doble esclavitud: por un lado, a la del pecado y del diablo, y por otro, a la del castigo debido al pecado. (La obligación de sufrir un castigo justo convierte al hombre, en cierto sentido, en esclavo de la justicia divina, al tener que aceptar aquello que es contrario a su propia voluntad, en lugar de ser, como por derecho, dueño de sus propias acciones y conducta).
Pero la pasión de Cristo fue una satisfacción sobreabundante por todas las faltas de la humanidad, así como por todo el castigo debido a ellas. Por lo tanto, es preciso decir que logró nuestra salvación mediante la redención, la liberación y la recompra. Mediante ella, como por el pago de un precio, hemos sido liberados de la doble esclavitud del castigo y del pecado. El término «precio» se justifica porque normalmente se usa para toda satisfacción liberadora, ya sea de pecado o de castigo. Así leemos en Daniel: «Repara tu culpa y tu maldad» (4:21).
Ciertamente, Cristo no nos redimió con dinero ni con nada que este mundo considere valioso, sino que, al entregarse a sí mismo, dio lo mejor que estaba en su poder. Es así como la pasión de Cristo es nuestra redención.
Cabe destacar que Santo Tomás muestra gran circunspección aquí. Se habla de la pasión, escribe, como «cierto precio». ¿Por qué esta reserva?
La razón por la que Santo Tomás maneja la metáfora del precio con tanta prudencia es que tiene en mente la teoría jurídica de un rescate pagado al diablo y desea mostrar su desaprobación al respecto. Era la justicia en relación con Dios, escribe, «y no con el diablo, la que requería que el hombre fuera redimido». «Dado que la redención era necesaria para la liberación del hombre solo con respecto a Dios y no con respecto al diablo, el precio no era pago al diablo, sino a Dios. Y así se dice que Cristo ofreció su sangre, que fue el precio de nuestra redención, a Dios y no al diablo». El misterio de la satisfacción vicaria puede expresarse con claridad, aunque metafóricamente, diciendo que el precio de nuestra redención ha sido pagado a Dios por Dios mismo; pero siempre debe recordarse que no estamos hablando de un acto de justicia conmutativa, es decir, de un intercambio. No es este aspecto de la comparación el que debe destacarse. Y Santo Tomás no se equivoca, pues su insistencia en el hecho que acto redentor fue un acto gratuito, un acto de amor misericordioso, debería bastar para ponernos en guardia contra esta particular aberración.

Todo nos ha sido perdonado, todo nos ha sido dado por el amor de nuestro Salvador. Si podemos hablar —aunque no sin la debida discreción y proporción— de la pasión de Cristo como una especie de rescate entregado para liberarnos de la doble esclavitud del pecado y del castigo debido al pecado, es porque nuestra liberación fue el costoso logro del amor de nuestro Salvador al derramar su sangre por nosotros:

«En el Hijo de Dios, en su sangre, encontramos la redención que nos libera de nuestros pecados» (Colosenses 1:14).
La frase «a costa de su sangre» es insuperable, siempre que se entienda correctamente. Los excelentes estudios del Padre Lyonnet, en los que muestra la continuidad entre la enseñanza bíblica y la tomista, son de gran utilidad en este sentido.
El término lutron (λύτρον) puede significar rescate. No hay razón para que San Pablo no se inspirara en la bien documentada costumbre griega de emancipar a los esclavos mediante el pago de un rescate; por otra parte, no es la emancipación de los corintios lo que desea enfatizar tanto como los nuevos vínculos que los unen a Cristo y los hacen su propiedad. Por lo tanto, dice San Pablo, nos convertimos en propiedad de Dios en virtud de un contrato cuyas condiciones se han cumplido en su totalidad, especialmente aquella que el Apóstol no deja de mencionar: el hecho de que se ha pagado el precio (1 Corintios 6:20; 7:23).
Pero, como bien observa el padre Prat, «la metáfora no se lleva demasiado lejos, y nadie interviene para exigir o recibir el precio». En particular, no se puede concluir de estas expresiones de san Pablo que quisiera representar la redención como una especie de trueque comercial, en el que el carcelero se niega a liberar a su prisionero y el vendedor a liberar sus bienes salvo con la condición de recibir algo.
El término lutron también puede significar cualquier instrumento de liberación, sin que se trate de pagar un rescate, e incluso cuando este se excluye categóricamente. Este uso se da a menudo en la literatura judeo-griega contemporánea a Cristo, y aún con mayor frecuencia en el Nuevo Testamento. Lutron, por lo tanto, dista mucho de significar, en todas las ocasiones, que se ha pagado un precio.
Pablo va más allá de la noción jurídica del castigo. Pues este no tiene en cuenta la actitud del condenado: si acepta el castigo o se rebela contra él; en cualquier caso, la justicia está garantizada en cuanto la recibe: «se hace justicia». Pero para san Pablo y para todo el Nuevo Testamento, por el contrario, la pasión y la muerte de Cristo sólo tienen valor mediante la aceptación voluntaria de quien las sufre.
De hecho, lo que san Pablo parece ver sobre todo en la muerte de Cristo es la prueba más clara del amor del Padre por los hombres y del amor de Cristo por su Padre —en forma de obediencia— y por nosotros. Su muerte y las circunstancias de esa muerte fueron, en realidad, la prueba, o, si se prefiere, la «mediación» de su obediencia y amor. Esta redención fue costosa para él, ya que fue el Cordero inmolado quien compró, para Dios, al precio de su sangre, a los hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación (Apocalipsis 5,9).

Rescate y redención

Ya hemos visto (Capítulo II, "El Plan de la Encarnación Redentora") que, tanto para san Pablo como para santo Tomás, la síntesis del misterio de la redención incluye la resurrección y la ascensión. Por lo tanto, limitarnos al aspecto de este misterio que abarca la noción metafórica —por legítima que sea— del precio, sería ignorar la complejidad del propio término «redención».
Solo la exégesis bíblica exige un estudio más profundo de la noción de redención. El padre Lyonnet escribe:
El propio Nuevo Testamento nos señala otra idea de redención y compra, tan familiar para San Pablo como la de la liberación de prisioneros y esclavos: «Jesucristo se entregó por

nosotros para rescatarnos de todas nuestras culpas y consagrar un pueblo para sí» (Tito 2:14).

Esto es, evidentemente, una alusión a los dos grandes acontecimientos de la historia de Israel, ejemplos por excelencia de la liberación mesiánica: la liberación de la esclavitud egipcia y la alianza del Sinaí; dos acontecimientos cuyo recuerdo impregna la historia bíblica como un estribillo de acción de gracias, y que los judíos se deleitaban en relatar, conscientes de que eran complementarios y, en realidad, formaban dos aspectos, negativo y positivo, de un mismo misterio. Así como encontramos en el Antiguo Testamento que la liberación de la esclavitud egipcia es solo la primera fase de un acontecimiento salvífico que culmina en la alianza del Sinaí —y que Israel solo es liberado del faraón para convertirse en el pueblo de Dios—, la noción de redención tiene un contenido esencialmente positivo, indicado por la propia etimología del término latino redimere. Así, tenemos la idea de una adquisición (emere), de una compra, de una toma de posesión por parte de Dios, quien solo nos libera (red-) de la esclavitud para adquirirnos para sí (emere): la Pascua y el Sinaí se exigen y complementan mutuamente.

Las nociones de «redención» y «adquisición» están tan estrechamente vinculadas en la mentalidad judía que una puede sustituir a la otra. Por eso, en el Nuevo Testamento, junto con la noción de redención expresada por los derivados de lutron, encontramos la de compra o recompra.

La redención escatológica consistirá, por tanto, en la adquisición final de su pueblo por Dios, cuando el Hijo, tras triunfar sobre su último enemigo, la muerte, entregue el reino a su Padre, para que Dios sea todo en todos (1 Corintios 15:25-28).

Redención, pues, según el significado latino de la palabra (y no parece haber razón para cambiarlo), significa para san Pablo a la vez «liberación», «compra», «liberación» y «adquisición»; es decir, como la palabra española lo expresa con tanta exactitud: expiación, o, etimológicamente, en el sentido de reconciliación, o mejor aún, la reunión de la humanidad con Dios. Los cristianos no son comprados por Cristo como los esclavos de los gentiles fueron comprados ficticiamente por alguna divinidad, sino como el pueblo de Israel fue comprado por Dios para convertirse, mediante un pacto sellado con sangre, en su posesión amada y exclusiva. Así como Dios salvó y rescató para sí mismo en el Antiguo Testamento, así también, mutatis mutandis, Cristo lo hace en el Nuevo Testamento.

Como Yahvé, Cristo es proclamado Juez, Esposo, Señor y Pastor. Jesús es Dios.

La liberación es una noción positiva que significa que el hombre se convierte en propiedad de Dios. Pero Cristo logró nuestra liberación a un costo, y este es el factor nuevo, inimaginable en el Antiguo Testamento. Nuestra compra no se logró sin el trabajo, el sudor y la sangre del Hijo de Dios.

Santo Tomás es el portavoz más confiable de la doctrina revelada porque enfatiza vigorosamente el aspecto positivo y más importante del misterio de la redención —como el misterio del regreso del hombre a Dios en Cristo resucitado— y presenta con mayor reserva la metáfora del «precio» que se dice que tuvo este regreso.

Ninguna justicia digna de tal nombre puede aceptar sangre humana como precio de un intercambio. Solo el amor divino misericordioso puede iluminar y transfigurar la noción de precio y su lugar en el misterio de nuestro regreso a Dios, que se realizó «al precio de la sangre» del Verbo Encarnado.

Oblación e inmolación: el sacrificio

La teología del sacrificio

La teología del sacrificio de Santo Tomás es sumamente positiva. Está dominada por la noción de oblación: todo lo ordenado en el culto a Dios puede llamarse «sacrificio»; todo lo que se ofrece a Dios para que el espíritu del hombre se eleve hacia Él.
De aquí se desprende una importante distinción entre el sacrificio invisible, mediante el cual el hombre ofrece su espíritu a Dios, y el sacrificio visible, que es el sacramento o signo sagrado y sensible del sacrificio invisible.
Existe un sacrificio visible en el sentido más amplio del término cuando la oblación de algo tangible va acompañada de una acción que afecta a ese objeto tal como es en sí mismo: por ejemplo, se mata o se quema un animal; se parte y se come el pan.
Sin embargo, es importante comprender que la oblación no tiene el propósito de la inmolación, sino que, como bien lo expresa Durrwell, la inmolación tiene el propósito de la oblación. No se trata de destruir por destruir, sino de honrar a Dios, que es Señor y Dueño de la muerte por la vida, y no de la vida por la muerte.
Siendo el hombre una criatura, debe reconocer que todo lo que posee proviene de Dios como su causa primera, y que todo debe ordenarse a Dios como su fin último. Las oblaciones sacrificiales son símbolo de ello. El hombre ofrece a Dios lo que de Él ha recibido para reconocer su dominio supremo.
Si el holocausto es el sacrificio más perfecto, es porque, como sacrificio interior, es nada menos que la entrega total de uno mismo a Dios; simbolizado magníficamente por la incineración de la víctima, sacrificada por reverencia a la majestad divina y por amor a su bondad.
El sacrificio exterior, claramente, solo tiene sentido en términos del sacrificio interior, del cual se supone que es a la vez signo simbólico y ocasión, si no instrumento.
En rigor, Dios no necesita ni la sangre de machos cabríos ni de toros, ni ningún sacrificio visible, ni siquiera invisible. En razón de su infinita trascendencia, el culto que le rendimos no le es de utilidad personal (non proficimus ei), pero, si se comprende correctamente, debería ayudarnos a progresar en su amor (proficimus in eum). Y por eso Dios, para su gloria y nuestra felicidad, espera de nosotros sacrificios visibles e invisibles.
Todo es a la vez, pero en orden jerárquico: para su honor y para nuestro beneficio. Esto es igualmente cierto cuando tenemos que dar satisfacción por los pecados que hemos cometido, ya que la remisión del pecado va de la mano con la infusión de la gracia, y no hay satisfacción digna de Dios sin la caridad, que, como ya hemos insistido, es la excelencia de su misericordia.

Del viejo al nuevo testamento

El objetivo inmediato de los sacrificios del Antiguo Testamento era apartar al pueblo de la idolatría a la que era propenso. Debían aprender a conocer y reverenciar al Dios verdadero mediante signos sensibles y a comprender la vanidad de cualquier sacrificio exterior que no

sea la expresión de una ofrenda interior de uno mismo a Dios. Pero todos estos sacrificios eran, además, figuras del sacrificio por excelencia, fuente de toda justificación: el de Cristo, quien se ofreció a sí mismo en la cruz. Este es, sin duda, su aspecto más interesante para nosotros.

San Pablo enseña que «Dios nos ofreció a su Hijo como medio de reconciliación, en virtud de la fe, rescatándonos con su sangre» (Romanos 3:25), y leemos en la Epístola a los Hebreos que «sin derramamiento de sangre, no hay remisión de pecados» (Hebreos 9:22). Para comprender con certeza el significado del derramamiento de sangre, debemos recordar primero el significado bíblico de la expiación, que es también, y principalmente, un retorno a Dios. Para la Biblia, la expiación consiste en borrar el pecado dondequiera que se encuentre, es decir, primero en el pueblo de Israel y luego en la humanidad en general. Y dado que este pecado no se concibe simplemente como una mancha material que el hombre mismo podría hacer desaparecer, sino que se identifica con la rebelión misma de Israel y del hombre contra Dios —lo que los teólogos llaman la aversio a Deo—, la expiación «borra» el pecado precisamente al restaurar a Israel la presencia de Dios en medio de su pueblo, al reunir de nuevo a Dios y al hombre.

Sin embargo, es desde este aspecto del retorno a Dios que el derramamiento de sangre adquiere un significado original y positivo en los sacrificios del Antiguo Testamento. En Israel, a diferencia de otras religiones del antiguo Oriente, donde la inmolación de la víctima ocupa un lugar destacado, el rito principal es, sin duda, el derramamiento de sangre, reservado exclusivamente al sumo sacerdote en la fiesta del Kippur. Nada podría ser más peligroso que tomar como modelo las religiones paganas.

A continuación, consideraremos brevemente, desde esta perspectiva, los tres principales sacrificios judíos: Pascual, Alianza y Expiación.

La Sangre de la Pascua

En el rito de la primera Pascua, la sangre del cordero —mencionada dos veces en el Apocalipsis y una vez evocada implícitamente por san Pablo— no pretende ciertamente (a ojos del escritor bíblico) apaciguar a Yahvé, sino mostrar al ángel exterminador cuáles son las casas pertenecientes al pueblo primogénito de Yahvé. Este es un rito de consagración que separa a Israel del mundo pagano y lo convierte ya en un pueblo aparte.

La Biblia tampoco duda en llamar sacrificio a la ceremonia pascual (Éxodo 12:27), que conmemora el día en que Yahvé hirió a los egipcios y liberó a Israel de la esclavitud, una esclavitud que llegó a reconocer cada vez más como el arquetipo mismo de la esclavitud del pecado (Éxodo 12:27; Ezequiel 20:5-9). Y Flavio Josefo, de hecho, nos asegura que, ofreciendo este sacrificio, los hijos de Israel purificaban sus casas (Antigüedades de los Judíos II, 14, n. 312).

La sangre del pacto

El significado de la aspersión con sangre en el sacrificio de la Alianza se hace aún más claro, si cabe. Aquí también, la inmolación es solo un rito preliminar, llevado a cabo por los asistentes (Éxodo 24:5); el rito esencial del sacrificio está reservado para el propio Moisés y

consiste en derramar la sangre sobre el altar. Luego, cuando la congregación se compromete a observar las cláusulas de la Alianza, se rocía al pueblo con sangre.
Así como la sangre, al intercambiarse entre dos personas en un pacto de amistad, produce comunión espiritual entre ambas partes, así también en el sacrificio de la Alianza —concluido en nombre de Yahvé por Moisés— «la sangre, que es el alma, se vierte sobre el altar, que representa a Yahvé, y sobre el pueblo (es decir, sobre las dos partes contratantes); así, al entrar en contacto con una sola alma, se convierten en una sola» (Padre van Imschoot). Es a este sacrificio al que Cristo se refiere explícitamente al instituir la Eucaristía, la única ocasión en los Evangelios Sinópticos en que menciona su sangre: «Esta es mi sangre del nuevo pacto» (Mateo, Marcos), o: «Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre» (Lucas, 1 Corintios 11). Por lo tanto, todas las referencias a la sangre eucarística de Jesús (Juan 6; 1 Cor. 11) deben referirse a ella, al menos parcialmente, y con mayor razón aquellos pasajes donde se afirma que el nuevo Israel se ha convertido en el pueblo de Dios mediante la sangre de Cristo (Hechos 20:28; Apocalipsis 5:9).

La sangre de la expiación

San Pablo habla al menos una vez (Romanos 3:25) de la sangre de Cristo en relación con el sacrificio de expiación. Y, de hecho, la sangre desempeñó un papel tan importante allí como en el sacrificio de la Alianza. La aspersión de sangre siete veces sobre la ofrenda propiciatoria era sin duda el rito más importante. Para ello, y por ninguna otra razón, el sumo sacerdote podía entrar al Lugar Santísimo tras el velo.
El propósito de la aspersión es una purificación, una santificación: el significado es claro e implica un rito de consagración. La Biblia enseña que si los judíos atribuyen esta función de purificación y consagración a la sangre, es por la vida que contiene (Levítico 17:11). Vivaz, identificada con la vida, la sangre significa en la Biblia una realidad esencialmente divina: es, por excelencia, lo que consagra a Dios, lo que purifica.
El Padre Lyonnet observa aquí que la interpretación del sacrificio de expiación en términos de sustitución penal (la víctima inmolada en lugar del pecador que merecía morir) es una idea que «parece haber encontrado acogida entre los exegetas desde la época de la Reforma para sustentar un tipo particular de teología... No hay nada en el ritual bíblico, ni en Levítico ni en Éxodo, que sugiera tal idea».
La víctima sacrificial siempre se considera «santa», tanto en el caso del sacrificio por el pecado (Levítico 6:18 y 22; 10:17) como del sacrificio de reparación o asham (Levítico. 7:6): por eso solo puede comerse o quemarse en un lugar puro (Levítico 4:12; 6:19; también Ezequiel 42:13); se trata, en la práctica, con un respeto que nos recuerda el que mostramos por las especies eucarísticas (Levítico 6:20-21). Se dice que la víctima cuya sangre se derrama es "para Yahvé" (Levítico 16:8-9); es inmolada, "sacrificada"; es decir, según la idea bíblica, "pasa a Yahvé". El chivo expiatorio es otra historia: carga con los pecados, se le considera impuro y contamina a todos los que se acercan a él. Por esta razón, no se le inmola, sino que se le conduce al desierto, refugio de los malos espíritus. Su sangre no se derrama. No se trata de sacrificio. Por muy evocadora que esta antigua costumbre popular haya sido para la simple imaginación, es en realidad característica de un rito completamente distinto, que todo tiende a disociar de los demás sacrificios, especialmente de los sacrificios por el pecado.

En última instancia, no existe una diferencia esencial entre el sacrificio de expiación y el sacrificio de la alianza. En un caso, la sangre tiene como propósito principal establecer, en el otro, restablecer (para el sacrificio de la Alianza y el de la Expiación, respectivamente), la unión del pueblo elegido con Dios. Apaciguar a Dios es al mismo tiempo reconciliar al hombre con Dios, reunirlo con Él. El simbolismo del derramamiento de sangre en el Antiguo Testamento se distorsionaría si se perdiera de vista que es, ante todo, positivo y conduce a la unión con Dios en el amor.

El Sacrificio por Excelencia

"Dios, habiendo hablado antiguamente de muchas maneras y por muchos medios a nuestros padres por medio de los profetas, nos ha hablado ahora, en estos tiempos, por medio de un Hijo que habla por Él" (Hebreos 1:1). Pero cuanto más sublime, sencilla y breve sea la palabra, más perfecta será. La Palabra del Señor, encarnada en nuestra carne, debería ser más sencilla y eficaz que las palabras que pronunció por medio de los profetas.
De hecho, la palabra del Evangelio resume todas las palabras de la Ley. Contiene todos los preceptos de la ley moral en los dos mandamientos del amor, de los cuales dependen la Ley y los Profetas (Mateo 22:40). Incluye todos los sacrificios, que se ofrecían como figuras bajo la antigua Ley, en un único y verdadero sacrificio: el de Cristo ofreciéndose como víctima por nuestra salvación (Efesios 5:2).
El Hijo de Dios es el mayor de todos los dones que Dios ha hecho a una humanidad arruinada por el pecado. Por lo tanto, también, el sacrificio más espléndido es aquel en el que Cristo se ofrece como sacrificio que exhala fragancia. Todos los sacrificios de la antigua Ley se ofrecían para prefigurar este sacrificio único y perfecto. Todos los detalles figurativos de los sacrificios de la antigua Ley deben interpretarse a la luz del verdadero sacrificio, que es el de Cristo.
«Pues si la sangre de machos cabríos y de toros y la ceniza de vaca santifica con su aspersión a los contaminados, en orden a la purificación de la carne, ¡cuánto más la sangre de Cristo, que por el Espíritu Eterno se ofreció a sí mismo sin tacha a Dios, purificará de las obras muertas nuestra conciencia para rendir culto a Dios vivo!» (Hebreos 9:13-14).
Es, en efecto, por su propia sangre que el Hijo de Dios realizó la redención eterna de nuestras almas y cuerpos. Santo Tomás señala aquí que el Apóstol explica y justifica la eficacia de la sangre de Cristo bajo tres puntos. Deberíamos, dice, considerar quién derramó esta sangre, por qué y cómo la derramó:

1) La persona a quien pertenece esta sangre es el mismo Hijo de Dios. Por lo tanto, es evidente que su sangre es purificadora: «Él salvará a su pueblo de sus pecados» (Mateo 1:21).

2) La razón por la que Cristo derramó su sangre se encuentra en el Espíritu Santo, quien lo impulsó a redimirnos por amor a Dios y al prójimo: «Vendrá como un torrente impetuoso, impulsado por el Espíritu del Señor» (Isaías 59:19). Pero el Espíritu es purificador: «El Señor viene para lavar de sus inmundicias a las hijas de Sión, y para limpiar a Jerusalén de la sangre que ha sido derramada en ella, con el soplo de su justicia que es un soplo de fuego.» (Isaías 4:3, Douay). Por eso el Apóstol dice: «por el Espíritu Eterno se ofreció a sí

mismo sin mancha a Dios» (Hebreos 9:14), y habla de "Sigan el camino del amor, a ejemplo de Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros, como esas ofrendas y víctimas cuyo olor agradable subía a Dios." (Efesios 5:2).

Cristo no puede sino ser inmaculado: «¿Qué puede ser purificado mediante lo impuro?» (Eclesiastés 34:4). Al ofrecerse a sí mismo, Cristo es a la vez sumo sacerdote y víctima de su sacrificio. La inmolación de Cristo crucificado combina en un plano superior el holocausto de expiación y el sacrificio de la alianza. Este fue el sacrificio del sumo sacerdote según el orden de Melquisedec: el sacrificio del Cordero de Dios.

He aquí el Cordero de Dios

La razón histórica de la cena pascual era que conmemoraba la liberación de los judíos de la esclavitud egipcia. La razón profética era que prefiguraba la inmolación de Cristo.
Cada día se inmolaban dos corderos en el Templo, uno por la mañana y otro por la tarde. El sacrificio de los corderos era inmutable; era el más importante y dominaba los demás. Era figura del sacrificio por excelencia, que es el de Cristo.
Cristo es llamado el Cordero de Dios por sus dos naturalezas, una humana y otra divina. Es en virtud de su naturaleza divina que su sacrificio es capaz de expiar y satisfacer, ya que «Pues en Cristo Dios estaba reconciliando el mundo con él» (2 Corintios 5:19); pero fue en virtud de su naturaleza humana que Cristo pudo ofrecerse como víctima.
Cristo es llamado el Cordero de Dios, es decir, el Cordero ofrecido por Dios, es decir, por Cristo mismo, que es Dios. También se le llama el Cordero de Dios, es decir, el Cordero de Dios Padre, ya que fue el Padre quien le dio el poder para ofrecerse como víctima por los pecados del mundo.
Cuando Isaac le preguntó a Abraham: "¿Dónde está el cordero que necesitamos como víctima?", Abraham respondió: "Dios se encargará de que haya un cordero para sacrificar" (Génesis 22:7-8). "Dios no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros" (Romanos 8:32).
Cristo es llamado cordero:
En primer lugar, por su pureza: "Debe ser un cordero macho de un año que elijas, sin defecto alguno" (Éxodo 12:5). "El rescate que te liberó no fue en moneda terrenal, ni plata ni oro..." (1 Pedro 1:18).

En segundo lugar, por su mansedumbre: "Quedará mudo como un cordero ante su trasquilador" (Isaías 53:7). En tercer lugar, por los beneficios que nos brinda:

Vestido: «Los corderos son para tu vestido» (Proverbios 27:26,), que la Epístola a los Romanos explica: «Revestíos del Señor Jesucristo» (Romanos 13:14).

Comida: «Y ahora, ¿qué es este pan que yo voy a dar? Es mi carne, entregada por la vida del mundo» (Juan 6:52).

Este Cordero «quita el pecado del mundo», es decir, lo hace desaparecer. Bajo la Ley, la sangre de toros, machos cabríos y corderos no podía hacer esto (Hebreos 10:4), pero el Cordero de Dios «perdona toda iniquidad» (Oseas 14:3). «Así, en la cruz, su propio cuerpo

cargó con el peso de nuestros pecados» (1 Pedro 2:24). «Nuestra debilidad, fue él quien cargó con el peso de ella, nuestras miserias, y fue él quien las cargó» (Isaías 53:4). El autor aquí escribe sobre el pecado y no sobre los pecados, para mostrar claramente que nuestro Señor quita toda clase de pecado.

Él, en su propia persona, es la expiación hecha por nuestros pecados (1 Juan 2:2).

El Cordero de Dios es una de las figuras dominantes en el Apocalipsis de San Juan. ¿Debemos sorprendernos? El sacrificio de Cristo se ofreció con derramamiento de sangre una sola vez, en la cruz, pero su consumación dura eternamente. Aunque los santos en el cielo ya no necesitan expiación, siempre deben continuar recibiendo su cumplimiento de aquel de quien dependen su alegría y gloria.

CONCLUSIÓN - En el amor de Dios y en la paciencia de Cristo

Cristo es el Sol de Justicia (Malaquías 4:2); Él es el origen y la corona de nuestra fe (Hebreos 12:2). Pero para salvarnos, debemos participar del mérito de su Pasión y muerte: quien no renace en Cristo no puede ser justificado, pues el hombre solo es justo en la medida en que participa de los méritos de la Pasión de nuestro Salvador. «Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo» (2 Corintios 5:19).

«Os rogamos en nombre de Cristo» —es decir, por amor a Cristo, escribe Santo Tomás— «que hagáis las paces con Dios». Pero si Dios ya nos ha reconciliado consigo, ¿por qué deberíamos hacerlo de nuevo? Todo está hecho.

Ciertamente, debemos nuestra reconciliación con Dios a Dios mismo. Pero para beneficiarnos de ella, debemos hacer nuestra propia contribución; debemos ganar méritos. La salvación es un asunto personal. Mediante la cooperación de su fe y sus obras, los justificados pueden crecer en perfección y ser aún más justificados (Santiago 2:22). La Iglesia pide este crecimiento en justicia (es decir, santidad) en su oración: «Concédenos, Dios Todopoderoso, un aumento en la fe, la esperanza y la caridad».

La práctica de las tres virtudes teologales nos permite participar de las riquezas de la Redención: con arrepentimiento de nuestras faltas, abandono filial a la Providencia de Dios y confianza en su misericordia, todo en virtud del amor.

Sería una señal de autoengaño pecaminoso descuidar las obras de satisfacción por nuestros pecados, como el ayuno, la limosna, la oración y las obras de misericordia. Pero «la mayor evidencia que podemos dar de nuestro amor y así satisfacer es aceptar con paciencia las pruebas y los dolores de esta vida en unión con Jesucristo». Lo más importante, para lograr satisfacción y purificarse, es que estas obras de expiación y esta paciencia en tiempos de prueba sean fruto del amor sincero y, así, den testimonio de la propia voluntad. «Sobre todo, mantengan entre ustedes una caridad constante; la caridad corre el velo sobre multitud de pecados» (1 Pedro 4:8). «Sobrellevad los unos la carga de las faltas de los otros; así cumpliréis la ley de Cristo» (Gálatas 6:2).

Cuanto más puro y generoso es el amor, menos atención presta a su propio mérito y más deposita toda su confianza en la infinita misericordia, fuente de todo don y de todo perdón.

Y a medida que el amor crece en esta confianza, disminuye el miedo al castigo o a la satisfacción:

“Mira, Madre; aunque hubiera cometido todos los crímenes posibles, seguiría teniendo la misma confianza. Todavía sentiría que esta multitud de pecados es como una gota de agua arrojada a un brasero ardiente. Pronto contarás la historia de la mujer convertida, pecadora, que murió de amor. Las almas lo comprenderán enseguida; este ejemplo las animará”.

La salvación es personal y meritoria, pero no es simplemente un asunto privado de cada uno; involucra a la comunidad en su conjunto. No hay lugar para individuos aislados en el Cuerpo de Cristo. Nadie puede ganar mérito ni salvarse sin ayudar a salvar a sus hermanos. Cuanto más avanza un alma en santidad, más purificadores, sino redentores, se vuelven sus sufrimientos. Además del don de la fe en Cristo, se nos ha concedido otro don: el de poder sufrir en unión con Él por la salvación del mundo (Filipenses 1:29).

"Ahora me alegro por los padecimientos que soporto por vosotros, y completo en mi carne lo que falta a las tribulaciones de Cristo, en favor de su Cuerpo, que es la Iglesia" (Colosenses 1:24).

No debemos apresurarnos a concluir que la satisfacción de nuestro Salvador fue, objetivamente hablando, insuficiente: la sangre de Cristo fue suficiente para redimir una infinidad de mundos. Pero Cristo es un solo Cuerpo Místico, del cual Él es la cabeza y nosotros los miembros, y Dios, en su sabiduría, dispone los méritos y los sufrimientos de todos, tanto de la Cabeza como de los miembros. Los méritos de Cristo son infinitos, y cada miembro tiene el grado de mérito que corresponde a su vocación como hijo de Dios.
No falta nada en las aflicciones de Cristo, pero por amor, Pablo debe llevar en su carne parte de la aflicción personal y así compartir los méritos del Redentor para la edificación del Cuerpo Místico. Cristo debe sufrir en Pablo, su miembro, como lo hace en todos sus miembros. Todos los santos han sufrido, sufren y sufrirán así en la Iglesia hasta el fin de los tiempos:
"¡Jamás hubiera creído posible sufrir tanto! ¡Jamás, jamás! Solo puedo explicarlo por el ardiente deseo que he tenido de salvar almas".
La espiritualidad de Santa Teresa del Niño Jesús está en perfecta armonía con la enseñanza dogmática de Santo Tomás de Aquino. "Me doy cuenta de que no todos somos iguales; las almas deben clasificarse en diferentes grupos para que todas las perfecciones de Dios sean honradas individualmente. Solo para mí, su infinita misericordia es la cualidad que sobresale en mi vida, y cuando contemplo y adoro sus otras perfecciones, lo hago siempre en este contexto de misericordia. Todas parecen tener un deslumbrante perfil de amor; incluso la justicia de Dios, y quizás su justicia más que cualquier otro atributo suyo, parece tener amor como marco". El 9 de junio de este año, festividad de la Santísima Trinidad, recibí la gracia de ver con más claridad que nunca cómo el amor es lo que nuestro Señor realmente desea. Pensaba en las almas que se ofrecen como víctimas a la justicia divina, con la idea de desviarse y atraer sobre sí los castigos decretados contra los pecadores. Sentí que esta clase de inmolación era un gesto hermoso, un gesto generoso, pero no era en absoluto lo que yo deseaba. El clamor de mi corazón era diferente:

"Dios, ¿por qué solo tu justicia reclama víctimas? ¿Por qué no habría de haber víctimas de tu amor misericordioso? Dondequiera que ese amor sea malinterpretado y dejado de lado, los corazones en los que estás dispuesto a prodigarlo se vuelven hacia las criaturas, ¡como si la felicidad pudiera encontrarse en apegos tan miserables como esos! No se arrojan a tus brazos ni aceptan el don de tu amor infinito. ¿Acaso este amor tuyo rechazado debe permanecer encerrado en tu propio corazón? ¡Ojalá pudieras encontrar almas dispuestas a ofrecerse como víctimas para ser quemadas! En el fuego de tu amor, seguramente no perderías tiempo en satisfacer su deseo; encontrarías así una salida para la fuerza contenida de esa infinita ternura que es tuya.
Desde aquel día memorable, el amor parece penetrarme y envolverme; amor misericordioso, que me hace una nueva criatura, purifica mi alma y no deja rastro de pecado, hasta que desaparece todo mi miedo al purgatorio. Ciertamente, ningún mérito propio podría siquiera abrirme la puerta; es solo para las almas de los redimidos. Pero al mismo tiempo, confiaba en que el fuego del amor puede santificarnos con mayor seguridad que esos fuegos de expiación. ¿Por qué habría de inspirarme esta ambición de convertirme en víctima, si no pretende satisfacerla? Para vivir en un acto de amor perfecto, me ofrezco como holocausto a tu amor misericordioso, invocándote para que me consumas a cada instante, mientras dejas que las inundaciones de infinita ternura broten en ti y fluyan a mi alma, para que pueda convertirme en mártir de tu amor, oh Dios mío. Cuando ese martirio

me haya preparado para comparecer ante ti, que me haga morir; y que mi alma se arroje en ese instante al abrazo eterno de tu amor misericordioso.